

ZACK

&

MATT

## EL PRÍNCIPE SUCIO

–Vamos al piso de arriba – me dijo Mary al oído.

Negué con la cabeza y cogí mi vaso largo antes de seguir a Mary de nuevo entre la muchedumbre que bailaba. Me acabé la mitad de la copa antes de alcanzar las escaleras, notando el líquido frío, burbujeante y dulce bajando por la garganta y manchando las comisuras de mis labios. La gente iba y venía de la parte alta, bajando y subiendo, llegando a empujarnos en ocasiones, recibiendo tan solo miradas secas como respuesta y más empujones de nuestra parte. La sala superior no era mejor que la sala inferior, solo había un poco menos de gente y sillones semicirculares alrededor de mesas con mucho alcohol. Olía más fuerte, eso sí, y la luz dejaba de ser tan molesta y se convertía en una iluminación suave y de un azul frío.

Mary se detuvo a un lado, cerca de la barandilla metálica y echó otro rápido vistazo.

–Ahí están – me dijo, señalando con la cabeza a los sillones.

Miré discretamente mientras bebía más alcohol. Los lobos destacaban bastante porque, como habían dicho en la charla, eran muy altos, muy fuertes y bastante atractivos. Estaban rodeados de humanos que hacían todo lo posible por llamar su atención. La mayoría estaban borrachos o colocados, buscando desesperadamente a un Lobo que hiciera sus sueños húmedos realidad.

A mí me parecían estúpidos y patéticos.

–No te muevas, no quiero perderte de vista – me dijo Mary antes de irse con su copa en la mano a uno de esos sillones.

A ella siempre le habían gustado los rubios, así que eligió a uno de los lobos con el pelo plateado y brazos más grandes que mi cabeza que había en uno de los asientos pegados a la pared. Al parecer, era uno de los más «demandados» y tendría bastante competencia, pero Mary no había venido allí para conformarse con cualquiera. De eso no había duda. Me terminé la copa y me moví de mi sitio para ir a dejarla sobre una de las mesas redondas. Había mucha gente alrededor de un moreno de pelo largo y barba corta, demasiado ocupados riéndose y tocándole los brazos para darse cuenta de que me llevaba una de las botellas de vodka de la mesa. Allí no faltaba de nada, por supuesto, era la zona de la manada. Encontré un asiento libre en la esquina de uno de los sillones y me senté. Empecé a beber directamente de la botella y a apoyar la cabeza en el respaldo mientras seguía el ritmo de la música con los pies. A veces creí escuchar que alguien me hablaba, pero yo ignoraba a todo el mundo y seguía bebiendo. No había ido allí a hacer amigos ni a buscar sexo. No era tan gilipollas como para intentarlo con los lobos.

No es que no diera ganas de intentarlo, por supuesto. Era solo que los lobos eran una raza muy peligrosa. Yo sabía a lo que se dedicaban cuando no estaban allí disfrutando de que los pequeños humanos se pelearan por ellos y dejándose hacer mamadas. En realidad, los lobos no eran más que putos mafiosos. Esas «manadas» en la que se reunían no eran más que grupos de crimen organizado que se dedicaban a extorsionar y abusar de su poder dentro de sus supuestos

«territorios». Eran como pandilleros que apestaban y tenían la polla grande; la gente lo sabía y, aun así, seguían yendo a sus locales a tratar de conseguir su atención por el mito sexual que les rodeaba.

Cuando me terminé la botella, ya estaba borracho. No quedaba mucho y lo había bebido de trago a trago, pero solo había cenado un sándwich y aquel alcohol frío entraba bastante bien. Tomé una respiración de aquel aire denso y cargado y bajé la cabeza para echar un vistazo rápido y encontrar a Mary en su sitio al final de la sala. Eché una rápida mirada por la sala de luz azulada y, finalmente, me levanté, cansado de estar allí. Mareado y aturdido, me abrí paso en dirección al final, donde había una puerta con un cartel luminoso donde ponía «EXIT».

Al empujar la puerta, casi me caigo al no medir la cantidad de fuerza que había que poner para moverla. Trastabillé un poco, pero conseguí mantenerme en pie en mitad de aquel callejón en penumbra entre los edificios de ladrillo. Respirar aire fresco y puro fue muy extraño después de pasar tanto tiempo en aquel local lleno de un olor tan fuerte, y eso que aquel lugar apestaba a meados y al cubo de basura que había a un lado. Recosté la espalda contra la pared y tomé un par de respiraciones con los ojos cerrados, ignorando la parte más oscura del callejón de la que salían ruidos extraños y gruñidos. No me interesaba en absoluto lo que estuviera pasando allí. Encendí el pitillo con el *zippo* y tomé una calada que aguanté un par de segundos antes de soltarla en dirección al cielo nublado.

Me hubiera largado en aquel mismo momento, porque Mary estaba tardando demasiado en conseguir a ese lobo y yo me estaba aburriendo; bueno, más bien era una sensación extraña, entre la latente excitación y el aburrimiento. Aquel olor a sudor que inundaba el local me había llegado a excitar de una forma inesperada y perturbadora, lo que todavía lo hacía todo más frustrante porque yo no iba a ser tan gilipollas como para follarme a un lobo. Ojalá hubiera podido largarme en aquel mismo momento, por desgracia, ella tenía el coche y yo no quería caminar hora y medio borracho hasta casa.

Entonces sentí una mirada en la lejanía. Fue más bien una impresión que una seguridad, pero cuando giré el rostro vi a un lobo a lo lejos. Más allá del callejón, al otro lado de la calle, fumando con la espalda apoyada en la pared del edificio. Respondí a su mirada sin miedo, con más curiosidad que otra cosa. Sabía que no debía hacerlo, pero el alcohol siempre me hacía tomar malas decisiones. Cuando el lobo sonrió, se apartó de la pared y cruzó la calle directo hacia mí, ya no estuve tan seguro de que hubiera sido tan buena idea provocarle. Solté una bocanada de humo y me llevé mi otra mano al bolsillo para asegurarme de que tenía la navaja. No aparté la mirada de él mientras su figura se hacía más nítida y se adentró en el callejón.

Llegué a arquear un poco las cejas, un gesto del que culpé al alcohol; sin embargo, quizá lo hubiera hecho de no haber estado borracho, porque aquel lobo que caminaba directo hacia mí con una preciosa sonrisa en los labios, era el hombre más jodidamente guapo que había visto en mi vida. Me enorgullece decir que yo soy una persona poco impresionable, pero aquello me pilló totalmente desprevenido. En la distancia me había parecido atractivo, pero cuanto más se acercaba y mejor le veía, me quedaba más y más hipnotizado. Aquel lobo era como un puto vikingo. Un metro noventa de puro músculo, con el pelo largo y

suelto, de un castaño claro, casi como el caramelo, repleto de reflejos rubios, al igual que su barba corta y perfecta. Su rostro era muy masculino, de rasgos fuertes y ojos de un marrón claro que me miraban tan fijamente que daban miedo. Su camiseta negra estaba tan apretada que no dejaba nada a la imaginación y su pelo caía como una cascada por un lado de su cuello grueso de toro, del que colgaba una cadena plateada.

Todavía con el pitillo en los labios, se detuvo a un paso de mí, apoyando su abultado hombro en la pared a mi lado y trayendo con él un olor a sudor cálido y penetrante que me llenó las fosas nasales como si fuera el perfume más sórdido y excitante del mundo.

—Hola... —me dijo con voz grave, tan atractiva y sexual como todo lo demás en él—, soy Matt.

Me quedé unos segundos en silencio, mirando sus ojos como un gilipollas hipnotizado. Estaba seguro de que era el alcohol, por supuesto, así que tragué saliva, fumé una calada esforzándome por mantener mi expresión indiferente, y respondí:

—¿Qué hay?

El lobo extendió un poco más su preciosa sonrisa y se pasó la mano por la melena, haciendo que cayera toda hacia el mismo lado antes de ladear el rostro y mirarme por el borde superior de los ojos. Entonces se mojó los labios suavemente y terminó mordiendo un poco el inferior. Aquel gesto de gilipollas prepotente y ligón de bar siempre me había dado arcadas, pero el lobo me puso como una jodida perra solo con eso. Era el alcohol y esa terrible peste a sudor lo que me estaba confundiendo tanto, no paraba de repetírmelo una y otra vez mientras mi respiración se aceleraba y estaba cada vez más y más perdido en aquellos ojos de chocolate.

—¿Tú tienes nombre o eres de esos humanos misteriosos...? —me preguntó, rompiendo aquel breve silencio que habíamos compartido.

—Zack.

—¿Zack? ¿No Zach, de Zachary?

Y aquella era la típica preguntas estúpida con la que siempre me daba la vuelta y me iba. Por suerte para el lobo, yo ya estaba demasiado cachondo y dispuesto a soportar sus gilipolleces, solo porque sus brazos eran más grandes que mi cabeza y el bulto de la entrepierna de su vaquero me estaba llamando a gritos. Fumé una de las últimas caladas, aunque la punta anaranjada ya estuviera casi rozando el filtro.

—Llámame como te salga de la polla —murmuré sin más—. ¿Quieres follar?

La sonrisa se extendió por el rostro del lobo.

—Sí... sí que quiero... —fumó una última calada de su pitillo y lo tiró a un lado antes de apartar el hombros de la pared.

Yo también me moví, haciendo lo mismo que él y arrojando la colilla a un lado mientras soltaba el humo grisáceo al aire húmedo de la noche. No había venido a buscar problemas ni a follarle a un lobo, pero no había barajado la posibilidad de que uno de ellos fuera el puto vikingo más sexy y atractivo que fuera a ver jamás. Era uno de esos momentos en los que sabías que, si dejabas pasar el tren, te arrepentirías el resto de tu jodida vida: eso era Matt.

—¿Cómo coño lo hacéis vosotros? ¿En el callejón o qué? —le pregunté, encogiéndome de hombros con total indiferencia.

El lobo siguió sonriendo, entre divertido y excitado. Me miraba de arriba abajo y se mordía suavemente el labio inferior, cuando al fin alcanzó mi ojos, respondió:

—Date la vuelta, sé un buen humano y no me toques donde no debas...

Puse los ojos en blanco y me di la vuelta en dirección al callejón. Antes de darme cuenta, el lobo me había agarrado de la nuca con su enorme mano y la muñeca derecha con la otra. Se pegó a mí y puso su rostro en mi cuello, gruñendo por lo bajo con un gorgoteo suave. Sentía el corazón latíendome con fuerza en el pecho y, sinceramente, me preocupaba haber cometido un terrible error. Sin embargo, también tenía la polla tan dura contra el vaquero que me dolía, no podía parar de jadear y sabía que, pasara lo que pasara de ahora en adelante, no hubiera tenido la fuerza suficiente para negarme.

Matt tiró de mí para que empezara a caminar. No dijo nada, solo siguió pegado y agarrándome con fuerza. Nos sumergimos en aquella oscuridad tras el enorme cubo industrial de basura. Los ruidos y el olor se hicieron más fuerte. Había otras figuras allí, en la penumbra, otros lobos y otros humanos que jadeaban, gemían, sufrían arcadas o gritaban mientras un enorme hombre les follaba de espaldas. Negué con la cabeza y seguí adelante, dejándome guiar por Matt hasta una esquina libre. Aquel debía ser el momento cumbre de mi vida: seguir a un lobo a un asqueroso y sórdido callejón para follar entre otros muchos hombres y mujeres. Si hubiera estado en mis cabales, jamás lo hubiera permitido, pero allí estaba, una vez más, en un profundo pozo de errores y tristeza.

—No me hagas arrepentirme de esto... —fue lo único que le dije a Matt cuando al fin me soltó y me dio la vuelta, atrapándome entre su cuerpo, sus brazos y la sucia pared de ladrillos.

El lobo no respondió, solo siguió pegando su rostro al mío mientras sonreía y producía un sonido grave y gorgoteante. Cogí una última bocanada de aire y volví a negar antes de agacharme. Antes me había equivocado, el momento cumbre de mi vida fue estar de rodillas en un asqueroso y sórdido callejón mientras frotaba la cara contra la abultada y apestosa entrepierna de un lobo. Gemí y perdí el aliento. El bulto carnoso era enorme, se alargaba hacia un lado, resaltando sobre la tela del vaquero, ya que no había ropa interior para contenerla. Matt me miraba fijamente desde la altura, gruñendo por lo bajo y comenzando a respirar más fuerte, casi como yo hacía. Me agarró del pelo y me apretó la cara contra su entrepierna, obligándome a moverla de lado a lado: desde la base más abultada hasta la punta que llegaba hasta la abertura del bolsillo. Abrí la boca y comencé a lamer la tela áspera, sin saber muy bien por qué, simplemente estaba tan cachondo que no era capaz de hacer otra cosa que jadear y repetir cuando tenía un mínimo de aire era:

—Joder... joder... joder...

Levanté las manos para desbrochar el botón del pantalón y bajar la cremallera, liberando un pelo púbico rizo y abundante, de color rubio oscuro. Se veía la base de aquella enorme polla y los huevos. Cerré los ojos, porque la peste era incluso más intensa ahora. Era asqueroso, o, tendría que haber sido asqueroso, pero no dudé en volver a apretar la cara contra aquel vello púbico mientras rodeaba las

piernas del lobo hasta alcanzar su enorme y abultado culo de dios griego. Oí que Matt soltaba un jadeo, dejando de gruñir por un momento, quizá sorprendido por aquel inesperado ataque de mi parte. Me agarró más fuerte del pelo y apoyó con firmeza su mano en la pared, para no desequilibrarse mientras yo le apretaba cada vez más fuerte y le lamía el pubis. Cuando se lo dejé empapado en saliva, pasé a la base de la polla y a los huevos. Aquello fue... simplemente increíble. Ya no sabía si gemir, tratar de recuperar el aliento o seguí lamiéndole los cojones grandes y peludos que le había sacado por la bragueta. Matt me apretaba más fuerte, ahogándome un poco contra ellos, pero no me importaba lo más mínimo si eso le molestaba o no le gustaba, porque yo estaba en el puto cielo y no iba a parar ahora.

En el momento en el que me soltó un poco y pude separar el rostro, cogí una buena bocanada de aire. Con la boca y la barba repleta de saliva y apestando a huevos de lobo, bajé más el pantalón, liberando el gran premio. Me hubiera gustado poder decir que me paré un momento a apreciar lo gruesa y larga que era, pero mentiría, porque al momento me metí la cabeza empapada en la boca, gruñendo con fuerza al percibir aquel intenso sabor salado. No solo estaba increíblemente húmeda de líquido preseminal, sino que era muy fuerte, como si no se la hubiera lavado en un par de días. Sabía que debería darme asco, como muchas otras cosas, pero ya empezaba a comprender perfectamente por qué la gente iba a ver a los lobos. No podía parar.

Le empecé a masturbar, usando la boca a la vez en un movimiento acompasado, fluyendo junto mi saliva y el abundante líquido viscoso. La mano de Matt empezó a temblar a la vez que me agarraba el pelo con tanta fuerza que me hacía daño. Le oía jadear y gemir, pero era solo un sonido lejano entre mis gemidos y el continuo ruido de la húmeda mamada. Entonces el lobo apretó mi cabeza para hundir de improvisto toda la polla en mi boca, hasta donde fue capaz. Eso me pilló por sorpresa, pero no tanto como la densa corrida que soltó mientras gemía muy alto. Fue directa a mi garganta, ya que mi boca estaba demasiado llena. Hice fuerza para separarme, con los ojos empapados en lágrimas y a punto de ahogarme. Matt esperó un momento más a correrse del todo y, sin más, me soltó. Caí un poco contra la pared, me limpié los labios y tragué aquel semen tan denso y agrio antes de jadear para recuperar el aliento.

— ¡Me cago en tu puta vida, Matt! — le grité entonces, levantando la mirada hacia sus ojos antes de darle un fuerte golpe en el muslo.

Pero el lobo solo me miraba, sonreía y respiraba con fuerza. Se inclinó un poco para agarrarme de las muñecas y levantarme del suelo como si no pesara nada. Entonces me besó, hundiendo su gruesa lengua dentro de mi boca manchada y sucia. Gruñó con profundo placer y me lamíó los bordes de los labios y la barba, al parecer, disfrutando mucho de su propio sabor en ellos.

— Joder... — dijo cuando se separó —. Vamos a tu casa, Zack.

Fruñí el ceño y me quedé sin habla.

— Vamos a tu casa — insistió, esta vez con un tono más duro, casi desesperado, pegándose más para apretarme con fuerza contra la pared. Hablaba muy cerca de mis labios y podía percibir el regusto a mi saliva y su semen en el aliento —. Te voy a follar hasta el amanecer...

Me gustaría poder decir que me negué, que mi voluntad era más fuerte que el lobo y que no había nacido el hombre que me diera órdenes. Sin embargo, solo respondí:

—Más te vale...

Matt se apartó de la pared, se metió la polla rápidamente en el pantalón y se lo abrochó con bastante facilidad antes de agarrarme de la muñeca y tirar de mí en dirección a la salida del callejón. Me enfadé y apreté los dientes, girándome hacia él para darle un cortante advertencia, pero el lobo ya estaba otra vez sobre mí, agarrándome del pelo y besándome con fuerza. Aquel tonto breve e inicial había dado paso a un lobo que parecía bastante brusco, sucio y fiero. No me dejó ni hablar, solo se separó de mis labios con un jadeo y un rastro de saliva que quedó colgando entre nosotros un instante antes de que me volviera a dar la vuelta y a aferrarme la nuca para que siguiera andando.

Estaba... aturdido. Esa era la palabra. Jodidamente aturdido por lo que estaba sucediendo. Me revolví de vez en cuando, recordando lo orgulloso que era y mi negativa a que me tratara así; pero Matt lo solucionaba rápido con más besos húmedos, toqueteo en mitad de la calle o gruñidos de advertencia. Inmerso en una nube de locura, excitación y borrachera, casi ni fui consciente cuando nos detuvimos al lado de un precioso y carísimo Hyundai Tucson azul grisáceo. El lobo me tiró con cierta brusquedad contra la puerta y volvió a apretarme entre su cuerpo, como si quisiera asegurarme de que no me escapara. Me besó de esa forma animal. No era elegante ni dulce, solo sucio y fuerte, usando su lengua para lamerme una y otra vez mientras rebuscaba las llaves en su bolsillo. Desbloqueé el seguro y me apartó tirando de mi muñeca para abrir la puerta y empujarme dentro.

—¡Ten cuidado, gilipollas! —le grité, pero Matt solo me señaló el asiento del copiloto con un movimiento de cabeza y se sentó en la penumbra antes de cerrar la puerta de un golpe seco.

—¿Dónde? —preguntó casi sin aliento, pasándose la mano por su boca empapada. Respiraba profundamente, hinchando su abultado pecho sin parar. Tragó saliva y repitió con un tono más duro —: ¿Dónde, Zack?

Apreté los dientes y ladeé la cabeza. Matt estaba rozando el límite de lo aceptable, jugando peligrosamente con llevarme al borde; pero él tampoco parecía muy racional y sereno ahora mismo. Sin dejar de mirarme, alargó la mano y me agarró de la cazadora militar para atraerme y decirme con tono muy serio y peligroso:

—Escucha, Zack. Estoy muy cachondo ahora mismo y tengo muy poca paciencia... así que dime dónde cojones vives o lárgate de mi coche y no vuelvas a acercarte a mí si no quieres ver a un Macho muy, muy enfadado...

Mantuve su mirada en silencio, respirando aquel aire cargado de peste a sudor y feromonas del lobo vikingo. El Matt de sonrisa fascinante y juguetón había desaparecido por completo, dejando solo a aquella actitud animal y descontrolada que me esperaba más de un lobo. Me mojé los labios y murmuré:

—Lincoln's Hall, la catorce con Pensilvania.

Matt asintió, me soltó la cazadora y activó el botón de encendido del motor. Una música electrónica de bajos profundos empezó a resonar por todo el coche. Parecía una mezcla un poco desfasada, como los primeros intentos de tecno de

los dos mil: ritmo repetitivo y sintetizadores de fondo. Un ruido casi hipnótico que pegaba muy bien con la penumbra del interior del Hyundai Tucson. Solo había una claridad de suaves luces azuladas en los fondos, a la altura de las piernas, y el leve brillo que emitía la pantalla del reproductor de música y GPS. Todo aquello creaba un ambiente íntimo y bastante agradable. Al parecer, Matt tenía un pequeño Luna Llena para el solo en su coche, lo que, por alguna razón, me encantó.

— ¿Te gusta sucio, Zack? — me preguntó entonces.

Parpadeé para centrarme. El alcohol, la excitación, la penumbra y la música me tenían completamente aturdido. Miré al lobo, con su pelo largo un poco despeinado, mirando la carretera mientras superaba los ciento cincuenta por hora. Seguía respirando con fuerza, pero apartó una mano del volante para reclinar su asiento y, después, desabrochase la bragueta.

— A mí me gusta muy sucio... — murmuró.

No lo dudé. Me quité la cazadora militar para estar más cómodo y me incliné sobre el cajón de tapicería negra que separaba los asientos. El lobo gruñó cuando volví a alcanzar su vello púbico, todavía mojado de antes. Sin embargo, en esta ocasión fui directo a por su polla, sacándola del interior del pantalón para lamerla de arriba abajo. La única diferencia entre una puta barata haciendo una mamada en el coche y yo, era que a mí no me iban a pagar después. Eso y que, quizá, lo estuviera disfrutando más que nadie en el mundo. La música resonaba con esos bajos que te hacían temblar el pecho, todo estaba sumergido en una agradable penumbra y apestaba al cálido sudor del lobo y a su enorme polla. Decir que me gustó, sería decir poco.

Matt gruñía, jadeaba y gemía, sin apartar la mirada de la carretera y sin aminorar la velocidad.

— Sí... sí, joder.... — decía de vez en cuando, hasta que sus gemidos se volvieron más altos, llenando el interior del coche como la música. Quitó una mano del volante y me apretó el pelo con fuerza antes de volver a correrse —. ¡JODER, SÍ!  
— rugió entonces.

Creí que, al ser la segunda vez, se correría menos que la primera, pero me equivoqué. El semen fue tan abundante y espeso como la primera ocasión y me arrepentí de empezar a tragármelo en el momento en el que veía que ya llevaba tres chorros y no paraba de salir un cuarto. Me separé y me incorporé con una expresión de asco y respirando con fuerza para recuperar el aliento. Notaba los labios dormidos de tanto chupar y tenía los ojos empañados en lágrimas, en esta ocasión porque yo mismo me la había metido un par de veces hasta el fondo por puro placer.

— ¡GUAU! — gritó Matt con una enorme sonrisa en los labios. Agitó la cabeza, alborotando un poco su melena e hizo fuerza contra el volante, apretando su espalda contra el asiento —. ¡Joder!

Me froté los ojos y solté aire, mirando por primera vez al frente. Ya estábamos casi en mi barrio, lo que no era extraño con aquella alocada forma de conducir del Matt, tan similar a la de Mary, pero en un coche diez veces mejor.

— Un poco más adelante — le indiqué al entrar en la calle.

Matt asintió, se detuvo frente al portal repleto de rayazos y pintadas y dejó el coche sin mucho cuidado. Se abrochó la bragueta, metiendo otra vez la polla todavía bien dura en el pantalón, y salió del coche. Yo no tardé en recoger mi cazadora y seguirle, dando la vuelta mientras sacaba las llaves del bolsillo. Para mi sorpresa, el lobo se interpuso y quiso besarme de nuevo, apretándose esta vez contra el portal y produciendo un ruido seco con el choque. Me metió la lengua y gruñó, me lamió los labios y la cara hasta empaparse los suyos y después me dio la vuelta.

—Vamos, Zack, date prisa —gruñó a mi oído.

—Dame un puto momento —respondí con tono serio, tratando de concentrarme para meter la llave en la cerradura aunque la cabeza me diera vueltas y mi visión fuera borrosa.

Cuando lo conseguí, Matt tiró de mí y, con una de sus manos alrededor de mi nuca y la otra en mi muñeca, me siguió por las escaleras. Volvió a besarme en el segundo rellano y, en el tercero, me desabrochó los vaqueros, quizá para ahorrar tiempo. Al alcanzar la puerta de mi casa, ya se estaba frotando la entrepierna contra mi culo y lamiéndome el cuello de una forma que, sinceramente, estaba a punto de provocarme un orgasmo. Matt no besaba especialmente bien, pero usaba aquella lengua con una intensidad y una fiereza que compensaba todo lo demás.

Con un gruñido conseguí terminar de abrir la puerta de casa, precipitándonos al interior del loft. El lobo la cerró a sus espaldas y me siguió a buen paso hacia la cama, donde volvió a arrojarme antes de bajarme los pantalones, quitarme las zapatillas y tirar de mi camiseta hasta desnudarme por completo.

—Joder, sí... —jadeó, echándome una mirada de arriba abajo con una amplia sonrisa en sus labios.

Iba a decir algo, a quejarme y a decirle que se dejara de gilipolleces y me follara; pero no tuve que hacerlo, porque fue exactamente lo que hizo entonces. Se quitó las zapatillas sin agacharse, se bajó el pantalón para dejarlo tirado a un lado y casi se arrancó la camiseta negra; quedando completamente desnudo. En efecto, Matt era la personificación de un lobo vikingo, increíblemente perfecto, e increíblemente sexy. Me quedé embobado mirándole, al menos, los pocos segundos que tardó en tirarse sobre mí como un puma salvaje. Me besó, me lamió y se hizo un hueco entre mis piernas antes de incorporarse, escupirse en la mano y mojarme el ano. Sin mucha delicadeza, acercó la punta de su polla húmeda y me la clavó.

—¡Tu puta madre! —le grité.

Pero él se rio, me agarró con fuerza de las muñecas y empezó a taladrarme sin piedad. Hubo muchos gritos, insultos, gruñidos y jadeos. La cama tembló tanto que empezó a golpear la pared. Me corrí sin necesidad de tocarme demasiado, lo que el lobo se quedó mirando con gran placer mientras no dejaba de jaderar «sí, sí, sí, más». Matt me escupió en la boca y yo le escupí de vuelta con enfado, lo que solo provocó que me follara más fuerte y gruñera muy alto antes de correrse una cuarta y última vez. Empapado en sudor y sin aliento, se dejó caer sobre mí. Después del polvo más salvaje y bueno de mi vida, me quedé con la mirada clavada en el techo. No era capaz de pensar en nada. Simplemente continuaba

tratando de respirar, aún con aquel lobo sudado y terriblemente apestoso de ciento y pico kilos encima. Noté como su polla se hinchaba dentro de mí y fruncí el ceño, cerrando los ojos un momento para adaptarme a aquella sensación tan extraña e invasiva. Tras un par de minutos así, Matt levantó la cabeza, se pasó la mano por el pelo para apartar la frondosa melena de su rostro y me miró con una sonrisa.

—Ha sido la hostia —me dijo.

Miré sus ojos de chocolate y asentí lentamente.

—Ha sido la hostia —reconocí—. Follas justo como me gusta.

El lobo cambió su sonrisa a una más afilada y prepotente. Entonces me guiñó un ojo en un gesto que podría haber prendido en llamas el polo norte.

—Supe que eras tan cerdo como yo en el momento en el que me comiste la polla —me dijo.

Sonreí un poco con la boca empapada en saliva y volví a asentir.

—¿Tus vecinos nos van a dar problemas por el ruido? —preguntó, mirando por el borde superior de los ojos hacia la pared, como si pudiera ver a través de ella.

—Más les vale que no —le dije, cerrando los ojos y recorriendo suavemente la musculosa espalda del lobo con la mano. El sudor se había enfriado, pero la piel seguía estando caliente—. Yo no digo nada cuando se gritan o empiezan a tiros. Matt se rio, haciendo vibrar su pecho y ahogándome un poco.

—Bien, me gusta hacer mucho ruido —murmuró—. Aunque parece que a ti también...

Murmuré una afirmación, demasiado a gusto como para esforzarme ni en hablar. Aquel sexo salvaje me había dejado flotando en una nube; quizá fuera el alcohol, quizá la excitación acumulada, quizá esa peste a sudor o quizá lo increíblemente sexy que era Matt, pero hacía muchísimo tiempo que no me había divertido tanto y había disfrutado de aquella manera.

Tan lentamente como se había producido, la inflamación disminuyó, lo que permitió al lobo moverse hacia un lado, quitándola al fin de dentro de mí.

—¿El baño? —preguntó.

Le señalé hacia la derecha, sin si quiera abrir los ojos. Sentí el movimiento de su enorme peso hasta levantarse y oí sus pasos sobre el suelo hacia el baño. Encendió la luz y no se molestó en cerrar la puerta antes de echar una larga y ruidosa meada mientras decía un alto «Ah...» de placer. Tiró de la cisterna y volvió a la habitación; al menos, a la sección del loft que yo consideraba «la habitación».

—Vives solo, ¿verdad? —preguntó, apagando el interruptor de la luz.

—¿Por qué? —quise saber.

—Por curiosidad —murmuró.

Sus pasos volvieron a resonar, pero no en dirección a la cama, lo que me hizo chasquear la lengua y entreabrir los ojos para mirar qué coño hacía el lobo. Matt había ido directo al armario para abrirlo, echar un vistazo y acercar el rostro para olfatear.

—¿Qué coño haces? —le pregunté.

—¿Soy el primer Macho que traes aquí? —respondió, ignorando mi pregunta antes de cerrar las puertas del armario y girarse a mirarme—. Solo huele a ti.

Me quedé con el ceño fruncido y una expresión lo suficiente clara para darle a entender que me estaba tocando mucho los cojones en ese momento. Matt sonrió, sin embargo.

— ¿Yo soy tu primero, Zack? — me preguntó con un tono bajo y aterciopelado.

— ¿Crees que era virgen, Matt? — respondí—. Llegas diez años tarde...

El lobo se rio y fue en busca de su pantalón tirado en el suelo. Creí que se lo iba a poner y a irse, pero solo cogió una cajetilla de tabaco largo y, lo más curioso, cerillas.

— Todos los humanos son vírgenes hasta que conocen a un Macho, Zack — me aseguró, sacando un pitillo para ponérselo en los labios—. Hasta entonces no sabéis lo que es follar de verdad...

Resoplé y aparté el rostro por aquella muestra de prepotencia tan ridícula.

— ¿Dónde fumas? No huele a que lo hagas dentro de casa — me dijo.

— En la puerta — respondí antes de tomar una bocanada de aire y hacer el gran esfuerzo de levantarme. Me dolía un poco el culo y tenía las nalgas empapadas de líquido viscoso, pero no me importó demasiado. Fui en busca de mi propio tabaco y mi zippo y le hice una señal para que me siguiera.

— *To hell...* — leyó Matt tras seguirme en dirección al salo y la cocina, separados por una barra de bar. Al lado había una puerta de emergencias que debería dar a unas escaleras de incendios, pero las habían arrancado o se habían caído mucho antes de que yo llegara al edificio—. Que bueno... ¿lo has escrito tú?

— Sí — respondí, abriéndola antes de encenderme el pitillo y apoyar la espalda contra la pared de ladrillos—. Tengo un retorcido sentido del humor.

— Yo también — respondió él, prendiendo una cerilla para acercarla a la punta de su cigarro y soltar una profunda bocanada de humo—. Dime, Zack, si quisiera volver para echar otro buen polvo, ¿a qué hora estarías en casa?

Arqué las cejas y me quedé mirándole con expresión seria.

— Creía que esto sería solo algo de una noche — le confesé antes de darle una calada al pitillo.

Aún seguíamos desnudos, pero después del sexo, la mente ya se me había aclarado lo suficiente para ser consciente de que no quería buscarme más problemas de los que ya tenía.

— Suele serlo — respondió él con una de sus preciosas sonrisas—, pero me gustas bastante y quiero volver a verte.

— No me gustan los problemas, Matt.

— ¿Te parece un problema que venga de vez en cuando a darte polla, Zack? — preguntó, encogiéndose de hombros—. O es que tienes pareja o algo así.

— No, no tengo pareja — murmuré, ladeando el rostro.

— Entonces, ¿cuál es «el problema»? — insistió.

El problema era que Matt se trataba de un lobo, un jodidamente atractivo, musculoso y sexy lobo, pero un lobo después de todo. El más subnormal sabía que estaban rodeados de negocios turbios y que era mejor no mezclarse con ellos.

— No quiero a la policía llamando a mi puerta, Matt — respondí.

— Yo tampoco. — Fumó una calada y soltó el humo a un lado sin apartar sus ojos de mí—. Me gusta pasarlo bien, follar sucio e irme tan tranquilamente como he llegado.

Murmuré algo impreciso y fumé. Mi instinto me decía que no, pero la idea de volver a follar con el lobo vikingo era algo que me producía un profundo placer... Quizá era otra de esas oportunidades que te arrepentías de no haber aceptado cuando ya era demasiado tarde.

—Sin complicaciones y sin problemas —le dije, solo para asegurarme de que nos entendíamos—. Solo follar.

Matt sonrió de esa forma tan sexy y asintió, relamiéndose un poco.

—Solo follar... —repitió con un gesto de cabeza.

Asentí lentamente, tomé una bocanada de aire y miré por la puerta de emergencias.

—Trabajo de noche, en una tienda, así que tiene que ser antes de las doce o después de las cinco.

—Mmh... —Matt frunció el ceño y se acercó a mí para apoyar el hombro en la pared, justo a mi lado, para así mirarme más de cerca—. No siempre tengo tiempo a esas horas, dime dónde trabajas, podría pasarme por allí en algún rato libre.

—No —me negué—. Mi jefe me echaría de una patada a la calle si sabe que llevo un lobo a la tienda.

—No quiero entrar en ella, Zack —respondió—. Solo quiero ir a verte para que me la chupes en el coche.

Por alguna razón, aquello me hizo gracia. Me gustaban los hombres directos y sinceros, y me gustaba que me dijeran lo que querían sin rodeos.

—Eso podría ser —reconocí.

Matt acercó su rostro al mío, todavía con un rastro de humo grisáceo tras su última calada.

—Entonces, ¿dónde? —preguntó en voz baja.

Me quedé mirando sus ojos marrones, y después sus labios rodeados de barba parduza. Matt era demasiado guapo y lo sabía, se notaba que lo sabía y que no tenía problema alguna en usarlo para conseguir lo que quería. Pero eso solo me hizo sonreír un poco más. Yo también era esa clase de cabrón atractivo al que no le importaba aprovecharse de los demás.

—En Velvet's Bulevar, hace esquina con la calle veintisiete —le expliqué—. Se llama *The Wong Xing's Shop*, pero todos la llaman «The Wondering Shop».

—Oh —arqueó las cejas—, suelo pasar bastante tiempo en la Ruta 5. No queda muy lejos de allí...

—Qué bien —murmuré.

Matt dio una última calada a su pitillo y lo arrojó por la puerta, junto con el humo grisáceo. Se apartó y, sin decir nada, fue a vestirse para volver en dirección a la puerta.

—Nos vemos, Zack —sonrió, despidiéndose con un gesto de la mano.

—Nos vemos, Matt —respondí, todavía desnudo en mi sitio apoyado contra la pared.

Cuando cerró la puerta tras de él, fruncí el ceño y me pasé la lengua por los dientes. No estaba del todo seguro de que no hubiera cometido un error al darle tanta información al lobo, pero de lo que sí estaba seguro era de que había sido una noche increíble y de que iba a querer repetirla.

—Joder... —murmuré, tirando el pitillo y cerrando la puerta de emergencia.

---

Mary me había llamado ocho veces y me había enviado cinco mensajes bastante repletos de insultos. Cuando al día siguiente quise llamarla de vuelta, colgó sin si quiera responder, así que estaba muy enfadada y no volvería a hablarme hasta que me necesitara de nuevo. Me encogí de hombros y continué colocando los paquetes de tabaco en el estante tras la mesa de la caja registradora. No era mi culpa que hubiera tenido suerte y me hubiera largado con el lobo más guapo del local. Lobo que, para mi sorpresa, interrumpió mi noche de trabajo.

Oí un golpeteo en el cristal y, cuando levanté la cabeza de la vieja tele, me encontré con un enorme hombre con camiseta blanca y apretada, la melena recogida en un moño improvisado sobre la nuca y la sonrisa más sexy del mundo. Me saludó con la mano y señaló con el pulgar a sus espaldas. Yo me quedé un momento paralizado, con el ceño fruncido, los tobillos cruzados sobre la mesa y los brazos cruzados. Cuando Matt había dicho que iba a volver a verme, no me imaginaba que se referiría al día siguiente. Salí de detrás del mostrador y me acerqué a la puerta automática, que se deslizó con un pitido de alarma. Me giré hacia el lobo y antes de que pudiera decir nada, me preguntó:

—¿Quieres follar?

Tenía muchas preguntas, pero solo una única respuesta:

—Sí.

Señaló con la cabeza el *Hyunday Tucson* aparcado al otro lado de la carretera y, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, me dirigí hacia allí. El lobo me siguió de cerca, a solo un paso de distancia, hasta que me metí en la parte de atrás. Apeataba a sudor caliente y jadeé, sintiendo una profunda e instantánea excitación a olerlo, sentimiento que solo se hizo más y más intenso cuando el lobo me siguió al interior y cerró la puerta. Lo primero que hizo fue quitarse la camiseta blanca y descubrir su increíble cuerpo de vikingo, con pecho hinchado y peludo, brazos enormes y poderosos y unos abdominales y una uve tan marcada que daba vértigo. Si embargo, antes de nada, se levantó un poco y puso la música tecno y algo retro de sonidos repetitivos y profundos graves. Eso fue lo último, después se dejó caer en el asiento, haciendo temblar un poco el coche, se desabrochó la bragueta de los vaqueros y giró el rostro hacia mí. Sin decir nada, me agarró del pelo y me acercó para besarme como él lo hacía.

Si pensaba que tras solo quince horas después de follar, estaría más preparado para mantener el control, me equivocaba. Volví a perderme por completo en aquella penumbra repleta de música, peste a sudor, gruñidos y gritos. Le chupé la polla de arriba abajo mientras em hacía unos dedos y después le monté sin demasiado cuidado, compartiendo insultos, jadeos, besos fuertes y lamidas. Matt volvió a escupirme y, cuando yo le tiré de la melena y le escupí incluso más; se puso tan cachondo que casi se corrió dos veces seguidas, agarrándome del cuello y la cadera mientras movía la cadera como un loco y apretaba los dientes de anchos colmillos. Todo terminó tres orgasmos después, cuando al fin se detuvo y se quedó con la cabeza recostada en el asiento, respirando con fuerza y sudado.

Yo no estaba mucho mejor, apoyando la frente en su hombro mientras luchaba por recuperar el aliento. No dijimos nada durante la inflación y, después, simplemente me salí de encima y fui en busca de mi cajetilla de tabaco.

—Joder... —murmuré, dándome cuenta de que la había dejado en la cazadora —. ¿Me das un cigarro, Matt? Te lo devolveré la próxima vez.

—Sí, no te preocupes... —murmuró, abriendo los ojos para mover la cabeza —. Los tengo en el pantalón.

Me incliné para buscar su vaquero, saqué uno para mí y otro para él porque me lo pidió en un leve susurro.

—¿Y lo de las cerillas? —le pregunté antes abrir la cajita para sacar una.

—El tabaco sabe mejor —se encogió de hombros—. Lo oí una vez en una película de vaqueros y desde entonces siempre las utilizo.

Arqueé las cejas y prendí una cerilla para encenderme el cigarro.

—A mí me sabe igual —murmuré, acercando la llama al suyo para encenderlo antes de apagar la llama con un movimiento rápido de la muñeca.

Me giré y abrí un poco la ventanilla con cristal ahumado y totalmente empañada debido al calor acumulado y la peste más intensa que ahora llenaba el Hyundai. Recosté la espalda en el cómodo asiento y me quedé así, fumando y flotando en mi nube de calma. Matt estaba a mi lado, todavía con las musculosas piernas abiertas, la polla flácida entre ellas y pecho velludo manchado con chorros de semen. No estaba orgulloso de reconocerlo, pero el lobo me hacía correrme como un puto aspersor de lo cachondo que me ponía. Eso no era algo que a Matt pareciera importarle, es más, creía que hasta le excitaba bastante, porque siempre me miraba muy fijamente mientras lo hacía, como si no quisiera perderse ni un momento de aquello.

—¿Eres fan del tecno de los 2000? —le pregunté tras un minuto en silencio, tan solo escuchando aquella música de bases repetitivas.

—Sí, me gusta mucho la música de los 2000 en general. No importa lo mala que piense que la gente que fuera, fue una gran época.

Ladeé la cabeza y fumé una calada, pensando sobre ello.

—Yo era un adolescente por entonces, así que le tengo más cariño que otra cosa.

—Y yo también —se rio y me miró por el borde de los ojos mientras arqueaba una ceja—. ¿Cuántos años te crees que tengo?

—No sé, ¿treinta y dos?

Matt resopló.

—Lo único que tengo de treinta y dos, es lo que me mide la polla, Zack.

Fruncí el ceño y apoyé un brazo en el respaldo para girarme hacia él.

—¿A quién quieres engañar exactamente con eso, Matt? —le pregunté—. Porque te la he chupado ya un par de veces y me la he metido por el culo, por si te has olvidado. No te mide más de veinte ni de broma.

El lobo hinchó el pecho y levantó un poco la cabeza con orgullo.

—Veinte justos —murmuró—, y si le sumas cinco, tienes mi edad.

—Ah, así que somos de la misma generación —comprendí—. Parecías mayor.

—Tú también parecías mayor, Zack.

—Sí, es de trabajar como un hijo de puta, te deja la piel un poco mustia...

Matt frunció el ceño y ladeó el rostro, volcando su preciosa melena de león por un hombro, hacia su pecho fuerte y abultado la cadena plateada que el colgaba del cuello.

—¿A quién quieres engañar exactamente con eso, Zack? —me preguntó—. Porque te he estado mirando un rato antes de llamarte y no hacías nada más que jugar al móvil y rascarte los huevos.

Mantuve su mirada en silencio, pero terminé con una media sonrisa en los labios. Fumé una calada y la eché a un lado, hacia la ventanilla.

—A veces hago cosas y todo —respondí—. Repongo las baldas, friego el suelo, doy mal el cambio a un cliente borracho para quedarme con dinero... Ya sabes.

—Oh... —Matt sonrió y asintió, sacándose el pitillo de los labios—. Entonces quizá podrías robarme un poco de tabaco y algo para comer...

Tragué saliva, que todavía tenía un intenso sabor a polla de lobo, miré a través de la ventanilla y después a los ojos marrones de Matt en la penumbra.

—¿En serio, Matt? No puedes tener un precioso todoterreno con luces de neón y un sistema inmersivo de música y pedirme que te robe tabaco y comida.

El lobo se encogió de hombros.

—Me gustan las cosas gratis —dijo sin más—. Y si me das más razones para venir, volveré más a menudo...

—Oh... —arqueé una ceja y asentí varias veces—. Quieres vaciarte los cojones y aún por encima que te regale cosas a cambio... Estás muy equivocado conmigo, Matt.

El lobo movió una mano y me acarició el cuello con el reverso del dedo, allí donde ya me había dejado un par de moratones al apretarme.

—¿No quieres darme un poco de tabaco y algo para comer, Zack? —me preguntó con un tono más bajo y aterciopelado—. Todavía tengo que volver al trabajo y me he pasado el tiempo de descanso viniendo hacia aquí para verte...

—Ogh... —era indignante, pero lo había hecho tan obvio que hasta me hizo gracia—. Hay que joderse... —aparté la mirada hacia la ventanilla, con la carretera y la tienda al fondo—. Te daré el tabaco porque te lo debo, y puede que saque algo de comer porque eres un gilipollas que me está empezando a caer bien, pero no te acostumbres, porque no tengo mucha paciencia con las subnormalidades.

Dicho eso, me dejé el pitillo en los labios y me incliné en busca de mis pantalones. Matt me observó fijamente y una ligera sonrisa en los labios, no hizo nada por vestirse antes de que saliera del coche y cerrara la puerta, pero cuando volví con una bolsa llena de bolsas de snacks, algunos dulces y sándwiches precocinados, ya estaba con la ropa puesta y esperándome en el asiento del conductor. Le arrojé la cajetilla de tabaco sin abrir y él la cogió al vuelo con una sonrisa. Miró con atención la bolsa que levanté y gruñó por lo bajo, casi como un ronroneo, apresurándose a mirar el interior.

—Vaya... —dijo—. Debió gustarte mucho el polvo para ser tan generoso conmigo...

—Que te jodan —le dediqué un corte de manga y me di la vuelta.

Matt me respondió con otro, pero no había dejado de sonreír.

Cuando volvió dos días después a la tienda, hicimos lo mismo, algo que se repitió intermitentemente a lo largo de la semana; bueno, no exactamente lo mismo. En cada ocasión el lobo me sorprendía con algo nuevo, añadiendo más y más capas a ese sexo cerdo y salvaje que compartíamos. Empezó a comerme el culo, a chupármela y hasta nos hicimos un buen sesenta y nueve. Me puso tan cachondo que me corrí entre gemidos, pero gemí incluso más cuando Matt se lo tragó antes de correrse también en mi boca. Ganó muchos puntos con eso, sinceramente. No me importaba tanto traerle una bolsa de comida y tabaco gratis si sabía que saldría de ese coche en una nube de peste a lobo y sexo sucio. No hablábamos demasiado, no de nada importante; solo bromeábamos, compartíamos comentarios cortantes y subidos de tono, nos vacilábamos y pasábamos un rato fumando hasta que me bajaba y me iba.

En la segunda semana, tras tres días sin vernos, apareció a la salida del trabajo, me pitó con la bocina y me saludó. Arqueé las cejas, porque ya no le esperaba aquella noche y, cuando me acerqué, me preguntó:

— ¿Te hace follar en tu casa y cenar algo?

— Claro —respondí, dando la vuelta al Hyundai para subirme en el asiento del copiloto.

Aspiré aquel ambiente cálido con peste a sudor y suspiré. Solo necesitaba aquello para ponerme cachondo como una perra. Me quité la cazadora y la tiré en el hueco de los pies, inclinándome hacia la entrepierna de Matt. El lobo soltó un gruñidito grave de placer y enseguida recostó un poco el asiento para dejarme total acceso. Nuestra relación era totalmente sexual, así que no había ningún tabú, ni momento de incertidumbre, ni vergüenza, ni dudas tontas; si quería comerle la polla en la penumbra de su coche con música tecno a todo volumen, lo hacía y punto. Principalmente, porque me encantaba hacerlo.

Para cuando llegamos a mi casa, Matt ya se había corrido una vez y se había asegurado de limpiarme los labios a lametones en el segundo rellano, donde casi me hizo unos dedos sin importarle demasiado quién pudiera vernos allí. Me bajó los pantalones un poco en el pasillo y me masturbó mientras me comía el cuello y yo trataba de luchar para abrir la puerta mientras no paraba de jadear.

— Joder... serás hijo de puta...

— Sí, pues espera a que te ponga a cuatro patas en el sofá —respondió en mi oído. Y eso hizo. Matt siempre cumplía sus promesas sórdidas, no eran solo comentarios excitados, sino toda una declaración de intenciones. Me llevó agarrado del cuello hasta allí y solo se bajó los pantalones vaqueros lo suficiente para follarme a gritos y fuertes golpes de cadera, provocando un ruido seco cada vez que chocaba contra mis nalgas, acompañado por su rugido y mis gritos. Tras la segunda corrida, me volvió a agarrar del cuello para apretarlo y aceleró mucho el ritmo de la embestida. Terminó con un cuarto orgasmo bastante ruidoso, mordiéndome el hombro y tirando de mi pelo. Ya había empezado a hacer aquello de morderme y no sabía muy bien cómo sentirme al respecto. En el momento, en mitad del sexo, me daba igual, pero después esas pequeñas muescas me picaban un poco y me molestaban si había clavado sus colmillos.

Durante la inflamación, se desató el moño revuelto de la nuca y dejó caer la melena, pasándose una mano para colocarla hacia un lado.

—Buff, qué ganas de follarte tenía —me dijo al oído.

Solo pude murmurar algo incomprensible, con la frente pegada al respaldo del sofá mientras recuperaba el aliento. Yo también tenía muchas ganas de que el lobo volviera. Cada día mi ropa olía un poco más a él y me asaltaban repentinos ataques de excitación en los momentos más extraños. Solo podía tocarme como un adolescente mientras pensaba en el enorme lobo vikingo. Después me enfadaba, porque me sentía estúpido y subnormal, me prometía que no volvería a hacerlo y a las cuatro o cinco horas ya me estaba volviendo a masturbar mientras notaba su peste a sudor en la cazadora militar. A esas alturas ya tenía bastante claro que, o me había vuelto adicto al sexo o a Matt; y no sabía cuál opción era la peor. Simplemente, el sexo era demasiado bueno y el lobo demasiado guapo.

—Me comería una vaca entera ahora mismo —murmuró él, separándose tras la inflamación—. ¿Tienes algo de comer por aquí?

Levanté la cabeza y miré la cocina frente a mí, todavía atontado y en mi nube de placer post coito, asentí.

—Genial —sonrió él, terminando de bajarse los pantalones por las rodillas y de quitarse las zapatillas. Lo dejó todo allí tirado y se fue hacia el baño mientras estiraba los brazos y gruñía con placer tras un trabajo bien hecho.

Me froté el rostro, tomé una bocanada de aire y me levanté del sofá. Me subí los vaqueros, pero me quité la camiseta manchada de mi corrida para tirarla también a un lado. Lo primero, un pitillo y un café, después busqué en el congelador y saqué las tres cajas de burritos tamaño familiar que tenía allí. Los puse a calentar en el microondas y me quedé allí, con un café en una mano y el pitillo en la otra, mirando el asqueroso suelo de la cocina. No pensaba en nada, solo me quedé allí con la boca todavía mojada y manchada de líquido viscoso, al igual que mi trasero. Todo era sucio con Matt.

El lobo regresó con una preciosa medio sonrisa, se sentó en el taburete sin molestarse en ponerse pantalones antes, alargó una mano hacia mi cajetilla y se sacó un pitillo para él antes de encenderlo con mi *zip* plateado. Soltó una bocanada al techo y me miró.

—¿Estás bien, Zack? ¿O es que te he follado tan duro que te he dejado tonto?

Le dediqué un corte de manga, una respuesta ya bastante común entre nosotros, a lo que él respondió con un gesto bastante obsceno, diciéndome sin palabras que le podía comer la polla.

—Ya lo hice en el coche —le recordé antes de ponerme el pitillo en los labios y darme la vuelta para coger los burritos ya calientes.

Los puse delante de él y Matt gruñó, mirándolos con una gran sonrisa en los labios. Dejó el pitillo en el borde de la mesa, con la punta fuera para no quemar la madera, y tragó saliva antes de que su estómago rugiera de hambre al oler la carne especiada.

—Hay dos cajas más, ¿las quieres?

Me miró un momento por el borde superior de los ojos mientras se ataba el pelo en una coleta improvisada.

—Por supuesto — me dijo con tono serio antes de empezar a comer como un puto animal. Jadeaba porque quemaba, pero no se detenía demasiado entre bocado y bocado.

Le saqué la segunda tanda y se la tragó tan rápido como la primero, pero en la tercera ya ralentizó el ritmo y se paró más a masticar. Yo le observaba atentamente, bastante seguro de que no podría con todo, porque era muchísima comida; sin embargo, Matt se lo terminó todo como un héroe, quedándose muy quieto y con la respiración profunda bajo su camiseta negra. Eructó con fuerza y suspiró, yendo en busca de otro pitillo porque el de antes ya se había consumido por entero, arrojando la ceniza al suelo. Se lo encendió, le dio una calada y apoyó el codo en la mesa para frotarse los ojos.

—Joder... estoy a punto de reventar... —murmuró—. Estaba muy bueno...

—Si vas a vomitar, te vas a la puta puerta —respondí, dejando el vaso de café vacío en el fregadero.

—No, no... solo necesito sentarme un momento —respondió, levantándose para darle otra calada al pitillo y, tras un breve instante en el que pareció que se iba a desequilibrar y caerse de cara al suelo, dio un paso rápido y alcanzó el sofá—. Oh... joder... —gimió, sentándose y recostando la cabeza en el respaldo. Pasó una mano por encima y fumó otra calada.

La escena era... curiosa: un enorme lobo con la barriga abultada y sin pantalones en mi sofá, fumando lentas caladas con los ojos entrecerrados y adormilados. Me senté a su lado y puse la televisión para ver algo mientras descansaba. Noté un movimiento y volví el rostro. Matt me miraba por el borde de los ojos y me daba pequeños toques con la rodilla en la mía. Tras un momento, me hizo una señal con la cabeza como si quisiera que me acercara más a él.

—Ah... —comprendí.

Subí un brazo por el respaldo para estar más cómodo y coloqué la mano en su barriga abultada para acariciarla sobre la camiseta negra.

—Oh... —gimió Matt, cerrando los ojos antes de empezar a ronronear como un gatito.

A los lobos les encantaban las caricias, algo de lo que me había olvidado porque Matt y yo nos habíamos saltado bastantes de los pasos que la mujer de la charla nos había dado. Sí era cierto que el lobo se ponía nervioso si le tocaba el cuello y que nunca me daba la espalda, pero en lo demás no había acertado demasiado. Solo pasaron un par de minutos hasta que Matt se quedó dormido, roncando y sufriendo contracciones en la pierna. Se me saltó la risa y negué con la cabeza.

—Hay que joderse... —murmuré, quitándole el pitillo de la mano antes de que quemara algo de mi puta casa.

Me dio tiempo a recoger la cocina, lavar los platos y fumarme otro cigarro con un segundo café y volver a sentarme para terminar de ver las noticias de la madrugada antes de que el lobo se despertara casi de un salto. Miró a los lados y parpadeó un par de veces al encontrarme a su lado.

—Me quedé dormido —anunció con voz ronca y los ojos todavía adormilados.

—Sí, se podían oír tus putos ronquidos a kilómetros, Matt —respondí.

El lobo tomó una buena bocanada de aire, me acercó contra él y se limpió los morros en mi pelo.

—Hago mucho ruido siempre —me dijo en voz baja—. En todo... —y se rio un poco de su propia broma—. ¿Qué hora es? —preguntó entonces.

—Las ocho y media.

—Buff... joder, que tarde —me liberó para que pudiera volver a sentarme y miró el salón.

Bajó una mano del respaldo para rascarse los huevos como todo un señor y después se levantó, agitó la cabeza para aclararse y fue en dirección al baño. Me quedé mirándole con las cejas arqueadas y sin saber qué decir sobre todo aquello. Oí su fuerte meada, otro eructo y un leve «joder...» antes de que volviera a aparecer por el salón—. Estaba muy espaciada la carne —me dijo.

—Eres un puto cerdo, Matt... —respondí con tono serio.

—No te quejas tanto de eso cuando te como el culo o hacemos un buen beso blanco, ¿eh, Zack? —dijo, agachándose a por sus pantalones para ponérselos.

Entreabrí los labios, pero no tenía nada que decir al respecto. Matt me había cerrado la boca con aquello. Se subió sus vaqueros, se metió la polla por dentro y subió la bragueta, sentándose a continuación en el sofá para calzarse.

—Por cierto, en dos semanas es El Celo —me dijo—. Voy a venir aquí.

—¿Qué?

—Que voy a pasar El Celo contigo —repetió, como si realmente se creyera que no le había oído bien la primera vez—. Es para que vayas preparándolo todo y tal —terminó de abrocharse los cordones de sus carísimas Nike y se puso de pie. Entonces se sacó un pitillo y lo puso en los labios, ignorando por completo mi mirada seria e incrédula. Matt estaba hablando con calma y la total seguridad de que aquello iba a suceder y de que yo estaría encantado por ello. No fueron sus palabras, sino su actitud lo que me estaba dejando tan sorprendido que no era capaz ni de enfadarme, solo quedarme allí plantado con los labios entreabiertos—. Tendremos que follar más en la cama —continuó como si nada, señalando con el pulgar a sus espaldas, donde estaba la habitación—, sé que no has cambiado las sábanas, pero no huelen lo suficiente a mí. Lo solucionaremos rápido —aseguró con un tono más bajo y sórdido, añadiendo uno de esos guiños capaces de hacer que una monja de clausura se corriera a mares. Se detuvo para encender una cerilla y acercarla a la punta del cigarro y entonces se despidió con una sonrisa y un—: Nos vemos, Zack.

El lobo se dio la vuelta hacia la puerta y se fue.

—¿¡QUÉ!?! —rugí entonces.

Me quedé jadeando, con los ojos abiertos como platos y el corazón latiendo con fuerza el pecho. Una vez que la sorpresa se había disipado, llegó la profunda ira. Me levanté de un salto y me fui a la ventana para abrirla, pero, como todo en aquella casa, no funcionaba bien y se quedó encajada. Apreté los dientes y tiré de ella, pero no se movió por mucho que lo intentara. Al final, terminé por meter el cuerpo como pude para sacarlo afuera.

—SERÁS HIJO DE PUTA —le grité al lobo, pero ya era demasiado tarde y ya se estaba alejando por la carretera a toda velocidad.

Rugí y golpeé la repisa con el puño, volviendo a meter el cuerpo para no terminar empapado con la lluvia. «No, no, no...» repetía para mí, negando con la cabeza. Matt podía estar bien seguro de que en mi casa no iba a pasarse El Celo.

---

Pasaron otros tres días hasta que volví a verle. Tres días alimentando mi ira y mi resentimiento en un bucle infinito de frases susurradas y dientes apretados. Estaba esperando pacientemente ese momento en el que apareciera por la tienda, porque se iba a largar de allí con una patada en la boca y los cojones de pendientes. Entonces sucedió, una noche de jueves al salir de la tienda después de que la señora Ming apareciera con su cara de asco y me diera el cambio de turno. Bajo la lluvia, había un precioso Hyundai Tucson aparcado a un lado de la acera. La ventanilla se bajó y vi al lobo más guapo del mundo, con su increíble sonrisa y un fajo de billetes con los que se abanicaba como si hiciera calor. Mantuve mi expresión de ira contenida hasta que me acerqué lo suficiente y le oí decir:

—Hola, cosa sexy, ¿cuánto me cobrarías por una buena mamada en el coche, un polvo sudoroso en tu cama y una buena cena?

—Matt... —le dije, deteniéndome frente a la ventanilla, bajo la lluvia. Había el momento de soltar mi discurso cargado de veneno y que daría por finalizada aquella relación entre nosotros.

—¿Qué pasa, Zack? —me preguntó, frunciendo el ceño y perdiendo de pronto la sonrisa—. ¿Ha ocurrido algo? —se incorporó en el asiento, cerró el fajo de billetes y miró por el retrovisor hacia la tienda—. ¿Han sido los putos racistas de tus jefes?, ¿quieres que les haga una visita?

—No —negué—. Es sobre ti y El Celo, Matt.

—Ah... —de pronto pareció más tranquilo, relajó la postura erguida y su expresión seria—. ¿Tienes alguna pregunta? Entra, no te quedes ahí en la lluvia. Esperé unos segundos, pero decidí entrar en el coche. Llevaba mucho esperando por aquello y no tenía prisa por disfrutar de mi venganza. Ni el olor a sudor fuerte y cálido del lobo pudo con mi orgullo esta vez.

—Pero antes, tengo algo para ti —me dijo entonces, cuando cerré la puerta—. Bueno, realmente tengo dos cosas para ti. La primera es esto —y me ofreció el fajo de billetes.

Me quedé mirando el fajo de dinero. Alargué una mano y lo cogí, abriéndolo para contar más de diez de veinte. Doscientos cuarenta dólares en total. Levanté la mirada hacia Matt, que había apoyado la mano en el cabezal de mi asiento y sonreía como si supiera que aquello me iba a encantar.

—Sé que no te sobra el dinero, Zack, y que vas a tener que pedir días libres para El Celo y comprar algunas mierdas más —se encogió de hombros—, así que he pensado en poner mi granito de arena.

Cerré el fajo de billetes y lo golpeé suavemente contra mi muslo mientras pensaba en cómo reaccionar a aquello. Seguía enfadado, por supuesto, pero aquella había sido toda una sorpresa bastante agradable.

—Y esto es lo segundo que quiero darte —añadió él, y se llevó la mano a la entrepierna para apretar el obsceno bulto de sus vaqueros y mover un poco la cadera—. Me he estado aguantando estos dos últimos días. Oh... —sonrió más,

como si la idea de lo que me iba a hacer ya le estuviera volviendo loco — Vamos a dejar esa cama tan apesetosa que se va a oler en todo el barrio...

Seguí golpeando el fajo de billetes contra el muslo, descendiendo la mirada tan solo un momento para ver como se apretaba la polla bajo el vaquero, cada vez más gruesa y dura contra la tela.

—No me gusta como has dado por hecho que iba a aceptar pasar El Celo contigo, Matt —murmuré, con tono serio, pero no tan frío y duro como me había imaginado que se lo diría.

—¿Qué? —preguntó, dejando de manosearse y perdiendo parte de la sonrisa —. ¿Por qué, qué problema hay con eso? ¿No quieres un Macho para El Celo?

—No me gusta que me sueltes algo así y te vayas sin si quiera hablarlo — continué, mirando sus ojos en la penumbra del coche—. Estaba bastante enfadado de que dieras por hecho que podías pasarte tres o cuatro días en mi casa, sin siquiera pensar en los problemas que podría darme eso, pero, al parecer, sí tenías una cierta idea... —levanté el fajo.

El lobo asintió, extrañamente serio para ser él, lo que le hacía parecer casi otro lobo diferente, igual de atractivo y sexy, pero diferente al que nunca dejaba de tontear conmigo y decirme guarradas.

—No soy gilipollas, Zack. He visto el barrio en el que vives, tu trabajo de mierda y tu ropa de segunda mano —me dijo con tono serio—. Que no hable de ello no quiere decir que no me dé cuenta.

—Ahm... —murmuré, ladeando un poco el rostro—. Así que eres de esos que miran mucho y hablan poco...

—¿Te parece que hablo poco? No paro de preocuparme por ti y preguntarte cómo te encuentras.

Tardé unos segundos, pero terminé sonriendo.

—Es cierto —murmuré—, siempre te preocupas mucho por saber si me gusta cómo me follas la boca o el culo. Eres todo un detallista, Matt.

El lobo bajó la mano del respaldo y me acarició el rostro.

—Lo sé... Soy como un héroe sin capa...

—Totalmente, salvando a la humanidad a pollazos.

Matt sonrió, hinchó su pecho con orgullo y levantó la cabeza.

—He nacido con un enorme don —declaró, agarrándose la polla por encima del pantalón—, y mi deber es compartirlo con el mundo...

Murmuré una vaga afirmación, guardé el fajo de billetes en el bolsillo de la cazadora y me la quité, porque estaba empapada de lluvia y quería estar cómodo. Me incliné, colocando una mano en el respaldo y la otra sobre su entrepierna.

—Así que yo no soy el único al que salvas por las noches... —deduje, murmurando cerca de sus labios.

Matt no respondió, solo extendió su afilada sonrisa y gruñó por lo bajo, disfrutando de la sórdida caricia nates de besarme. Seguía pensando que Matt no era el que mejor besaba del mundo, pero no importaba cuando notabas su lengua caliente recorriendo cada centímetro de tu boca. De mis labios pasó a mi cuello y sus manos ya estaba apretándome las nalgas cuando cerré los dientes para ahogar un gemido.

—Eres de los que más me gusta salvar... —susurró en mi oído antes mordisquearme el lóbulo y tirar suavemente del pendiente de aro.

—Aha... —murmuré, desabrochando el botón de su vaquero antes de bajarle la bragueta—. Pero yo no necesito un héroe, Matt —susurré pegado a sus labios, sintiendo los leves jadeos del lobo cuando le alcancé la polla empapada bajo el pantalón—. Lo que necesito es que me digas las cosas y que me las expliques antes de irte y volver con doscientos dólares... ¿Entiendes?

Ladeé un poco el rostro, pero Matt ya estaba perdido en la excitación y le costó responder:

—Sí...

Saqué la mano de sus pantalones y me lamí el líquido preseminal que allí había, incluso algo más denso, apestoso y fuerte de lo que solía ser, así que el lobo no había mentido al decir que se había «aguantado» para aquella ocasión. Matt me miró hacerlo con los labios entreabiertos y perdiendo el aliento.

—Sí... joder... —jadeó ante de tragar saliva y besarme para saborearse en mi boca.

Yo sabía perfectamente que clase de guarradas que le gustaban a Matt, porque se parecían mucho a las que me gustaban a mí. El lobo gruñó más fuerte al lamerme los labios y después me agarró de la muñeca para ser él mismo quien recogiera el líquido viscoso que después compartió conmigo en otro beso sórdido y húmedo. Cuando se separó, agitó la cabeza y soltó un ya clásico: «guau», señal de que estaba encantado con aquello. Se quitó la camiseta y la tiró sobre el salpicadero sin ningún cuidado, reclinó el asiento y arrancó el motor.

—Tenemos que llegar a casa —me dijo, pero pareció más algo que se estuviera recordando a sí mismo.

Murmuré una afirmación, pero no me detuve. Le acaricié su pecho grande, velludo y fuerte y le lamí el cuello. Matt no pareció muy seguro de aquello y se puso algo nervioso, aunque fue apenas unos segundos antes de gemir y apretar el abdomen. Su polla dura y fuera de la bragueta empezó a producir una cantidad obscena de líquido preseminal contras sus marcados abdominales, más incluso de la que ya había allí; apestando por completo el coche y poniéndome como una jodida moto.

No me había pasado el enfado, no del todo, porque yo soy una persona rencorosa, sin embargo, el dinero me había calmado bastante. No me refiero a los doscientos dólares, sino a la muestra de que Matt no era tan cabrón, egoísta y egocéntrico como creía que era. Había dado por hecho algo sin consultarme, pero había vuelto con una solución para los problemas que pensaba que podría darme. Una frágil balanza con la que debería tener cuidado.

Cuando llegamos a mi barrio, Matt ya estaba jadeando y algo sudado. Le había estado manoseando y lamiendo todo el viaje, su polla estaba tan dura que palpitaba de vez en cuando mientras no dejaba de agrandar más la mancha viscosa contra su abdomen y su vello rubio oscuro. No se molestó en limpiárselo un poco antes de metérsela de nuevo en el pantalón y, con bastante dificultad, conseguir abrocharse el botón. Tampoco se puso la camiseta, sino que salió con el cuerpo al aire hacia la calle lluviosa, esperándome con impaciencia a que hiciera lo mismo. En esa ocasión no hubo tonto en el rellano, ni parones en las

escaleras. Un Matt bastante enloquecido tiró de mí directo al cuarto piso, donde él mismo abrió la puerta tras buscar las llaves en el bolsillo de mi cazadora. Mojado de lluvia, se deshizo el moño de la nuca y me llevó a la cama. Lo primero que hizo fue quitarse los pantalones con un gemido de placer y liberación, lo segundo, fue pegar mi cara a la enorme mancha de líquido viscoso.

Fue un sexo muy sucio, apestoso y duro, como siempre con Matt, aunque en esta ocasión el lobo estuviera mucho más excitado y descontrolado, follándome, besándome y mordidiéndome como un animal mientras se corría un poco por todas partes. La primera en mi boca después de un sesenta y nueve; la segunda en mi pecho mientras me escupía y me agarraba del pelo; la tercera en mi ano, sacándola antes para masturbarse y volver a meterla, produciendo un sonido mucho más viscoso y sórdido que antes ahora que tenía el culo lleno de semen; la cuarta llegó en ese momento, entre gritos y gruñidos fuertes; y, para mi sorpresa, continuó hasta una quinta, esta vez de cara, con más de rodillas en la cama que parecía a punto de romperse, agarrándome en brazos mientras yo le rodeaba la cadera con las piernas. Y con un simple: «jo...der...» gemido casi sin aliento, todo cesó.

Matt se derrumbó hacia delante, llevándome con él para provocar un último crujido de la cama y un último golpe contra el cabezal. Sudado, jadeante y caliente, se quedó con la cabeza al lado de la mía. Yo no estaba mucho mejor, pero tuve que levantar una mano temblorosa para apartarle la melena que había caído sobre mi rostro. Normalmente Matt solía decir algo durante la inflamación, pero no en aquella ocasión, que se quedó quieto sobre mí mientras le acariciaba la musculosa espalda, resbaladiza por el sudor. Todo apestaba bastante al lobo, así que, en general, había cumplido su promesa.

—Si ahora me das tanta comida como para reventar, será la noche perfecta... — le oí susurrar en mi oído poco después de que la inflamación remitiera.

—Dame un puto minuto más —respondí, porque todavía seguido montado en mi nube de felicidad y placer. Me había corrido dos veces, o al menos eso creía, puede que solo me hubiera meado un poco debido a la fricción continua de la próstata, pero me daba igual.

No fue uno, sino unos buenos cinco minutos, cuando, con un gruñido de queja, aparté al lobo y me fui al baño para... tratar de limpiar el desastre que era en ese momento. Todavía estaba lavándome la cara cuando Matt entró también con una expresión muy calmada y se quedó frente al retrete, colocando una mano en la pared para echar una de sus largas y ruidosas meadas.

—Entonces, ¿tienes alguna pregunta del Cielo? —me preguntó sin levantar la vista—. Básicamente es un montón de sexo salvaje en la cama, pero voy a perder la conciencia y no vas a poder hablarme ni pararme. —Se la abaneó un poco, pero no demasiado, para soltar las últimas gotas. Tiró de la cisterna y vino hacia mí para abrazarme por la espalda y mirarme a través del espejo sucio frente al lavabo—. Básicamente serás como el precioso culito en el que voy a descargar litros y litros de buena corrida de Macho.

—Si me lo dices así, no sé cómo podría rechazarlo —murmuré, terminando de frotarme la barba con agua jabonosa.

—A qué sí... —dijo en voz baja, inclinando su preciosa sonrisa sobre mi cuello, en el que había dejado bastantes nuevas marcas de mordiscos y moratones. Lo olió con una buena respiración y gruñó por lo bajo —. Si dejas de usar jabón con perfume, sería genial —me dijo entonces, no como una petición, sino casi como un consejo. Se separó y me dio un cachete en el culo —. Olerías más a mí.

Dicho eso, se fue a la ducha. Me sequé los morros con la toalla y fruncí el ceño. A veces Matt parecía querer decir algo sin ser nada concreto con lo que quería, lo que no me gustaba demasiado. Yo no estaba allí para darle vueltas y analizar cada momento buscando mensajes ocultos. No era esa clase de persona y ya se lo había advertido.

—Tengo dos paquetes de lasaña familiares, ¿caliente los dos? —le pregunté, lo suficiente alto para que pudiera escucharme tras el ruido del agua.

—No deberías seguir preguntándome eso, Zack.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza, pero el lobo no pudo verme. A Matt le gustaba decir que comía mucho, pero después llegaba al límite enseguida y dejaba parte en el plato. Ya había tenido que tirar un par de restos, así que solo calenté una lasaña mientras me preparaba un café y me fumaba un pitillo al lado de la puerta de emergencias. El lobo apareció recién duchado y con una toalla enroscada alrededor del pelo, lo que me hizo arquear las cejas en una expresión de sorpresa y curiosidad.

—¿Qué pasa, Zack? ¿Nunca has visto a un sultán? —me preguntó con una de esas sonrisas sexys y suaves antes de sentarse en el taburete cara a mí, completamente desnudo y con las piernas abiertas—. He venido a ver a mi concubina y ahora quiero mi cena —añadió, alargando el brazo para coger un cigarro de mi cajetilla y encendérselo con el *zippo*.

Le dediqué un corte de manga, que él respondió con un movimiento de cabeza prepotente y una sonrisa más amplia mientras soltaba el humo hacia el techo. Había que ser tan guapo como Matt para que, incluso con una estúpida toalla anudada en la cabeza, siguiera pareciendo jodidamente sexy. El timbre del microondas nos interrumpió y, cuando abrí la puerta, brotó un delicioso vapor y un leve sonido de queso derretido que hicieron gruñir al lobo y rugir sus entrañas. Miró la bandeja con ojos muy atentos y dejó el pitillo a un lado, sobre el cenicero que le había dado después de obligarle a limpiar la puta ceniza que siempre caía al suelo.

El lobo aceptó el tenedor y entonces empezó a comer, rápido al principio, manchándose la barba rubia como cuando follábamos, pero cambiando la saliva, el líquido preseminal y el semen por queso derretido y carne en salsa. Fui a por una cerveza de medio litro y se la dejé cerca, junto con la mía y un sándwich que me comí mirando cómo el lobo devoraba la lasaña. El me miraba de vez en cuando y, hacia el final, se empezó a detener, sus bocados se hicieron más pequeños y masticaba con mayor detenimiento. Quizá solo por orgullo, se la terminó, apartó la bandeja vacía y resopló.

—¿Quieres la otra? —le pregunté, solo por joder.

Matt me miró por el borde superior de los ojos mientras tomaba lentas bocanadas de aire.

—Ya había comido de camino aquí —murmuró, como si fuera una justificación por la cual no podía con más. Alargó un brazo para ir a por otro pitillo y se lo encendió, sorbiendo el aire y frotándose la frente bajo la toalla.

Se tomó entre uno y dos minutos para levantarse e irse hacia el sofá, donde cayó rendido.

—No tendrás una manta o algo por ahí, ¿verdad? —me preguntó.

Volví a poner los ojos en blanco, dejé la bandeja en el fregadero y me fui a la habitación en busca del edredón deshecho y enredado sobre la cama. Matt me miró y lo celebró con un leve ronroneo mientras le cubría, después me miró a los ojos y me hizo aquella leve señal para que me sentara a su lado. Algo silencioso, ni una pregunta ni una petición, solo una simple oferta. Lo que quería era que le acariciara la barriga y el pecho hasta que se quedara dormido, cosa que hice, porque la verdad es que hacía algo de fresco, el lobo estaba muy caliente y el edredón guardaba aquella calidez junto con la deliciosa peste de Matt.

—Pon un documental o algo —me pidió, interrumpiendo los ronroneos para entreabrir unos ojos ya demasiado adormilados—. Me gustan...

—¿Y de dónde coño quieres que saque un documental a las siete de la mañana?

—le pregunté, pero él solo se encogió de hombros y volvió a recostar la cabeza envuelta sobre el respaldo.

Cogí el mando con una mueca de asco y pasé canales. Por suerte para él, yo no tenía televisión por cable ni ninguna gilipollez así, lo que llegaba a mi tele de mierda eran cadenas públicas, y allí abundaban los canales educativos repletos de documentales para rellenar horas de emisión a muy bajo coste. Elegí uno de la sabana africana y me quedé mirándolo hasta que, finalmente, también me venció el sueño.

Me desperté lo que creí que fueron segundos después, sin embargo, por los cristales repletos de lluvia entraba una claridad plomiza de medio día. Giré el rostro y vi a un Matt tan adormilado como yo.

—Vamos a la cama —me dijo con voz ronca.

Asentí sin más y me levanté con un gemido de queja, arrastrando por el suelo el edredón de camino a la cama. Matt se quitó la estúpida toalla, se pasó una mano por la melena y se dejó caer en el colchón, el cual se abaneó un poco debido al peso del enorme lobo. Yo me tumbé a su lado, tiré del edredón para, solo con las piernas, extenderlo lo suficiente para cubrirnos. Cerré los ojos y volví a quedarme dormido.

La segunda ocasión que me desperté, lo primero de lo que fui consciente era del calor y el peso. Había un cuerpo muy pegado a mí, lo que al principio, en mitad todavía de la inconsciencia, me resultó extraño y chocante. Entonces olí algo, sudor fuerte y cálido, denso, pero nada desagradable. Al instante, de una manera tampoco del todo consciente, supe que aquel hombre que me abrazaba y roncaba en mi oído era Matt. Entonces me tranquilicé y, pasada la sensación de peligro, solo fui consciente de la deliciosa peste y lo cálido que era el lobo. Gruñí con placer y me volví un poco para pegarme más a él. Todavía adormilado, le acaricié el pecho abultado y fuerte, bajando hacia sus abdominales. Con mi boca busqué sus labios, dándole un par de besos suaves antes de descender por su cuello. Oí un gruñido y un leve jadeo. Matt también se había despertado y por el bulto

carnoso cada vez más duro y mojado contra mí, debía tener tantas ganas de follar como yo.

Se volcó hacia un lado, de cara al techo, para dejarme libre acceso a su cuerpo y empezó a gruñir cada vez más fuerte y grave mientras le lamía el pecho y hundía mi cara en el vello pardo que allí había, bajo la cadena plateada. Yo gemía de puro placer, totalmente extasiado por su peste y aquel cuerpo de salvaje vikingo. Como si Matt lo supiera, levantó un brazo y me agarró del pelo para tirar de mí hacia su axila. No es algo que yo hubiera hecho nunca, ni tampoco algo que creyera que me fuera a gustar especialmente, pero, joder, hundir la cara en esa enorme axila apestosa y peluda me puso tan cachondo que creo que perdí totalmente la razón. Para cuando la dejé empapada en saliva, Matt ya estaba jadeando y deseando besarme y lamerme los restos de mi boca.

Fue un pedazo de polvo brutal de primer ahora. Matt se corrió cuatro veces sin casi parar entre orgasmo y orgasmo, volvimos a hacer un montón de ruido y a golpear sin cesar el cabecero de la cama. Terminamos en la postura del misionero, con Matt mordiéndome el cuello y tirando de mi pelo mientras yo le arañaba la espalda y le apretaba con fuerza contra mí, ahogando a la vez gritos de dolor y de placer. Cuando llegó la inflamación, nos quedamos recuperando el aliento hasta que él incorporó la cabeza, se pasó la mano por la melena para volcarla toda hacia un lado como una cascada y me miró a los ojos.

— ¿Qué hay de desayunar? — me preguntó.

Continué jugando con su pelo sedoso entre las dedos un poco más antes de apartar la mirada del techo para mirarle a él.

— ¿Qué coño quieres? — respondí.

— Unos huevos revueltos con beicon, salchichas y un buen café con leche no estarían mal.

— Solo tengo huevos en la nevera — murmuré, volviendo a cerrar los ojos antes de tomar una buena bocanada de aire. Estaba tan a gusto que hasta me costaba centrarme para pensar—. Pero si quieres podemos ir a una cafetería y que lo preparen allí.

— ¿Te refieres a que vas a ir a buscarlo y a pedirlo y lo vas a traer aquí?

Abrí de nuevo los ojos y le dediqué una mirada seria.

— No — negué al momento—. Me refiero a que levantes el puto culo y vayamos los dos a desayunar.

— Ah... — exclamó, pero, por alguna razón, pareció sorprendido—. Sí... eso también estaría bien — murmuró antes de darme un suave beso en los labios y añadir—: Me gusta mucho salir...

Me limité a asentir y esperar esos tres deliciosos minutos que nos quedaban de inflamación, hasta que remitió y tuvimos que dejar la cálida y apestosa cama para ir a ducharnos y volver a vestirnos. Matt ya tenía un cigarro en los labios y el pelo recogido en unos de sus moños cuando subió al Hyundai Tucson. Buscó una cajetilla de cerillas en el cajón que había entre los asientos y se encendió una para prenderlo. Yo usé mi *zippo* y bajé un poco la ventanilla para dejar salir el humo. Todavía no le había dado demasiadas vueltas al hecho de que Matt se hubiera quedado a dormir en casa, simplemente era algo que había ocurrido y a lo que no tenía por qué darle importancia.

—Dime, ¿a cuál quieres ir? —me preguntó, arrancando el motor y quitándose el pitillo de los labios para dejar ambas manos en el volante.

—Si quieres un desayuno fuerte a estas horas de la tarde, hay un par de cafeterías Redmond. Iba a una de ellas cuando trabajaba de jardinero por horas podando los setos de las mansiones —fumé otra calada y eché el humo por la rendija antes de girar el rostro y sonreír un poco—. ¿Sabes cuántas amas de casa trataron de ligar conmigo?

—Podría hacerte la misma pregunta —me aseguró él, arrancando el motor y dando un giro en la calle para atajar en dirección a Redmond.

—Una incluso me ofreció dinero —añadí.

—Pff... —Matt puso una media sonrisa prepotente y me dedicó un rápida mirada por el borde de los ojos—. A mí me han llegado a ofrecer mil dólares por dejarme hacer una mamada.

No estaba sorprendido, el lobo lo valía.

—Y aceptaste —dije.

—Claro que acepté —frunció el ceño y negó con la cabeza, como si fuera algo obvio—. Eran mil putos dólares por los tres minutos que el humano tardó en correrse.

Me reí y después fumé otra calada del pitillo, apoyando el codo en la ventanilla antes de rascarme el bigote con el pulgar.

—Yo nunca he aceptado dinero por follar —le confesé, mirando la calle lluviosa y a la gente que cruzaba corriendo o bajo enormes paraguas.

—¿Cómo que no? Te has quedado doscientos dólares por El Cielo.

—No es lo mismo —respondí, girando el rostro hacia él—. Tú me vas a hacer perder ese dinero por los días de trabajo a los que no podré ir. No me estás pagando por follar...

Matt mantuvo su sonrisa mientras fumaba una calada y me dedicaba otra de esas miradas rápidas. Para una persona que normalmente conducía a ciento cincuenta por hora, aquella tarde se lo tomaba con mucha calma, solo yendo un poco por encima del límite de velocidad.

—Entonces, ¿por eso tardaste dos días en volver? —le pregunté—. ¿Estabas poniendo el culo en las esquinas, Matt?

Se rio un poco y, con cada golpe de aire, soltó también un leve humo grisáceo de tabaco.

—No, tenía trabajo en la Manada. El dinero lo conseguí en un cajero automático —respondió—. Fui hasta allí y toqué esos botoncitos hasta que la muy perra me escupió los billetes... Más o menos lo que te hice a ti esta mañana, pero sin menos gritos y chupetones en el cuello —y me guiñó un ojo.

—Oh... —asentí. Mirando un momento las marcas que le había dejado al lobo, no de forma intencionada, tan solo por la excitación del momento—. Que cerda, cuando voy yo solo me dice que le debo dinero.

Matt volvió a reírse y giró el volante en un cruce, cuando la calle fue más llana y recta, movió una mano y la dejó en mi muslo, acariciándome suavemente con el pulgar. Un roce íntimo y extraño que no me esperaba de él.

—Cuéntame algo de ti, Zack —me pidió entonces—. Además de chuparme la polla como si no hubiera un mañana, ¿qué más te gusta hacer?

– Chuparte las pelotas como si no hubiera un mañana.

El lobo volvió a reírse, pero tras una calada y arrojar el pitillo por el hueco de su ventanilla, insistió:

– Vamos, joder, lo digo en serio. Cuéntame un poco sobre ese trabajo de tus sueños en la tienda china.

Chasquéé la lengua y tomé una bocanada de aire. No era mucho de compartir mi vida con los demás, pero terminé contándole a Matt algunas de mis experiencias en la «Wondering Shop», algunas buenas, otras graciosas y algunas indignantes. Eso llenó el viaje de media hora, cuando nos detuvimos en el aparcamiento de una cafetería y el lobo me señaló que fuera primero, quedándose a un paso de distancia a mis espaldas. Aquella gilipollez era tan común que ya ni me sorprendí. Elegí por los dos una mesa al lado de la ventana y le entregué la carta junto con un breve «invito yo». Cuando llegó la camarera, bastante sorprendida y asustada de vernos allí, le pedí un café solo para mí y un sándwich, después un Matt bastante serio e intimidante le pidió un desayuno «El Rey», con huevos, salchichas, beicon, tostadas con mantequilla y un par de rollos de crepes salados con jamón de york y queso cheddar. Nada más irse la mujer, volvió a sonreírme y me preguntó:

– ¿Y qué pasó después de eso?

No me esperaba que el lobo realmente tuviera la más mínima curiosidad por mi vida, y no me importó seguir quejándome de mi trabajo y mis jefes mientras desayunábamos. Matt me miraba de vez en cuando, metiéndose absurdas paladas de su desayuno en la boca y parándose solo a beber de su café con leche para bajarlo. Al terminar, soltó aire y me dijo:

– Estaba muy rico – miró alrededor, con las mesas repletas de gente tomándose un café antes de volver a casa para cenar –. Y hay... bastantes humanos aquí.

– Sí, es lo que suele pasar en las cafeterías – respondí sin más antes de ponerme un pitillo en los labios y levantarme para ir a pagar.

Matt me acompañó a un paso y se quedó de brazos cruzados y muy serio ante la camarera que no sabía si mirarle o ignorarle por completo. Al fin me dio el cambio del billete de veinte y pudimos irnos de allí.

– ¿Te dejo en el trabajo? – me preguntó Matt en el coche, encendiendo el motor para poner la calefacción.

– Sí, será lo mejor. Puedo hacer tiempo antes de entrar – respondí.

Matt asintió y fue a buscar una cerilla para encenderse el cigarro largo, la apagó con el mismo humo de la calada y la tiró por el ventanilla antes de empezar a conducir.

– Si quieres, la próxima vez te llevo a una cafetería que conozco, pero está en el centro. También hay muchos humanos allí...

Otra vez, sentí que el lobo quería decir mucho más de lo que había dicho con aquello. Que había algún tipo de significado oculto en todo aquello. Fruncí el ceño y le miré un par de segundos en silencio antes de responder:

– Como quieras, pero invitas tú.

Matt sonrió un poco y asintió antes de colocar su mano de vuelta en mi muslo. Por aquel entonces yo no tenía ni idea de lo mucho que aquel gesto significaba para él, solo me parecía un roce casual y sin importancia entre dos personas con

una relación como la nuestra, muy sexual y cercana. Después de todo lo que le había lamido y las guarradas que hacíamos follando, ya quedaba muy poca intimidad que guardar el uno del otro. O eso creía por entonces; pero Matt era un lobo complicado, con un montón de capas por debajo de aquella actitud relajada y juguetona.

Lo que yo había visto hasta entonces, solo era la punta de iceberg.

## OOPS!... I DID IT AGAIN

Matt volvió a los dos días. Apareció por la tienda y entró directamente con una sonrisa y una cazadora de cuero sobre su camiseta gris. Me quedé mirándole con el ceño fruncido, a la espera de que se acercara al mostrador y me diera una explicación de por qué había decidido ignorar mi petición de que nunca entrara allí.

—Hola, muy buenas noches —me dijo con un tono educado—, querría un paquete de rubio largo, unas cerillas y algo de cenar. Ah, y también querría escupirte en la boca, ver cómo te lo tragas y después follarte ese precioso culito hasta reventarlo.

—¿Qué haces aquí, Matt? —me limité a preguntar, ignorando lo cachondo que me estaba poniendo volver a verle, trayendo esa actitud tan sexy y divertida y, aun peor, esa peste animal.

—Verás, Zack. Se está acercando el Celo y me estoy empezando a poner muy, muy cachondo... —dijo, inclinándose sobre el mostrador con una de sus medias sonrisas.

—Ya lo veo —murmuré, bajando un momento la mirada hacia el bulto de su entrepierna, más marcado y obsceno de lo habitual.

Matt sonrió un poco más y se mordió suavemente el labio inferior, llevándose una mano a la polla para apretarla, resaltándola todavía más y agitándola obscenamente, solo para que yo lo viera.

—Dime, Zack, ¿tienes hambre? —me preguntó con un tono bajo y grave que me hizo temblar el pecho como un terremoto. Subí la mirada desde su paquete a sus ojos marrones, mi expresión seria no cambió, pero ahora yo estaba más hambriento que nunca—. Me gusta que me propongan guarradas y me sorprendan... ¿se te ocurre alguna buena idea?

Arqueé las cejas y bajé las piernas del mostrador. Dejé la revista que leía sin mucho cuidado y tiré de la solapa de la cazadora del lobo hacia el pasillo, Matt gruñó con interés y me siguió a paso rápido. Le había dicho a Matt que dentro de la tienda no, pero después de contarle lo mucho que odiaba a los hijos de puta de mis jefes, tenía su gracia llevarme al lobo al despacho para que el señor Ming se preguntara sin parar: «¿pol qué olel tan mal aquí?». Además, después de dos días durmiendo en una cama que olía a Matt y volver a ver a aquel dios nórdico que era el lobo; solo podía pensar en vaciarle las pelotas hasta que se consumieran como pasas.

Así que le llevé directo al despacho. Matt le echó un vistazo rápido y cerró la puerta a sus espaldas mientras yo me sentaba sobre el escritorio y le hacía una señal para que se acercara. Gruñó y, con una sonrisa excitada, vino hacia mí como si estuviera a punto de comerme entero. Se quedó entre mis piernas abiertas, me agarró del pelo y acercó su rostro al mío, pero sin llegar a besarme, solo compartiendo un jadeo leve y cálido conmigo.

—Entonces, ¿qué tienes pensado para mí?

—Vamos a follar en el despacho de mi jefe para que se joda y trabaje con más cara de asco que nunca, sin saber lo que apesta tanto es el olor a pelotas de lobo —le expliqué mientras desabrochaba el vaquero para tocarle la polla ya bastante

húmeda y apetosa. Solté un gemido de placer en sus labios y él se quedó mirándome a los ojos y apretando los dientes mientras le masturbaba de arriba abajo aprovechando aquel líquido cálido y viscoso que ya le empapaba.

—Lámelo... —jadeó—. Oh... sí, joder.... —añadió cuando me vio hacerlo. Después lo hizo él, me besó muy fuerte y me agarró de la mandíbula para escupirme y volver a besarme.

Matt debía estar bastante cachondo con la idea, porque se corrió bastante rápido con eso, lo que solo sumó más fluidos que lamer y compartir, como solíamos hacer. Con la barba empapada y manchada, me folló sobre el escritorio, una vez de espaldas, otra de frente y la última en la silla de oficina del señor Ming; la cual apenas aguantó la fuerza con la que montaba a Matt mientras él me agarraba y gruñía con fuerza. Con una cuarta y última corrida, todo quedó en silencio. Me recosté contra él y le rodeé el cuello con los brazos, apoyando la cabeza en el hueco de su cuello. Matt me abrazó y lamió con la punta de la lengua las pequeñas heridas que me había hecho al morderme. Fue bastante extraño y me produjo un par de escalofríos sentir su aliento caliente sobre la piel húmeda de sudor.

—Así que esta es la Guarida del hijo de puta de tu jefe —me dijo tras un par de minutos, la inflamación no había remitido, pero el lobo giró la silla para quedar de cara al escritorio, moviéndome con él—. ¿Crees que la hemos dejado bien apetosa?

Solté un murmullo afirmativo, todavía en mi posición recogida sobre su cuerpo. Matt gruñó de una forma aguda y breve, apartó una mano con la que me había estado acariciando la espalda y abrió el cajón para ver lo que había dentro. Como no encontró nada interesante, probó con el siguiente, inclinándose un poco, pero con cuidado, ya que aún tenía su enorme polla inflada dentro de mí.

—Si te da problemas, podemos dejarle aquí una bolsa de cocaína y dar un aviso anónimo a la policía —me sugirió, cerrando el segundo cajón para recostarse de nuevo y acariciarme la espalda distraídamente.

Solté un bufido y sonreí.

—Y que me quede sin trabajo —murmuré con voz algo baja y pesada al tener los labios cerca de su cuello.

—Tienes razón, lo dejaremos como una última opción. Antes le podría hacer una visita para advertirle de que tenga cuidado.

Fruncí el ceño y al fin levanté al cabeza para mirar al lobo a los ojos.

—¿Ahora te vas a entrometer en mi trabajo, Matt? —le pregunté.

Él se encogió de hombros y respondió:

—Si hace falta, no me importaría.

Fruncí más el ceño y ladeé la cabeza. Otra vez, significados ocultos y palabras con doble sentido...

—Si necesito tu ayuda, te la pediré —le dije—, pero no me jodas por detrás, Matt.

—Te encanta que te joda por detrás —me aseguró.

Moví lentamente la mirada hacia la pared con las horribles fotos de la familia Ming y murmuré:

—Me has entendido.

Matt produjo un gorgoteo grave y bajo y pegó su rostro a mi cuello para tomar una respiración profunda.

—Has dejado de usar jabón con aroma —percibió al instante.

Puse los ojos en blanco chasquéé la lengua. Me sentí avergonzado de que se hubiera dado cuenta tan rápido y también bastante expuesto al pensar que el lobo creería que hacía caso de todas sus peticiones. Sin embargo, Matt pasó rápidamente del tema, dándole poca importancia a aquello, al menos, fingiendo que no se la daba.

—Ah, me olvidé de decírtelo, pero no puedes lavar las sábanas de la cama ni cambiarlas hasta el Celo —añadió, acariciando los labios contra mi cuello—. Es importante que huelan mucho a mí o me pondré muy nervioso cuando llegue a tu casa.

—Así que voy a tener que dormir sobre tu corrida seca y tu sudor durante seis días más. Qué maravilla...

Matt soltó un bufido de risa que produjo un escalofrío en mi piel tibia al contraste con el vaho caliente.

—No, Zack —me dijo, levantando la cabeza para mirarme a los ojos. Se puso las manos detrás del moño y movió suavemente la silla de un lado a otro. Fue algo extraño, porque yo le estaba montando, con los brazos alrededor de su cuello y con su polla inflamada dentro, dejándome acunar de un lado a otro mientras el lobo me miraba y sonreía—. Vas a estar seis días más durmiendo en una cama cada vez más manchada, porque yo me voy a asegurar de eso; pero espera al Celo, entonces sí qué vas a saber lo que es dormir sobre algo apestoso —añadió, guiñándome un ojo de esa forma que podría hacer explotar un iceberg en llamas.

—Ahm... —fue todo lo que se me ocurrió decir.

Por un momento, tan solo un par de segundos, quedé atontado por lo atractivo que Matt era. Completamente aturdido por esa maravillosa y descarada actitud que tantísimo me gustaba de él. Jodidamente hipnotizado por su sonrisa y sus ojos de café con leche. Y, viniendo de mí, eso era todo un halago. Tuve que parpadear, recordarme a mí mismo que no fuera un gilipollas y sacarme a mí mismo de aquel estúpido pozo de admiración en el que había caído. Entonces desplazé la mirada de sus ojos hacia sus grandes bíceps, más abultados y marcados en la posición con las manos tras la cabeza.

—Eso no te lo hice yo... —le dije, señalando con un gesto de cabeza el enorme chupetón que tenía allí.

Matt giró el rostro y perdió la sonrisa. Al ver la marca reciente, se quedó un par de segundos en silencio y me dedicó una cuidadosa mirada por el borde de los ojos.

—No, esto fue... Joseph —reconoció en voz más baja.

—¿Joseph es como llamas a tu aspiradora, o es que hay un hombre con una boca enorme capaz de causar esos hematomas? —pregunté.

Matt bufó y una leve sonrisa se extendió de nuevo por sus labios. Apartó las manos de detrás de la cabeza y volvió a abrazarme. Quizá por comodidad, quizá para ocultar el chupetón de mí.

—Se pasa un poco —murmuró—, le encanta lamerme los brazos y tocarlos. Dice que son «la puta hostia».

Arqueé una ceja y ladeé el rostro, pensándolo.

—Lo son —reconocí, entonces estiré un poco la espalda y los brazos con un gruñido y solté el aire. Le limpié a Matt un rastro de corrida que le había quedado en el mentón y, con dos palmadas suaves en su pecho abultado y velludo, me quité de encima porque la inflamación ya había remitido—. ¿Quieres la bolsa de siempre, comida y tabaco? —le pregunté cuando fui a por mi pantalón de chándal.

—Sí —respondió, todavía sentado en la silla—. Ponme más de esos snacks de cecina y algunas barritas de cereales, están muy buenas.

Asentí, terminando de colocarme la camiseta y meterme las zapatillas. Salí por la puerta sin decir nada y fui a por una bolsa donde meterlo todo. Matt salió cuando estaba en ello, rehaciéndose el moño antes de acercarse con las manos en los bolsillos para quedarse pegado a mi espalda.

—Piensa que soy un Macho muy grande y que ha gastado mucha energía hace poco, Zack, quizá deberías echar un par más a la bolsa —me sugirió en un murmullo en el oído.

—¿Vas a venir a cenar a casa hoy? —le pregunté sin girarme.

—Sí, después de un trabajo en Kent.

—Vale, entonces te echo más y me llevo un envase más pequeño de lasaña.

Matt gruñó a forma de queja, pero le corté rápido con una mirada por el borde de los ojos.

—No voy a tirar más puta comida —le aseguré.

—Me gusta comer más a menudo y menos cantidades —se defendió, alzando la cabeza—. No es que coma poco o me llene rápido, es que ya he comido ocho veces a lo largo de la noche.

—Podías haberme dicho eso antes —murmuré, echando cuatro barritas de diferentes sabores a la bolsa antes de darme la vuelta y entregársela.

El lobo la aceptó, miró nada sutilmente lo que había metido en ella y sonrió un poco más.

—Te vendré a buscar a la salida —se despidió, dándome una caricia en el mentón como yo había hecho con él, pero en mi barba no había mancha que limpiar.

Miré cómo se alejaba por el pasillo y se encontraba con un cliente que estaba a punto de entrar, el cual se quedó tan acojonado que retrocedió un paso. Fui hacia el pasillo para coger un pitillo de mi cajetilla y el *zippo*.

—¿Vas a quedarte ahí o vas a entrar en la puta tienda? —le pregunté al hombre que seguía con la mano en el pecho y expresión sorprendida.

Me miró, tartamudeó algo y se dio la vuelta. Prendí el *zippo*, quemé la punta del cigarro y solté una calada de humo al aire fresco y lluvioso de la noche. Matt ya había llegado al *Hyundai Tucson*, corriendo bajo la lluvia para encender las luces largas y salir disparado. Que el lobo tenía a más «amantes» no era algo que no supiera ya; no era algo de lo que él hablara, pero tampoco lo escondía. Había marcas en su cuerpo que no le había hecho yo y sabía que no era de esos capaces de aguantar dos días sin follar ni de broma. Sin embargo, saber eso no me molestaba en absoluto. Después de todo, era un lobo. No, no solo un lobo, sino el puto lobo más jodidamente guapo y sexy del mundo. A Matt debían asaltarle en el Luna Llena como putas garrapatas, de eso no había duda. Así que yo solo

era uno de sus muchos, muchísimos, follamigos; una posición en la que me sentía cómodo. Era fácil, divertido y nada problemático. Con tal de que viniera a darme un buen repaso de vez en cuando para descargarme las pelotas, podía tener un harem de humanos para él solo si quería.

Eso me ayudó a tomármelo todo con mucha más calma. A no darle importancia al hecho de que se quedara a dormir cada noche de aquella semana, que quisiera ir a desayunar después del polvo mañanero y que se despidiera de mí con una suave caricia para quizá volver en alguna ocasión tonta al trabajo a echar otro rápido en el despacho. Y es que, a medida que se acercaba el Celo, era evidente que el lobo estaba cada vez más y más excitado. Se corría antes, más veces y olía peor, mucho peor.

—Joder, Matt —llegué a murmurar una mañana tras el polvo de primera hora. Llevábamos unos minutos de inflamación y aún podía sentir esa peste por toda la boca y pringándome la barba—. ¿Es algo que comes o es normal lo fuerte que te sabe todo ahora?

—Es El Celo —respondió con sus labios pegados a mi cuello mientras me acariciaba suavemente con la nariz, allí donde me había mordido y todavía tenía moratones—. A Arlene y Kevin también les ha llamado mucho la atención.

—No me extraña —murmuré, pasando una mano por su melena de león para jugar con un par de mechones entre los dedos—. Es como si no te hubieras lavado en meses...

—Esta noche tengo un trabajo en el almacén, después pasaré a ver a Selene y a Robert para comer algo, así que no hace falta que prepares mucha cena —me explicó tras el desayuno, cuando fumábamos un pitillo en la terraza abierta del *Billy's Coffe and Breakfast* la cafetería del centro de la que Matt había hablado. Hacía un poco de viento y seguía lloviendo alrededor de la terraza cubierta, pero íbamos abrigados y nos gustaba poder tomar un cigarro con el café—. Pero mañana tengo el día libre y comeré solo en tu casa, porque no sé a qué hora empezará el Celo.

Asentía y miraba a una pareja que no paraba de observarnos y susurrar. Les dediqué un corte de manga y ellos se levantaron indignados para irse.

—Ya he pedido los días libres —respondí—. Iré a comprar las últimas cosas para el puto Celo y pillaré algo de comida para ti.

El lobo lo celebró con un breve gruñido de placer y una sonrisa antes de dar una calada al pitillo.

—¿Vas a hacerte la lavativa esta noche, Zack? —preguntó, provocando una mirada cortante de mi parte—. ¿Tendré que asegurarme de que esté todo limpio y en orden cuando vuelva a casa?

—¿Por qué no te vas a la mierda, Matt?

—A la mierda te vas a ir tú cuando te cagues encima —se rio, negó con la cabeza y suspiró—. Joder... —terminó diciendo con una amplia sonrisa—, qué ganas tengo de este Celo contigo.

Me quedé en silencio, con la misma expresión mientras bebía un trago de café caliente.

—No te vas a enterar de nada, qué más te da.

—No se trata del momento, sino de saber quién te acompaña —me guiñó un ojo y entonces se relamió el labio inferior antes de morderlo un poco—. ¿Volvemos al coche y echamos uno rápido antes de que me vaya?

Miré a su espalda, hacía la calle lluviosa de luz plomiza, me pasé la lengua por los dientes y fumé una última calada antes de tirar el filtro al suelo.

—Vamos —dije, levantándome, porque no podía decirle que no a Matt.

Con el morro y la barba húmedos y un fuerte regusto a polla de lobo en la boca, me despedí de Matt, que me dedicó otra caricia junto con una media sonrisa antes de salir a toda velocidad por la calle. Entonces llegó el momento de ir a comprar los enemas, solo después de fumarme otro pitillo y clavar una mirada asesina en la farmacia, antes de pasarme a por la comida y volver a casa. Arqueeé las cejas y cerré la puerta. El loft ya apestaba bastante a Matt, siendo la cama y el sofá los epicentros del olor, donde más veces follábamos. Después de todo, el lobo se había pasado durmiendo allí la última semana, aunque fuera a visitar a sus demás humanos, siempre volvía para tomarse una cena, follar y dormir para asegurarse de que «la cama oliera bien a él para no ponerse nervioso».

No me importaba demasiado, no ahora que había descubierto el maravilloso mundo de la venta de feromonas. Se trataba de un pequeño negocio muy sórdido que había encontrado una noche de investigación en internet sobre El Cielo. Temía que la charla no hubiera sido suficiente y quería asegurarme de estar bien preparado para cualquier incidencia. Matt no se había privado de decir que iba a perder la consciencia y a volverse un cerdo hambriento de sexo. Siempre bromeaba y lo decía con una sonrisa, pero, sinceramente, me había acojonado un poco. Agradecí haberlo hecho, porque ya me había ganado unos buenos seiscientos dólares en tres días tan solo vendiendo camisetas de segunda mano sudadas por un lobo que estaba «celando», como lo decían los pervertidos de internet. Hubiera ganado muchísimo más, pero aunque Matt pareciera el puto dios de los lobos, enviado a la tierra para hacerte correr como un aspersionador con guiñarte un ojo, resultó ser solo un Macho Común de la Manada.

—Primer Macho Común de la Manada —como lo había dicho él con la cabeza bien alta y el pecho hinchado de orgullo cuando se lo pregunté en el despacho del señor Ming—. Estoy por encima de todos los demás y dirijo varios almacenes importantes. Soy algo así como el encargado de los envíos...

Yo había puesto los ojos en blanco, pero él no había podido verlo porque me estaba abrazando de espaldas después de follarme sobre el escritorio, inclinados sobre la madera como un par de gilipollas durante la inflamación. A veces llegaba en posturas no demasiado cómodas y simplemente había que adaptarse y esperar.

Así que Matt era algo así como el Rey de los Mierdas. A un nivel personal, no me importaba en absoluto; seguía siendo un pedazo de lobo acojonante, que me ponía como un perra solo con levantar una ceja y, lo más importante, que follaba como una fiera salvaje y hacía del sexo algo increíblemente divertido; pero, como vendedor de feromonas, sí que era una putada, porque su rango afectaba mucho al precio de la ropa. La media por un Primer Macho Común eran entre unos ciento cincuenta o ciento ochenta dólares, nada comparado a las barbaridades que daban por los SubAlfas o los Alfas, pero al menos había podido ascender a

unos doscientos cuarenta por tratarse de ropa cargada de feromonas pre-Celo. Además, Matt no había tenido problemas en ponerse lo que le decía, aceptándolo con un gorgoteo grave; por desgracia, siempre se lo quitaba para dormir.

—Si estoy desnudo, dejaré más olor. Además, estás muy calentito, Zack —me dijo—. Me gusta mucho abrazarte como si fueras mi pequeña estufita. Mi pequeña estufita con cara de muy mala hostia —se corrigió con un guiño juguetón al ver mi expresión después de llamarme así—. Pero piensa que sería una putada para ti también. Con la camiseta puesta no podrías pasarte la cara por mi pecho peludo y lamerme las axilas como tanto te gusta hacer cada mañana...

—Quien me aprieta la cara todas las mañanas contra sus putos sobacos y sus cojones mientras gime como una perra, eres tú, Matt —le recordé.

Pero él tenía razón, esos pequeños grandes placeres eran los que me animaban a seguir adelante y a pasarme casi toda una noche en el baño cagando hasta las entrañas. No fue una experiencia nada agradable. Bebía pequeños tragos de agua energética y apretaba la botella, creyendo que algo iba muy mal y que ni un millón de dólares en ropa usada y un puto lobo vikingo podían compensar aquello. Por suerte, todo empezó a cesar ocho horas después, justo cuando, como me había dicho, Matt volvió con las primeras luces del amanecer. Me saludó al otro lado de la puerta y cruzó cuando me hice a un lado para dejarle pasar. Siempre se detenía un momento, tomaba una bocanada de aire y gruñía con placer al reconocer su propio olor en la casa, junto con otros igual de placenteros para él.

—¿Costillas? —preguntó, quitándose la cazadora para dejarla en la habitación.

—Sí —respondí, de camino a la cocina.

—¿Has comprado más bidones de agua? —exclamó desde allí, repasando todo lo que había comprado para el Celo y que ya había puesto en su sitio.

—Uno más, por si acaso.

Saqué las costillas del horno y las dejé sobre la mesa mientras el lobo se desvestía, echaba una ruidosa meada y volvía con la camiseta que había dejado para él y que le quedaba tan ceñida que parecía a punto de reventar. Había intentado ponerle también unos pantalones, pero Matt se había negado en rotundo, diciéndome que:

—No quiero privarte de la maravillosa y hermosa visión de mi enorme polla, este culo perfecto y estos cojones peludos que tanto te gustan... —cerró los ojos y negó con la mano—. No, Zack, no tienes que darme las gracias.

Pero lo hacía solo por comodidad y porque le gustaba tener los huevos al aire para rascárselos a placer. Como vendedor de feromonas, eso era una putada, porque los pantalones y todo lo que les rozara la polla y se mojara de líquido preseminal o meo, valía bastante más que las camisetas; pero como hombre maravillado por la hermosa visión de su peludo pubis rubio, su enorme polla, esas piernas musculosas y marcadas, ese culo de dios griego y esos cojones peludos que tanto me gustaban, no tenía ninguna queja.

Cuando se acercó, no se sentó en el taburete frente a la bandeja de costillas, sino que fue a por un pitillo, se lo puso en los labios y se acercó a mí. Eché el humo a un lado y me quedé a la espera mientras él me rodeaba la cadera con los brazos.

—Oye, sé que esta noche no lo has pasado bien, con eso del enema y tal, y quería darte las gracias por todo lo que te has preocupado por el Celo.

Fruncí el ceño y me quedé allí sin decir nada, a la espera de que Matt se riera o dejara claro que había sido otra broma cruel de las nuestras. Sin embargo, los segundos pasaron y él seguía con expresión seria.

—Lo digo en serio, Zack —dijo, porque debía sospechar lo que yo estaba pensando—. Gracias.

Me llevé lentamente el pitillo a los labios y tras aspirar una calada, entrecerré los ojos y respondí:

—De nada.

Matt asintió con una leve sonrisa, me agarró de la muñeca para guiar mi mano con el pitillo hacia el suyo y encenderlo. Soltó una bocanada de humo y se dio la vuelta, frotándose las manos con placer al comprobar el costillar entero que le había dejado allí. Se sentó, puso el cigarro en el cenicero y partió un hueso para devorarlo. Me quedé mirándole en silencio, con los brazos cruzados y fumando una calada lenta tras otra. A veces el lobo respondía a mi mirada mientras masticaba hasta que tragaba e iba en busca de otro hueso para roer la carne como un perro. No era mucho; para un lobo, quiero decir; pero suficiente para dejarle lleno en la cena y que se fuera con una sonrisa y otro pitillo al sofá. Puso un documental de historia, se soltó la coleta y gruñó con placer, pasándose una mano por su melena de caramelo con reflejos dorados.

—¿Sabes que sería la hostia, Zack? Que fueras a por el edredón y te sentaras a mi lado... —me dijo.

Dejé la bandeja sucia en el fregadero y fui a por el edredón para tirárselo encima, sentándome a su lado para acariciarle la cabeza como sabía que le gustaba. Matt ronroneó como un león y fue entrecerrando los ojos hasta que, diez minutos después, se quedó completamente dormido. Seguí jugando con su pelo más que acariciándole, en un gesto inconsciente que ahora tenía, porque me gustaba muchísimo la melena de Matt. Miraba el documental y pensaba en ese extraño momento en el que me había dado las gracias. Había sido un gran detalle por su parte, otro de esos que no me esperaba del lobo, siendo tan despreocupado como él era. Sin embargo, empezaba a sospechar que Matt se fijaba mucho en las cosas y, simplemente, fingía no hacerlo...

En eso pensaba cuando le oí gruñir a mi lado y giré el rostro para encontrarme con sus ojos de un marrón suave. No había pasado más de una hora, poco para lo que solía dormir el lobo antes de despertarse y querer ir a la cama.

—¿El Celo? —le pregunté.

Él negó con la cabeza. Me atrajo un poco más bajo el edredón y me susurró al oído:

—Es... una situación complicada, Zack. Quiero follar, pero estoy todavía lleno de la comida, así que... —movió un poco la cabeza para frotar su barba contra la mía, produciendo un leve y agradable picor y volvió a susurrarme—: quizá tengas que tomar tú la iniciativa. Tranquilo, no te pongas nervioso, yo te voy diciendo lo que tienes que hacer...

—Ya... —respondí antes de sonreír, solo porque no podía verme hacerlo—. No sé, Matt, tengo miedo. Parece peligroso...

—No, no... Escucha, mueve la mano a mi pierna y acaríciame lentamente. Moví la mano por debajo del edredón hacia su enorme muslo de piel caliente. Le acaricié con la punta de los dedos, deslizándolos hacia el interior mientras Matt comenzaba a jadear y gemir a mi oído.

—Sí, muy bien... —tragó saliva y continuó—: Ahora bésame suavemente y después vete bajando hasta mi cuello. No te cortes con la saliva, sabes que me gusta bien húmedo...

Cuando moví el rostro y le besé, el lobo gruñó de una forma grave y densa, cerrando los ojos y entreabriendo los labios para que fuera yo quien jugara con su lengua.

—Joder... —jadeó mientras descendía por su rostro hasta alcanzar su cuello grueso, con una vena azulada más marcada, la cual seguí con la punta de la lengua de arriba abajo, hasta casi rozar la cadena plateada—. Oh, joder, sí..., Zack...

El lobo apartó la mano del respaldo para agarrarme del pelo, algo que siempre hacía y que debía gustarle bastante. Me apretó la cara contra su cuello y aumenté la intensidad de las lamidas, añadiendo algunos chupetones tontos que hicieron las delicias del lobo.

—Vale... vale... —dijo, tirando suavemente de mí para poder volver susurrarme al oído—: Ahora viene un parte importante... Escucha, tienes que ir en misión especial y sumergirte en el edredón. No te asustes, estará oscuro y apestará bastante, pero yo te guiaré. Allí vas a encontrar la mejor polla del mundo esperándote y...

—Me voy a perder... —le interrumpí, negando con la cabeza—. No sé si podré...

—Claro que sí —me dijo—, yo confió en ti, Zack. Te seguiré hablando, no tienes que tener miedo. Cuando encuentres esa enorme polla, va a estar muy mojada. Quiero que la huelas bien, ¿entiendes? Es importante que te acostumbres a ese olor tan especial, porque dentro de poco tú vas a oler exactamente igual todos los días. Después, cuando ya hayas apreciado todos esos tonos de polla de Macho, tienes que sorber ese líquido y traérmelo de vuelta para que lo pruebe... No te lo tragues. Esto es importante, Zack. Tienes que guardártelo en la boca y compartirlo todo conmigo, ¿de acuerdo? ¿Estás preparado?

Cerré los ojos, incapaz de dejar de sonreír como un gilipollas por toda aquella gilipollez que el lobo se había sacado de la manga.

—Eso creo... —murmuré.

Matt asintió, usó la otra mano para abrir el edredón y, tirando de mi pelo como antes, me fue hundiendo la cabeza dentro.

—¿Me escuchas, Zack? —me preguntó, cerrando el edredón—. ¿Ves la polla gorda y dura?, no tiene que estar muy lejos de unos cojones bien grandes y peludos...

Quitando la tontería y la broma, Matt tenía razón: aquello apestará muchísimo y estaba completamente empapado. Había goteado contra la camiseta y la había manchado, creando un hilo denso y viscoso que lamí antes de rodear la cabeza con los labios y gemir de puro placer.

—Sí, sí —oí decir a Matt mientras me apretaba más el pelo—. Es ahí... sí... oh...

Me quedé un poco, solo un poco, pasando la lengua para recoger la mayor cantidad de líquido preseminal que pude antes de ascender con los labios empapados y mirar a Matt, jadeante y algo sudoroso. Me acerqué a sus labios y gimió tan solo con olerme. Cuando le besé, cerró los ojos y me apretó tan fuerte contra él que me hizo daño. Al separarnos, tardó un poco en recuperar la respiración suficiente para decir:

– Bien. Escucha, Zack. Ha ocurrido algo mientras me besabas. Ahora tengo la camiseta muy manchada de un semen fuerte y denso de Macho... No sé cómo ha ocurrido..., pero tienes que ser valiente, volver a bajar allí a por él y traérmelo... Y continuó así, con aquella tontería hasta que terminé montándole. Matt se corrió cinco veces y yo llegué al orgasmo más arrollador de mi vida. Con la gilipollez, me había puesto bastante cachondo y me lo había pasado de puta madre. Diría que fue el mejor polvo de mi vida, simplemente por lo cerdo, estúpido y divertido que había sido. Durante la inflamación, Matt ronroneó un poco, abrazándome y oliendo mi cuello como solía hacer hasta que pudimos movernos y fuimos a la cama.

Al despertar, repetimos, como a media tarde, tras la que podría considerarse «segunda comida» o «tercer desayuno» del lobo, porque a Matt le gustaba tomarse como diez platos a la noche en vez de dos comidas grandes. Cada hora u hora y media, le sacaba un nuevo *tupper* que había comprado en la tienda de precocinados y se lo servía con una cerveza. El resto del tiempo nos lo pasábamos en el sofá, mirando documentales o simplemente charlando de gilipolleces hasta que, cuando llegó el atardecer, el lobo se despertó de la siesta y me miró fijamente.

– ¿Qué? – le pregunté, pero solo respondió:

– Zack...

Entonces se tiró sobre mí y me llevó en brazos a la cama para arrancarme la ropa a tirones, ponerme de espaldas y metérmela casi de una sentada.

– ¡Tu puta madre! – grité, apretando las mantas tan fuerte como los dientes.

Pero Matt ya no podía escucharme, solo mover la cadera como un loco mientras se corría. No tardé demasiado en darme cuenta de que el Celo ya había llegado. ¿Cómo describir mi primer Celo? Mmh... Intenso. En muchos sentidos. Matt no me dejaba moverme, me aferraba bajo su cuerpo sudoroso y solo sabía gruñir y follarme cada veinte minutos. A veces cambiaba de postura, a veces ni la sacaba tras la inflamación para no perder tiempo y follarme de seguido cuando se volviera a poner cachondo. Perdí por completo el concepto del tiempo y solo supe, o más bien intuí, que debían haber pasado entre veinte y treinta horas cuando el lobo se durmió y empezó a roncar. Entonces podía comer e ir al baño a descargar los litro de semen que me había metido dentro. Eso sucedió en varias ocasiones, atrapado en aquel bucle infinito de folladas y escapadas al baño que se repetía una y otra vez. Matt solo se separaba de mí para agarrarme de la muñeca o el cuello y acercarse al borde de la cama para beber agua de los bidones. Solo fui ligeramente consciente de cuando el lobo empezó a relajarse y agrandar el margen de tiempo entre follada y follada, llegando a la hora u hora y algo antes de volver a ponerse cachondo y buscarme con un gruñido de necesidad.

Ya había perdido toda esperanza de regresar a la normalidad, cuando un movimiento me despertó, entreabrí los ojos y creí que Matt me la metería de nuevo, pero solo me abrazó por la espalda y pegó el rostro a mi pelo, aspirando una profunda bocanada antes de ronronear.

—¿Zack? —me llamó.

—¿Qué? —respondí con voz ronca y baja.

—Tengo un hambre que me muero —me apretó más contra él y gruñó—. ¿Queda algo de comida?

—No la suficiente, pero pediré algo. Yo también tengo hambre —me despecé un poco y solté aire, moviéndome para sentarme en el borde de la cama y frotarme el rostro algo grasiento tras tanto tiempo allí.

El lobo me imitó, pero en el sentido contrario, levantándose y chocando con uno de los bidones vacíos, el cual salió rodando hacia una esquina de la habitación. «Joder» murmuró, pasando de largo para echar una de sus largas meadas «Oh... dios...» le oí decir entre el ruido gorgoteante del agua. Me levanté y fui en busca del móvil y un cigarro. Lo primero que hice fue encenderlo, tomar una calada que me supo a gloria y después llamar a dos restaurantes de comida para pedir una cantidad absurda. Matt se reunió conmigo poco después, cogió un pitillo de mi cajetilla y se lo encendió. «Oh... joder, sí...», dijo al probar el humo amargo. Se acercó a mi lado en la puerta y apoyó el hombro en la pared, pegado a mi espalda.

—¿Cuánto ha pasado? —me preguntó.

—Cuatro días.

—Mmh... Nunca había tenido un Celo tan largo —murmuró, casi para sí mismo—. ¿Has pedido mucha comida? —preguntó entonces—. Me gustaría comer mucho más de lo que como normalmente.

—Tranquilo, Matt. He pedido tanta comida que vas a vomitar.

Él sonrió y siguió fumando. Cuando llegaron los repartidores, pusieron una mueca de asco al oler la peste de la casa y aceptaron el dinero con rapidez para irse lo antes posible. Como le había prometido al lobo, había tanta comida que terminó tirado en el sofá y sin poder moverse, con la barriga abultada y los ojos entrecerrados como si le doliera incluso respirar. Nos echamos una pequeña siesta allí, pero después volvimos a la cama para recuperar el sueño perdido hasta la media tarde del quinto día, cuando Matt me despertó con besos y gruñidos mientras se hacía un hueco entre mis piernas.

—¿Con esta lluvia qué tal si vamos al *Village Coffee*? —me preguntó durante la inflamación, con la voz apagada porque tenía los labios pegados a mi cuello, allí donde me había mordido.

—Me da igual, solo necesito un café cargado y que me dé un poco el aire —respondí mientras le acariciaba el pelo.

—El *Village*, entonces —decidió.

Cuando la inflamación remitió, me acompañó al baño para ducharnos y después regresar a la habitación, donde nos vestimos en silencio.

—¿Vas a lavar las sábanas? —me preguntó de camino al coche.

—Posiblemente, porque después de estos cinco días dan puto asco. ¿Por qué?, ¿las quieres tú?

—No, pero... —se detuvo un momento y tuve que girarme para mirarle a los ojos y arquear las cejas, dándole a entender que estaba esperando que continuara aquel «pero» —, pero sería genial que me avisaras antes. —Se rasco el mentón con el pulgar y se encogió de hombros para restarle importancia—. Ahora la casa huele bastante a mí y me gustaría que eso no cambiara.

—Ahm... —murmuré, siguiendo adelante para rodear el Hyundai y entrar antes de que la lluvia me mojara más de lo necesario. Había un problema, porque quería vender las putas sábanas y sacarme una pasta, pero no quería darle una razón a Matt para que se fuera todavía—. ¿Eso significa que no quieres que las cambie o que solo tengo que avisarte? —le pregunté cuando se subió y encendió la calefacción, la cual inundó el coche con un ruido bajo.

—Si pudieras dejarlas un par de días más, podríamos poner unas limpias en el sofá —respondió, mirando al frente y arrancando el motor antes de bajar la música tecno demasiado alta que tenía puesta—. Pasamos mucho tiempo ahí y cogerían buen olor antes de ponerlas en la cama.

—Bien —murmuré—, compraré nuevas y las dejaré en el puto sofá.

El lobo asintió, conduciendo a una velocidad mediamente normal, porque de día no podía correr tanto como le gustaba. Colocó la mano en mi muslo y acarició lentamente la cara interna mientras miraba al frente y aprovechaba los semáforos o momentos de mucho tráfico para apartar su otra mano del volante y seguir fumando caladas del pitillo.

—Cuéntame algo más de ti, Zack —me pidió entonces—. ¿Cómo has llegado a vivir en ese apartamento de mierda?

—Soy pobre. Fin —respondí—. ¿Por qué no me cuentas algo tú, Matt? —pregunté, ladeando el rostro para mirarle.

Matt elevó un poco las comisuras de los labios y aprovechó un breve momento para mirarme por el borde de los ojos.

—¿Qué quieres saber?

—Me gusta que me sorprendan... —murmuré, lo que provocó una leve carcajada de su parte.

—Pues... —dijo, apartando la mano de mi muslo para pulsar la pantalla del coche y cambiar la lista de reproducción antes de volver a ponerla donde estaba—, te vas a quedar acojonado.

—No... —negué, mirando la pantalla mientras empezaba a sonar la música—. Dime que no.

—Sí —afirmó él—. Sé que siempre te digo esto, Zack, pero hay mucho más de donde salió esto...

A Matt le encantaba la música de los 2000, toda la música de los 2000... La más tecno era para las noches de fiesta o para follar, pero cuando quería entretenerse en los viajes o estaba solo, escuchaba grandes clásicos como *Britney Spears*, *Rihanna*, *David Guetta*, *Madonna*, *P!nk*, *Black Eyed Peas*, *Christina Aguilera*, *Jennifer López*, *Gwen Stefani* o incluso los primeros éxitos de *Lady Gaga*. Lo peor: se los sabía todos... Los cantaba mientras lo daba todo, moviendo la cabeza y tamborileando los dedos sobre el volante. Yo le miraba y no sabía qué pensar. Al menos había cumplido su palabra, sin duda, estaba sorprendido.

---

Matt volvió aquella misma madrugada. Llamó a la puerta, tres golpes secos sobre la madera antes de quedarse esperando con las manos en los bolsillos de su vaquero y una ligera sonrisa en los labios. Era tarde, casi había amanecido y yo le dediqué una mirada seria sin apartarme de la puerta.

—Casi me quedo dormido —le dije.

—Siempre hay mucho trabajo tras el Celo —respondió. No era una excusa, solo una afirmación—. Además me he pasado por casa de Selene y me ha dado tanta comida que me he quedado un poco dormido —añadió.

Me quedé en silencio, con la misma mirada de parpados caídos mientras valoraba la idea de amenazarle, cerrarle la puerta en la cara o dejarlo pasar.

—Si vas a tardar, avísame, porque yo también trabajo y llego cansado a casa. No tengo por qué esperar como un gilipollas a que aparezcas.

Matt asintió, dio un paso y me rodeó con los brazos para llevarme con él lo suficiente dentro para poder cerrar la puerta a sus espaldas. Entonces me frotó el rostro contra el suyo y aspiró sutilmente mi ropa y mi cuello.

—Tienes razón, Zack —murmuró—. Dame una copia de las llaves y así no tienes que quedarte esperando.

Fruncí el ceño y me quedé mirando la puerta por encima de su hombro. Eso no era en lo que estaba pensando al darle aquella advertencia.

—Vamos a la cama, estoy a punto de caerme del sueño —añadió entonces, moviendo la cabeza para darme un beso antes de girarme y tirar de mi en dirección a la habitación—. He tenido que reorganizar los pedidos y discutir con un par de clientes bastante gilipollas. Ha sido una puta mierda.

Se quitó la cazadora y fue al armario, donde la dejó junto con los pantalones y la camiseta, sin doblarla siquiera, usando el primer hueco que encontró entre mi ropa para meter la suya. Ya desnudo, se deshizo la coleta y se pasó ambas manos por la melena, liberándola y extendiéndola junto con un gemido de placer.

—Joder, cómo apesta la cama —sonrió mucho y se acercó para terminar tirándose y haciendo vibrar el colchón, que también emitió un chillido de muelles—. ¿Te vas a quedar ahí, Zack? Porque hace frío y necesito a mi estufita rubia y de culito perfecto —añadió, dando un par de toques sobre el edredón, invitándome a acompañarle.

Matt tenía una increíble habilidad para soltar una bomba y después fingir que solo estaba lloviendo mientras el mundo estallaba en llamas. Quizá le funcionaba con sus otros humanos o quizá se creyera que yo era gilipollas, pero estaba muy equivocado conmigo. Al igual que él, yo solo fingía: fingía no darme cuenta de lo que estaba haciendo y fingía que no me importaba. Y lo hacía por dos razones: la primera y más importante era que me gustaba mucho el lobo; exceptuando esos momentos en los que estaba a punto de gritarle que fuera a vacilar a su putísima madre; me lo pasaba muy bien con él y disfrutaba mucho. La segunda era que ahora que sabía que podía sacarme un dinero extra, no me importaba pasar algunas cosas por alto, como aquel momento en el que simplemente me desnudé y me tumbé a su lado mirando el techo de la habitación. Matt sonrió por aquella victoria y se acercó a mí, rodeándome con sus musculosos brazos y atrayéndome hacia su cuerpo grande, cálido,apestoso y musculoso.

—Vamos, Zack... —susurró en mi oído, dándome un par de mordiscos suaves en el lóbulo de la oreja donde tenía el pendiente de aro, del que tiró un poco junto con un gruñido juguetón—. No lo hice a propósito. Cuando me des las llaves, podré entrar yo solo y ya no tendrás que esperarme. Es una buena idea si lo piensas...

Fruncí levemente el ceño sin apartar la mirada del techo de pintura roída. Eso era lo que más me llamaba la atención: Matt era consciente de lo que hacía y sabía perfectamente que no me gustaba, pero después intentaba razonar conmigo cuando estaba en una posición más relajada y segura, como en la cama o durante la inflamación.

—Sí, quizá sea buena idea... —murmuré con un tono neutro.

Le oí ronronear mientras me frotaba el rostro contra la sien. Me apretó un poco más fuerte y suspiró, cerrando los ojos para quedarse dormido en apenas un par de minutos. Cuanto más se acercaba Matt a mí, más me daba cuenta del extraño y retorcido juego al que jugaba conmigo. Eso no me gustaba nada, no era divertido y no me lo pasaba bien; pero yo también sabía jugar. Si el lobo tenía las llaves de mi casa, era porque tenía pensado volver, y si volvía, habría sexo y ropa sucia que vender. No puedo decir que no sentí cierta punzada de decepción, quizá incluso pena, porque aquella no era la clase de relación que me hubiera gustado tener con Matt; solo era la clase de relación a la que él me estaba empujando con sus intentos de manipulación y sus frases secretas con significados ocultos. El lobo escondía algo de mí, yo escondería algo de él, y ambos fingiríamos que nada ocurría mientras bromeábamos y follábamos como siempre.

Así que al siguiente día, después de que me dejara con una caricia y una sonrisa frente a la *Wondering Shop*, fui a hacer una copia de las llaves. Se la di al amanecer, cuando volvió a llegar demasiado tarde y con una mueca un poco enfadada.

—He tenido que quedarme hasta tarde, hubo un problema con el cliente y tuve que ir a hablar personalmente con él —me enseñó su puño derecho, donde había rasguños y algunas pequeñas heridas de haber pegado a alguien repetidas veces—. Al final entró en razón... —y sonrió, guiñándome un ojo.

Miré su puño con la misma expresión indiferente con la que le miré de vuelta a los ojos.

—Hay un *tupper* de arroz en la cocina, las sábanas nuevas están en el sofá y estas... —fui hacia el taburete verde para recoger la copia que allí había y se las tiré—, son tus llaves.

Matt las cogió al vuelo con un gesto de cejar arqueadas y una leve sonrisa. Al darle la vuelta al llavero, leyó en alto lo que había escrito en la placa metálica:

—Gracias por tener una polla enorme... —sonrió más y me miró por el borde superior de los ojos—. De nada, Zack.

Le guiñé un ojo como él me hacía y fui hacia la cocina para calentar la comida. Matt regresó con solo una camiseta por encima y la misma sonrisa en los labios. Si hubiera podido menear la cola de felicidad como un perrito, lo hubiera hecho. Se sentó en el taburete, se frotó las manos y fue a por la cuchara antes de meterse una buena palada de arroz con carne en la boca. No paró de mirarme mientras masticaba como un cerdo y se manchaba, al terminar eructó, soltó un resoplido

y alargó la mano hacia mi paquete de tabaco para coger un pitillo y encendérselo con el *zippo*.

—Oye, Zack —me dijo tras limpiarse el morro con un trapo y darle un último trago a su cerveza—. Estaría genial si pudieras darme un par de estos *tuppers* para llevar al trabajo. Así no tendría que pedir comida y perder tiempo yendo a buscarla.

Seguí fumando mi segundo pitillo y le di un trago al café antes de preguntar:

—¿Te los vas a comer?

—No, Zack, me los voy a meter por el culo —respondió.

—Lo digo por si vas a cenar a casa de alguien y después no tienes hambre para comerlos.

—Ah... —comprendió, dejando el sarcasmo atrás para decirme—: No, son para el comienzo de la noche. Te prometo que me los comeré.

Asentí y dejé el vaso de café vacío sobre la repisa.

—Entonces te pediré unos cuantos. ¿Tres?

—Cuatro —me corrigió, levantándose del taburete para rascarse un momento los huevos con el ceño fruncido hasta que soltó un leve «oh... mucho mejor», y se fue a tirar al sofá. Se desató el moño de la melena y tiró la goma negra a un lado.

—¿Te cunde un rodeo, Matt? —le pregunté de camino a la puerta de emergencias para echar la colilla del pitillo al callejón y cerrarla para que no entrara más frío. Matt gruñó con interés y me siguió con la mirada hasta que me quedé frente a él.

—¿Es un juego? —preguntó—. No lo conozco.

—Sí —respondí, empezando a desabrocharme los pantalones—. Se trata de montarte y ver cuántas veces consigo que te corras.

—Oh... —murmuró, entonces su sonrisa se afiló más y más mientras su cabeza descendía al mismo ritmo que su polla se ponía dura y empapada—. Sí... sí que me cunde un rodeo —declaró con voz ronca, casi un gruñido, y una fija mirada por el borde superior de sus ojos.

Terminé de quitarme la camiseta y me puse a horcajadas sobre él. Que ahora sospechara de Matt y sus estúpidos juegos mentales, no quería decir que no siguiera pasándomelo muy bien con él, ni que fuera a privarme a mí mismo de disfrutar todo lo posible de aquel pedazo de lobo vikingo que dormía en mi casa y al que le pagaba la comida. Siempre me he considerado un hombre muy pragmático, lo suficiente para dejar a un lado todas esas cosas y centrarme en uno de mis nuevos pasatiempos favoritos: follar con Matt. Evidentemente, sabía muy bien lo que tenía que hacer para volverle loco: empecé con un beso bastante húmedo y un ritmo lento, metiéndomela de arriba abajo mientras le tocaba por todo aquel pecho de dios y sus enormes brazos; tras la primera corrida, cambié a una cabalgada de menor rango pero más intensidad, llegaron los gemidos de placer, los jadeos, las lamidas de cuello, los arañazos en los hombros y el segundo orgasmo; para el tercero use mi propio líquido preseminal que ya goteaba sobre sus abdominales marcados, Matt gruñó como un cerdo y me apretó con fuerza la cadera; finalmente, le dije algunas guarradas que tanto le gustaban, pidiéndole que siguiera más y más antes de correrme, lo que provocó el cuarto orgasmo del lobo. Entonces se quedó con la cabeza extendida sobre el respaldo, jadeante y un poco sudado.

—Jo...der... —murmuró, frotándose el rostro antes de dejar los brazos caídos a los lados—. La hostia...

Sí, había sido la hostia. Yo flotaba en mi nube de placer y recostaba la cabeza en el cuello del lobo, tomando profundas respiraciones de vez en cuando. Casi me quedé dormido, de no ser porque en el salón hacía algo de fresco y sentí un escalofrío que me desperezó lo suficiente para salirme de encima del lobo para tirar de él hacia la cama. Matt me siguió como un corderito, gruñendo un poco antes de abrazarme en la cama y volver a quedarse dormido mientras roncaba. A la tarde, después de él me despertara para nuestra follada de primera hora, salimos a desayunar y pasamos por la tienda de comida para pedir los *tuppers*. Matt se quedó de brazos cruzados y expresión intimidante, hasta que regresamos al coche y aceptó la bolsa con un profundo ronroneo de felicidad.

Toda aquella rutina se repitió durante la mayoría de abril, con contadas excepciones en las que el lobo tenía que irse antes al trabajo o aparecía a mitad de la noche por la tienda para follar. Nada cambió en todo aquel tiempo y los días pasaron rápido, uno tras otro. Matt y yo nos entendíamos muy bien, al menos a un nivel físico. Teníamos una química sexual increíble e innegable. En solo los dos meses desde que nos conocíamos, ya había follado más que en toda mi vida, y lo mejor de todo era que nunca me cansaba y nunca era aburrido. Matt y yo habíamos desarrollado una dinámica de retos y tonteos. A veces era yo el que le proponía algo y a veces era él el que me lo proponía a mí.

—¿Alguna vez te han comido el culo, Matt? —le pregunté una noche.

—No, es algo que me pone nervioso. Ya sabes que es una zona muy íntima para los Machos.

—Tranquilo, te encantará...

Desde entonces fue algo que entró en nuestra rutina sexual, pero solo en la intimidad de la casa, porque Matt se tomaba muy en serio eso de no parecer vulnerable y débil en un lugar desconocido o público. Cosas de lobos, supongo.

—Oye, Zack, ayer en el Luna Llena un humano me dijo que podría correrme todo lo que quisiera en su boca. ¿Tú cuantas corridas crees que aguantarías? —me preguntó él otra noche.

—¿Te refieres a tragármelo o a solo que te corras en la boca?

—Solo correrse en la boca.

Me encogí de hombros y fumé otra calada, echando el humo por la rendija de la puerta de emergencias.

—Las que quieras —respondí.

—Te creo, Zack, ¿pero por qué no vienes al sofá, te pones de rodillas y me lo demuestras?

Tiré el pitillo al callejón, cerré la puerta y fui hacia él. Matt era un lobo grande, joven y sano: cada vez que llegaba al orgasmo soltaba unos tres o cuatro buenos chorros calientes que, para los estándares humanos, era casi como juntar a cinco hombres que se corrieran a la vez en tu boca o en tu culo; eso solo en cada orgasmo, ahora multiplicarlo por las veces que el lobo podría llegar a correrse. Para una persona, por muy cachonda que estuviera debido a las feromonas o a causa del pedazo de espécimen que era Matt, no dejaba de ser una cantidad absurda de semen denso, fuerte, viscoso y agrio con la que había que lidiar.

Quizá, si estabas muy decidido, podías seguir adelante después de la primera, pero normalmente eso ya era demasiado y llegaba el momento en el que te atragantabas o tenías que parar. Eso pasaba a los que no estaban acostumbrados. —Oh... joder... sí, sí, Zack... jooodeeeerrr —no parada de gemir Matt.

Si no había que tragársela, lidiar con la cantidad absurda de corrida no era tan difícil, solo había que abrir la boca para que se fuera cayendo y dejara sitio a más. Por supuesto, era algo jodidamente sucio, terminabas con un puto cerdo con la boca llena de semen, que salía de tus labios y te goteaba de la barbilla, se precipitaba por la polla del lobo y manchaba cada vez más y más y olía pero y peor. Era un círculo vicioso alimentado por el propio Matt, que no dejaba de mirarme fijamente, gruñir y jadear, perdiendo por completo la cabeza; porque cuando más se corría, más semen había, más cachondo se ponía y más volvía a correrse. Llegó a un quinto y arrollador orgasmo, entonces me aparté antes de que se le inflamara como un globo. Escupí un resto grumoso sobre su camiseta de segunda mano, ya bastante manchada y la cual vendería a mejor precio, y tuve la intención de irme a lavar al fregadero, pero el lobo gimió y me llamó por lo bajo, haciendo un gesto para que me acercara. Me senté a su lado, pero eso no fue suficiente y tiró de mí.

—Tápala... —susurró casi sin aliento, refiriéndose a su polla hinchada—. Con mucho cuidado...

Me puse a horcajadas con tanto cuidado como pude y me apoyé sobre el lobo, cubriendo su entrepierna y el enorme y carnoso bulto. Matt soltó un jadeo entonces y me abrazó, apretándome más contra él. Hundió la cabeza en mi cuello, respirando casi con dificultad y con los ojos cerrados. De vez en cuando ponía muecas de incomodidad, pero no fue hasta después de un minuto que me dijo en voz baja:

—Joder, no se me hinchaba fuera desde que era un Lobato... es muy desagradable... —tomó un par de respiraciones y añadió—: Si pasa esto, tienes que acercarte y cubrirla como si fueras una mamá pato con un huevo, ¿de acuerdo, Zack? Así, como hacemos ahora.

Me quedé con las cejas arqueadas, pero no dije nada, solo hundí los dedos en la melena de Matt y le acaricié como le gustaba, porque parecía estar pasándolo un poco mal. Tras dos minutos más, la hinchazón remitió y el lobo movió la cabeza para mirarme a los ojos, sin importarle lo más mínimo que yo aún tuviera la boca repleta de semen denso y apestoso.

—Primero: ha sido la hostia. Segundo: no me lo esperaba. Tercero: tenemos que repetirlo...

Entonces me dio un beso viscoso y sonrió.

—Vamos a la ducha.

Matt lo llamó «El Rodeo Blanco», porque era lo mismo, pero a mamadas. Me hizo gracia y así se quedó; otro de nuestros tontos juegos sexuales. Por desgracia, todo aquello trajo consigo algunas consecuencias: tener un lobo en tu vida empezó a darme unos problemas que no me esperaba.

Follar tanto y tan sucio y dormir todos los días con un lobo, dejaba un horrible olor del que no te podías deshacer con facilidad. Empecé a tener serios problemas con la señora Ming, que no paraba de decir que «olelé muy mal. Tú apestal tienda

y despacho. Asco, mucho asco». Realmente, lo queapestaba el despacho eran los polvos que Matt y yo no habíamos dejado de echar allí, pero la señora Ming tenía razón. Ahora yo olía muy fuerte al lobo. Ya no se trataba de un ligero aroma que me acompañaba a todas partes, sino de una densa nube de peste que se notaba a varios pasos de distancia. No importaba cuánto lavara la ropa, porque estaba en mi pelo y en mi piel, por todo mi cuerpo, y solo se hacía más y más intensa cada día. Hasta que, a mediados de mayo, un cliente hijo de puta nos grabó a escondidas a Matt y a mí yendo al despacho. Según los gritos del señor Ming, se oían «bastantes guarradas». Me puso de patitas en la calle y se negó a pagarme esas dos semanas de trabajo.

Cuando se lo dije a Matt aquella noche, casi de pasada y en tono de broma, creyendo que me iba a preguntar si podíamos conseguir ese vídeo para verlo, el lobo reaccionó con bastante seriedad. Me miró con el ceño fruncido y, tras un breve silencio, me preguntó:

— ¿Estás bien, Zack?

Me quedé quieto, con el pitillo en los labios y el café recién hecho en la mano.

— Claro que estoy bien —respondí, perdiendo la sonrisa y el buen humor—. Era solo un trabajo de mierda, Matt. En seguida encontraré otro.

El lobo asintió lentamente y se acercó, rodeándome con sus brazos grandes y fuertes antes de inclinar el rostro para acariciarme el cuello con los labios.

— ¿Quieres que vaya a hablar con ellos? Te deben el dinero de este mes...

— No —negué, mirando las ventanas empañadas al otro lado del salón—. Tengo algo ahorrado, no lo necesito.

Sentí como el lobo asentía y me hacía un poco de cosquillas con la barba. Levantó la cabeza y me miró a los ojos.

— Me compraré yo la comida hasta que encuentres otro trabajo, así te durarán más los ahorros.

Sentí un latido más rápido en el pecho y negué con la cabeza.

— No —respondí, casi con enfado—. Te llevaras los putos tupperts y punto.

Matt y yo mantuvimos una extraña mirada, tensa y seria, hasta que el lobo volvió a asentir, se separó y fue hacia su bandeja con cinco grandes muslos de pollo a la brasa. Se frotó las manos y gruñó con placer antes de sentarse, volviendo a ser el Matt que era siempre. Yo tardé un poco más en recuperarme de aquello. Me ponía muy nervioso cuando el lobo se preocupaba por mí. No me gustaba y no lo entendía. Éramos amigos, pero no esa clase de amigos: solo hablábamos de tonterías, compartíamos pensamientos y follábamos mucho. Yo no me metía en su vida ni él tenía que meterse en la mía. Por eso me incomodaba tanto cuando Matt decidía follarse esa línea para comportarse como un lobo fiero y protector, porque ese no era él. Él era el que volvía cada viernes con una nueva anécdota del Luna Llena y se quejaba de que uno de sus humanos habían dejado de hacerle algo que le gustaba.

— Pues yo tengo una buena noticia. Hoy Dorian me dijo que estaba buscando un nuevo almacén, uno muy grande para convertirlo en el principal de la Manada. Dorian es el Alfa —añadió con un movimiento de cabeza y los ojos en blanco, recordando que nunca me había hablado de él. Se limpió los morros y la barba manchadas de grasa, bebió el último trago de cerveza y eructó. «Uff, joder, qué

rico estaba», murmuró antes de ir en busca de uno de mis pitillo y encendérselo con el *zippo* plateado—. Me ha dicho que me dejará a mí al mando —concluyo tras aquella larga pausa.

—Eso es cojonudo —respondí, entrecerrando los ojos para que el humo del tabaco no me molestara antes de dar una calada y mojar me los labios—. Felicidades, Matt.

—Gracias —sonrió él—. Voy a tener a un grupo bastante grande de Machos a mis órdenes.

—Suen a mucha responsabilidad y a que vas a tener poco tiempo para visitar a tus humanos.

—No, no tiene por qué —negó tras otra calada. Se dejó el pitillo en los labios y se deshizo la coleta para removérselo un poco, agitando su melena de león—. Pero necesitare que me des más *tuppers*. No ahora, en unos meses, digo.

—Te comprare una bolsa de deporte para que los metas ahí, porque con tantos ya no podras llevártelos apilados bajo el brazo. La hare personalizada, pondre: «Ricitos de oro» y así sabras que es la tuya.

Matt se rio, levantando la cabeza y quitándose el pitillo de los labios antes de que se le cayera.

—Le dire a los chicos que así es como llamas a mi polla —respondió junto con uno de esos guiños capaces de derretir una estatua de hielo—. Por cierto, traje ese aceite del que te hablé.

Puse los ojos en blanco y aparté la cadera de la encimera para acercarme y apagar el pitillo contra el cenicero.

—¿Hablas de ese aceite tan caro que te echas en el pelo como una puta vieja en un salón de belleza?

—Es un aceite esencial para nutrir el pelo —me corrigió con una mueca más seria de párpados caídos—. Esta melena que tanto te gusta tocar no se cuida sola, Zack...

—Ya —murmuré, fingiendo desinterés—. ¿Dónde está?

—En la mochila, lo traje del Refugio —señaló hacia la habitación y fui hasta allí. A veces el lobo traía una cosa o dos en una mochila de Nike: un poco de ropa para cambiarse, el cepillo de dientes, algunos jabones que le gustaban, más de sus carísimas zapatillas... Lo dejaba todo en mi casa y, si necesitaba más, volvía a traerlo de ese sitio llamado Refugio en el que, al parecer, vivía él. En aquella ocasión había venido con una camisa de vestir, otro vaquero y una sudadera, todo echo un ovillo y tirado allí sin cuidado. Chasqueé la lengua, los deshice y, más o menos, lo dejé ordenado en el hueco del armario que le había hecho, junto al resto de la ropa que había traído. Cuando volví con el aceite en la mano, el lobo ya estaba en el sofá, terminándose el cigarro y mirando uno de sus documentales.

—Aquí dice que no es bueno para ti, Matt —le dije, mirando la etiqueta y leyendo—: «No usar en animales». ¿Ves?

El lobo sonrió, pero de esa forma en la que casi trataba de contener la carcajada. Me miró y arqueó las cejas antes de preguntar:

—¿Dice algo de putas fieras sexuales? Porque entonces, sí puedo usarlo.

—Aha... —murmuré, poco impresionado con aquello—. ¿También te lo echas en el pubis y en el pelo de los huevitos?

—No, esos me los mantienes tú bien hidratados a lametones...

Ahí sí que se me saltó un poco la risa, pero solo porque era cierto.

—¿Dónde te lo dejo? —le pregunté—, ¿en el baño?

—Mmh... Sí, pero estaría genial si me lo echaras un poco ahora. —Vio mi expresión de ceja arqueada, pero aún así continuó—: Echas un poco en la palma de la mano, la frotas y lo vas extendiendo desde la raíz del pelo hasta las puntas. Tiene que quedar bien repartido, pero solo una capa fina antes de dar un breve masaje para que lo absorba.

—Me estás vacilando...

—Vamos... mima al cerdito de Matt —ronroneó de una forma que, aunque estúpida, resultó incluso sexy viniendo de él.

—¿Más aún?

—Sí... —sonrió—. Mucho más.

Tomé una respiración profunda y agité un poco el bote de aceite sin dejar de mirar los ojos marrones de Matt. Tras un momento de duda, terminé por acercarme al sofá. El lobo lo celebró con un gruñido grave y gorgoteante, bajando a sentarse en el suelo.

—Quizá quieras usar una toalla para no mancharte el pantalón —me dijo.

Apreté los dientes y me di la vuelta. Había una finísima línea entre lo que me esforzaba por tener a Matt contento y lo mucho que me jodía ceder a esas mierdas. Ya había leído lo volátiles e impredecibles que eran los lobos con sus humanos, lo fácil que venían y lo fácil que podían marcharse para no volver. Matt más que ningún otro. Y yo quería que volviera, por el sexo, la diversión y la ropa sucia, pero sobre todo por el sexo y la diversión. Era consciente de que tenía a muchos humanos y por eso trataba de hacer lo posible por que se quedara un poco más a mi lado; aunque supiera que, en algún momento, acabaría yéndose.

—Este es uno de esos momentos en los que no deberías hacer bromas, Matt —le advertí, regresando con una toalla para poner en mi regazo tras sentarme en el sofá.

El lobo apoyó la espalda en mi piernas y recostó la cabeza sobre la toalla, cerrando los ojos con una ligera sonrisa en los labios antes de cruzarse de brazos y esperar. Le eché el puto aceite, que no olía realmente a nada, pero que era denso y oleoso, lo repartí desde la base a las puntas hasta que la melena quedó brillante y después masajee el cuero cabelludo. Matt ronroneaba como un gato de vez en cuando, respirando profundamente y disfrutando como un cerdo de aquello, pero cuando empecé a masajearle, fue cuando se derritió entre mis manos, produciendo un ronroneo alto, grave y continuo. Cuando al fin paré tras unos buenos diez minutos, entreabrió levemente los ojos.

—Un poco en la barba también... —murmuró—. Oh... —jadeó antes de volver a ronronear mientras le extendía un poco más de aceite en la barba tupida.

Para cuando terminé, Matt se quedó como atontado y soñoliento. Le costaba abrir los ojos e incluso moverse. Tomaba fuertes respiraciones y suspiraba, como yo hacía cuando acababa de follarme y flotaba en mi nube de calma y felicidad; lo que, la verdad, me hizo gracia. Tuve que tirar de él para levantarlo y llevarlo al baño, se suponía que después había que lavar el aceite con agua templada para que no quedara el pelo grasiento. Matt casi volvió a quedarse dormido y, cuando

llegamos a la cama, me buscó a tientas para rodearme con los brazos y roncar contra mi nuca.

— ¿Ves cómo queda mucho mejor? — me preguntó a la mañana siguiente al oído. Acabábamos de follar y yo jugaba con un mechón entre los dedos —. Está mucho más suave.

— Aha... — me limité a afirmar, disfrutando de la suavidad, la inflamación dentro de mí y la peste a Matt. Merecía la pena ceder y hacer un par de gilipolleces por tenerle cerca.

Eso era lo mismo que pensaba cuando me compraba algún capricho tras una buena venta de ropa: una cazadora nueva, unas zapatillas caras, una nueva cafetera o un corte de pelo y barba en una barbería muy cara. Matt se quedó helado al verme, empezó a respirar un poco más fuerte e incluso gruñó de una forma baja y excitada. Si yo ya estaba guapo con los cortes de pelo que me hacía a mí mismo en el baño, solo había que imaginarse lo bien que me quedaba uno profesional y nivelado. Esa noche se corrió unas buenas cuatro veces, y eso que venía de ver a Sveta, la super modelo rusa. De esa me había hablado un poco más que de el resto porque, al parecer, chillaba tan alto que hacía ladrar a los perros. Dato que me hizo muchísima gracia y sobre el cual no dudaba en bacilar a Matt.

— ¿No me has oído? Te llevo llamando cinco minutos a gritos, o es que has ido a ver a Sveta y te has quedado sordo.

— ¿Has ido a ver a Sveta o es que han sonado las alarmas de la ciudad?

— Zack, deja de mover la puta boca como si me estuvieras hablando y no pudiera escucharte...

Sí, me encantaba bromear sobre sus humanos cuando me contaba algo nuevo de ellos o salía el tema. Matt y yo nos reíamos bastante al respecto, y quizá también se riera de mí con alguno de ellos, pero yo vendía su ropa usada a desconocidos por internet, así que estábamos en paz. En otras ocasiones, sin embargo, venía con quejas y reflexiones serias que no eran tan divertidas de escuchar.

— Odio que no pare de preguntarme cosas, me pone muy nervioso. ¿Cuándo vas a volver, Matt? ¿Qué quieres cenar la próxima vez, Matt? ¿Te gusta este conjunto que me he comprado, Matt? ¿Sientes lo mismo que yo, Matt? — el lobo resopló e hizo un gesto con las manos como si le fuera a estallar la cabeza.

Yo miraba el bosque y fumaba, con una mano en el bolsillo del bañador y la espalda apoyada en la cabina, escuchándole en silencio y asintiendo de vez en cuando, como siempre hacía cuando le daba por despotricar de sus humanos. A finales de mayo había encontrado un trabajo de operario de peaje, lo que me había venido de lujo porque el dinero ahorrado se estaba agotando rápidamente y necesitaba reunir un buen colchón antes de que Matt y su Olor a Macho se largaran de mi vida para siempre. Curiosamente, había sido el propio lobo el que me había dado el aviso, ya que pasaba bastante por aquella carretera secundaria a las afueras. Supuse que uno de los almacenes que dirigía no estaría lejos de aquella zona industrial, pero no había querido preguntar. El caso era que Matt ahora venía por mi nuevo trabajo incluso más que por el antiguo, aparcaba el *Hyundai Tucson* en la zona de descanso del peaje y venía a mi cabina que, evidentemente, ya apestaba a él. No solíamos follar dentro, porque estaba bien iluminado y rodeada de cristaleras, sino que íbamos al coche o al bosque, pero

no podía decir que no hubiéramos hecho alguna que otra guarrada allí dentro. Después, si tenía tiempo, el lobo se quedaba conmigo a tomarse uno de los *tuppers* de la cena, fumar y beber cerveza fría que guardaba en una nevera portátil junto con un par de *Coca-colas* y *Red Bulls*.

—Al principio Sharon era muy divertida, pero ahora solo se queda callada y nunca bromea. ¿Qué crees que ha pasado, Zack? —terminó preguntándome.

—Pues que se ha enamorado —respondí, dedicándole una mirada por el borde de los ojos—, y que ahora tiene miedo de perderte.

Matt mantuvo su ceño fruncido, gesto al que añadió unos labios apretados antes de mirar al frente.

—Pues portándose así y demostrándome que no es la humana que creía que era es como va a perderme... —murmuró—. Odio que me presionen, Zack... forzar las cosas. Creó que el amor tiene que fluir sin más, ¿sabes? Que mi instinto es el que me dice que dé un paso, que me pare en seco o que incluso dé un enorme salto adelante. Para mí no es solo cuestión de tiempo o de lo bueno que sea el sexo, sino de estar a gusto y cómodo con alguien. De que siempre sea... fácil y divertido ¿Entiendes?

—Claro, Matt —murmuré antes de llevarme el pitillo a los labios. Era lo que siempre le decía cuando hacía alguna reflexión de esas sobre lo que a él le gustaba, sobre lo que quería o los errores que cometían sus humanos y que le llevaba a abandonarlos.

El lobo tiró su cigarro a un lado del suelo de cemento, cogió una bocanada de aire y levantó la espalda de la cristalera del cubículo.

—Ah, y le he dicho a los chicos que trabajas aquí. Oye... —se puso frente a mí, me rodeó la cadera y se inclinó para acercar su rostro al mío. Me acarició un poco la mejilla y frotó suavemente la punta de nuestras narices antes de susurrar—: Sé que es un poco demasiado, Zack, pero me gustaría que no le cobraras el peaje a la Manada.

Una vez más, uno de esos «me gustaría que...», «estaría genial si...», «creo que sería mejor no...», y la lista seguía y seguía. Matt nunca me pedía nada directamente ni me daba explicaciones, solo hacía sugerencias que quedaban en mi mano cumplir o no. Él no paraba de quejarse de sus humanos, de sus extrañezas y sus necesidades, pero el lobo era muy difícil de entender y parecía esconder muchas cosas tras flirteos y bromas sexuales.

—Vendré a buscarte a la salida —añadió junto un suave beso en los labios.

Yo todavía tenía una expresión seria, siguiéndole tan solo con la mirada mientras se incorporaba. Si os estáis preguntando cuál era mi papel en toda esa historia, os lo diré: yo era su criada, su confidente y su puta, todo en uno. A esas alturas ya era obvio que Matt se había buscado a un follamigo que le diera de comer, le calentara la cama y le mimara como a un cerdo; pero yo no había aceptado por error, ni caído en ninguna trampa, ni tenía esperanza alguna de esa situación cambiara. Estaba allí porque quería, porque Matt era muy divertido, me encantaba follar con él y, además, me estaba sacando bastante dinero vendiendo su ropa usada.

—Oye, Matt —le detuve antes de que se fuera—, ¿cuándo vas a volver? ¿Qué quieres cenar? ¿Te gusta este conjunto de verano que me he puesto?

El lobo se rio, pillando la broma al vuelo.

— Volveré cuando salgas, quiero cenar el *tupper* de pavo con arroz y sí, me gusta mucho cuando vas en bañador, pero prefiero el negro, porque te aprieta tanto ese culito que dan ganas de morderlo hasta reventar — gruñó con una sórdida sonrisa y se relamió un poco los labios —, pero eso ya lo sabes...

— Algo me suena... — murmuré con una media sonrisa.

Matt volvió a inclinarse para darme otro beso, esta vez con algo de lengua, entonces se incorporó, me dio una suave caricia en el mentón y se despidió con un guiño juguetón. El lobo se preguntaba por qué todos caían rendidos a sus pies, cuando era el cabrón más guapo y sexy del mundo. Incluso yo, que ya estaba aburrido de verle cada día, seguía quedándome atontado algunas veces. En mi defensa diré que ahora que había traído a casa su ropa de verano, no paraba de ponerse camisas abiertas para enseñar ese torso de dios vikingo, junto con unos pantalones cortos que le quedaban tan bien que casi eran un atentado para la salud pública. Además, con tanto calor, iba prácticamente desnudo por casa y olía más fuerte, sudando sin parar y convirtiendo mi vida en un continuo ciclo de excitación y deseo sexual.

No estaba orgulloso, pero no podía parar de meterle mano, besarle y lamerle por todas partes, daba igual si estábamos en casa, en la cafetería, en el cubículo del peaje o en el coche. Matt nunca tenía ningún problema en darme todo lo que quería y eso se estaba convirtiendo en un problema grave. Yo tenía un historial complicado con las adicciones y sabía reconocer cuando algo me estaba gustando demasiado, cuando mi cuerpo se estaba acostumbrando al placer y las emociones fuertes; por eso sabía que cuando Matt se aburriera y se fuera de casa, lo pasaría realmente mal. Yo ya estaba haciendo planes para cuando eso ocurriera, empezando por cambiarme de apartamento y quemar todo para deshacerme de su Olor a Macho, porque sino iba a terminar arrancándome la polla de tanto frotarla. Solo esperaba que aquella voz tan oscura que me decía que jamás encontraría a alguien como él y que el sexo nunca volvería a ser tan bueno, se equivocara. Porque entonces sí que estaba bien jodido.

— Ayer Cormac me dijo en el Luna Llena que estuvisteis hablando — murmuró Matt, con la cabeza recostada en mi regazo mientras le daba su masaje con aceite de los sábados. Acaba de empezar y por eso era capaz de seguir hablando y no se limitaba a ronronear como un león mientras el aire del ventilador le daba directamente en el cuerpo desnudo, esparciendo su peste a sudor por toda la casa.

— Sí, pasó por el peaje y me pidió un cigarro — respondí —. Es de los pocos lobos que se han parado a decirme algo además de asentir con la cabeza.

— Los Machos no hablamos mucho con los humanos, no te lo tomes a mal.

— No me lo tomo a mal, solo lo digo.

Matt ronroneó un poco cuando le eché aceite en la barba y la masajeeé un poco para esparcirla bien. Tras ese par de minutos, continuó:

— Le caíste bien a Cormac, quedó bastante sorprendido.

— ¿Por qué, le dijiste que soy el campeón del Rodeo Blanco?

Matt se rio y entreabrió los ojos para mirarme.

— No, yo no hablo así de ti, Zack.

–No me creo que cada semana traigas anécdotas nuevas de las cosas que hacen ellos con sus humanos, y que tú no les cuentes alguna de las nuestras. Se encogió de hombros y volvió a cerrar los ojos.

–Les cuento alguna cosa, pero no todo.

–Claro, tú eres muy sutil y no te gusta dar detalles sórdidos...

El lobo volvió a reírse. Nunca se privaba en añadir todos los gestos y ruidos necesarios para explicarme algo que le había hecho alguno de sus humanos, o alguna aventura que había tenido en el Luna Llena.

–Me encantan los detalles sórdidos –reconoció–, pero no de ti o lo que hacemos juntos. Eso sería faltarte al respeto... –se detuvo a ronronear cuando le masajé un poco la nuca y entonces, me preguntó –: Oye, Zack, ¿qué te parece si nos mudamos?

Seguí echándole el aceite, extendiéndolo hacia las puntas. Ya estaba acostumbrado a aquellos giros repentinos del lobo, a sus cambios radicales de conversación y a sus extrañas preguntas.

–¿No te gusta el *loft*? –pregunté.

–No está mal –se encogió de hombros–, pero cuando abra el nuevo almacén tendría que conducir casi una hora y media todas las noches desde aquí hasta allí. Sería una putada.

–Conduces dos horas para ir a ver a Vicky –le recordé.

Matt volvió a reírse y descruzó los brazos para levantar una mano, agarrarme del pelo suavemente y tirar de una forma juguetona.

–No seas cabrón... A Vicky solo voy a verla una vez por semana, no es lo mismo que hacerlo todos los días.

–¿Y ese nuevo alquiler vas a pagarlo tú? Porque con mi sueldo de mierda y mis trabajos temporales, no me van a dar nada.

–Pronto Dorian dará el reparto de beneficios, ha sido un buen mes, podemos usar el dinero para ir pagando el alquiler.

Fruncí mucho el ceño y puse una expresión bastante sorprendida, pero, por suerte, el lobo no pudo verlo. Seguía con los ojos cerrados, disfrutando de su sesión de masaje con aceite mientras decía:

–Hay muchas casas en alquiler por *Woodinville*, a solo dos minutos en coche de *Valley Industrial*. Les he estado echando un ojo y están bastante bien, cabañitas entre los árboles, muy tranquilas y sin vecinos que nos den por el culo por gritar mucho follando o por andar desnudos por casa. Ya sabes lo mucho que odio que nos molesten. ¿Qué te parece?

Me parecía que Matt iba a pagarme el alquiler y que yo iba a poder ahorrar mucho más dinero. Además de que sería mucho más sencillo largarme yo de su casa y dejar el Olor a Macho atrás que no al contrario.

–Si te encargas tú de buscarla y del alquiler, no hay problema –respondí.

Matt sonrió un poco más y asintió. Aunque hubiera dicho que sería para cuando el nuevo almacén abriera, el lobo se puso a buscar la puta casa enseguida.

–Mira, Zack, ¿qué te parece esta? –me preguntó el lunes, enseñándome la pantalla del móvil, que iluminó con un fognazo de luz la parte trasera del *Hyundai*.

Gruñí por tener que separar la lengua de su cuello e hice el increíble esfuerzo de mirar las putas fotos que me enseñaba.

–Me parece que ahí hay un sótano lleno de huesos enterrados y colchones con lágrimas de niños –respondí sin dejar de acariciarle el pecho velludo y los abdominales.

Matt se rio y me apretó un poco más la nalga con la mano que tenía metida bajo mi bañador.

–Me preocupa más la localización, después podemos reformarla nosotros a nuestro gusto.

–Aha...

–Mira esta cabaña que he encontrado, me gusta bastante –me dijo el miércoles. Entreabrí los ojos y miré el techo de la cabina, con la cabeza apoyada en su hombro y su polla todavía inflamada en el culo. El ventilador que había allí hacia poco por remover el aire apestoso y enfriar mi cuerpo perlado de sudor. Con una profunda bocanada de aire, levanté la cabeza y miré el puto móvil.

–Parece pequeña –murmuré con voz ronca.

Matt me apretó más la espalda contra su cuerpo y bajó los labios a mi cuello para besar los nuevos mordiscos que me había hecho allí. Él era el que estaba sentado en la silla y yo el que estaba sentado encima de él.

–No necesitamos mucho, con que haya una cama, una cocina y un baño, nos vale –murmuró.

–Mmh... –me limité a asentir.

–¿Y esta que te parece? –preguntó el viernes, dándome un último lametón en los labios antes de mostrarme la pantalla.

Yo continué besándole la mejilla y rodeándole con los brazos, pegando mi entrepierna abultada contra la suya y hundiendo de vez en cuando mi rostro en su cuello para aspirar aquella peste a sudor que tantísimo me gustaba. Habíamos salido a fumar y terminar el café a la terraza de la cafetería, así que no podíamos ir demasiado lejos; pero tampoco era mi intención. Acabábamos de follar nada más despertar y no estábamos exactamente cachondos, simplemente nos tocábamos y besábamos como hacíamos continuamente. No sabía si era la costumbre, la proximidad o simplemente algo que nos gustaba hacer, pero Matt y yo parecíamos un par de adolescentes toqueteándose sin parar. Daba igual el momento o el lugar, siempre había un tonteo constante, roces indiscretos, caricias lentas y besos húmedos, llevando esa relación física que compartíamos al límite de lo absurdo.

Eché una ojeada a la pantalla y respondí:

–Parece muy cara.

Matt dio una calada a su pitillo, soltó el humo y deslizó la pantalla del móvil hacia abajo mientras me acariciaba la espalda por debajo de la camiseta.

–¿Pero te gusta o no? –preguntó.

–Es bastante bonita –y parecía muy cara.

–Llamaré para preguntar por ella –murmuró—. A ver si nos la pueden enseñar el domingo.

–¿No tenías un picnic el domingo? –recordé.

—No, lo aplazaron para la semana que viene. Todavía estamos reorganizando la... —se detuvo y echó una ojeada alrededor antes de inclinarse para susurrarme al oído—: Lo de los caramelos congelados...

—Ah... —murmuré—. ¿Sabes si el Alfa me va a pagar por mi idea?

Matt se rio antes de darme un buen beso con lengua. A mediados de mes, había llegado bastante preocupado a casa, diciendo que la policía les estaba dando problemas en la ruta sur. Yo le había preguntado por qué cojones movían ellos mismos la droga, o «caramelos» como la Manada la llamaba por alguna razón que no entendía. Le había dicho a Matt que sería más sencillo si usaran camiones de reparto o frigoríficos, de esos que recorrían constantemente la ciudad de noche y que no llamaban la atención. El lobo me había escuchado con interés y después se lo había contado a Dorian, el Alfa, al que, al parecer, le había parecido una gran idea. Por eso estaban reorganizando el reparto y Matt estaba un poco más atareado últimamente.

Aún así, hizo un hueco ese domingo por la tarde para ir a ver la casa de *Woodinville*. Nos despertamos más temprano de lo habitual, echamos un buen polvo y nos detuvimos a desayunar de camino. Matt estaba de muy buen humor, tenía una imperturbable sonrisa en los labios y me acariciaba el muslo con más energía de la habitual mientras sonaba *Oops!... I Did It Again* a todo volumen. Movía la cabeza al ritmo y cantaba, hasta que llegó la parte que más le gustaba, para la cual siempre bajaba la música, me miraba y me decía:

—*Zack, before you go, there's something I want you to have.*

—*Oh, it's beautiful, Matt, but wait a minute, isn't this?*

—*Yeah, yes it is.*

—*But I thought the old lady dropped it into the ocean in the end.*

—*Well baby, I went down and got it for you.*

—*Aww, you shouldn't have* —terminaba yo, lo que siempre arrancaba una enorme sonrisa al lobo, que volvía a subir el volumen al tope e iba a por el último estribillo con todo.

Era otra de nuestras pequeñas bromas, quizá una con un calado especial y algo retorcido, ya que la letra de la canción podía tener un significado especial para alguien como Matt, que rompía corazones con solo chasquear los dedos. Conociendo al lobo, quizá aquella fuera una advertencia sutil para mí, una de la que a mí me gustaba reírme. Si tenía miedo de que me enamorara, podía estar tranquilo, porque «*I'm not that innocent...*».

La casa que tanto le había llamado la atención y que íbamos a ver, era una cabaña un poco perdida entre los árboles, no lejana a una carretera secundaria y bastante tranquila. No había vecinos cerca y el camino de tierra que tuvimos que atravesar ni siquiera aparecía reflejado en el GPS. Allí nos esperaba Susane, la chica de la inmobiliaria, bajo un paraguas para cubrirse de una repentina llovizna de verano. Sonreía mucho y nos saludó con la mano, hasta que vio bajar al lobo, entonces se quedó helada y abrió sus ojos delineados con *eyeliner* como si acabara de ver un puto fantasma. Con pequeñas palabras tartamudeadas y miradas cortas, nos acompañó a la cabaña, la abrió y, más o menos, nos hizo un breve resumen de lo que allí había. Os voy a decir lo que había: treinta mil dólares en decoración y diseño de interiores para convertir aquel sitio en una cabañita «chick» que

alquilarle a una pareja de ricachones de la ciudad para que se fuera a follar al bosque, eso era lo que había.

Pero no voy a mentir, la cabaña les había quedado de puta madre. No era muy grande, solo tenía unos treinta metros cuadrados muy bien utilizados para aportar una sensación de amplitud y sencillez. Habían economizado el espacio con decoración simple en madera o piedra natural. La habitación estaba en un altillo sobre la cocina, al que se ascendía por unas escaleras rectas, los pocos muebles parecían cómodos y útiles, había muchas estanterías para guardar cosas, encima y debajo los cristales que rodeaban la cabaña para que entrara un montón de luz natural; pero una de las paredes tenía puertas correderas que daban a una terraza con muebles de jardín y vistas al precioso bosque salvaje. Todo estaba abierto, a excepción del baño, recogido en un pequeño cuarto con ducha, retrete y lavabo. Yo lo miraba todo con expresión indiferente porque sabía que el alquiler de aquel lugar no podría bajar de los mil o mil quinientos dólares.

Llegado el momento, Matt le pidió a Susane que nos dejara un momento a solas. No fue nada educado, solo una orden seca mientras me abrazaba por la espalda, de la que no se había separado en ningún momento.

—¿Qué te parece? —me susurró al oído—. A mi me gusta muchísimo.

Entreabrí los labios, dispuesto a repetir una vez más lo que me parecía, la hostia de caro, pero me limité a responder:

—La verdad es que es muy bonita.

—Decidido, entonces. Nos mudamos —anunció, hundiendo su rostro en mi cuello antes de ronronear con placer.

Arqueeé las cejas y seguí mirando las preciosas vistas al bosque y aquella terraza. Yo no lo iba a pagar y, si el lobo podía permitírselo, no iba a ser yo quien se negara a vivir en aquel lugar; al menos hasta que tuviera que irme y buscarme otro apartamento de mierda para mi solo. Cuando se lo dijimos a Susane, ella volvió a sonreír de forma nerviosa y respondió:

—Le... le preguntaré a los dueños...

—Tenemos dinero y vamos a pagar —añadí yo, porque sabía que no había posibilidad alguna de que nos alquilaran aquello sin un poco de juego sucio—. Así que pregúntales también si quieren que su cabañita del bosque se queme porque son unos hijos de puta racistas y han enfadado a quien no deben...

Sí, era una amenaza, no exactamente un chantaje, pero estaba cerca. Lo suficiente para que aquella misma madrugada Matt volviera con una enorme sonrisa en los labios, diciendo que le habían llamado y que en un día nos darían las llaves.

—¿Has lavado ya las sábanas del Celo, Zack? —me preguntó, yendo al armario para rebuscar un poco—. Sería genial ponerlas para que la cabaña fuera cogiendo buen olor a mí lo antes posible.

—Están en una bolsa de basura, debajo de todo —respondí, cruzado de brazos y con el hombro apoyado en la pared.

No las había vendido todavía porque me daban un precio de mierda por ellas, eran de Macho Común y el mercado tras el Celo estaba tan saturado que había decidido esperar un poco e intentarlo unos meses más tarde, cuando no hubiera tanta oferta y los precios se inflaran. Matt las encontró enseguida, desató el nudo y olfateó el interior, gruñendo con fuerza.

—Joder... —le oí jadear—. Ni siquiera las has lavado... —eso pareció encantarle. Así que aquellas sábanas y el edredón asquerosos y apestosos fue lo primero que nos llevamos aquella última semana de junio que nos pasamos preparando la mudanza. Matt cerró las puertas correderas de la terraza para que no se escapara el olor y así crear una atmósfera hermética a la que solo iba añadiendo más y más de sus cosas apestosas. Hasta la mudanza, no había dado cuenta de cuántas de sus mierdas se había ido trayendo a mi casa poco a poco; como un cuentagotas, cargando aquella mochila de Nike semana a semana. Prácticamente, no le quedaba ya nada en el Refugio que no hubiera traído, incluida su guitarra.

—Me gusta tocar de vez en cuando —fue lo único que me dijo en su momento cuando apareció con ella—. Bueno, tocar me gusta siempre —se corrigió con una sonrisa sórdida y un guiño—, me refiero a la guitarra —y tocó un acorde sencillo para mí.

Por mi parte, no había mucho que llevarme más que ropa y mi cafetera nueva. Dejé atrás los muebles recogidos en la basura, la televisión rota, la cama de colchón chirriante y aquel barrio lleno de drogadictos y pandilleros y, cuando la cabaña ya apestaba mucho a Matt, nos mudamos; sin si quiera mirar atrás.

Lo celebramos con una cena rápida y un polvo salvaje en la enorme cama sobre las que habíamos dejado las sábanas del Cielo. En tan solo un par de días, no había sitio de aquella cabaña en la que no hubiéramos follado: la cocina, el sofá del salón, la ducha del baño e incluso la terraza. Ese sí que fue bastante bueno, un Rodeo al aire libre sobre el sofá de jardín de mimbre. A Matt le gustaba mucho estar allí esas calurosas noches de julio, completamente desnudo y pegado a mí mientras miraba el cielo plagado de estrellas y escuchaba los sonidos del bosque a nuestro alrededor.

A veces le oía suspirar y le miraba sonreír, con su melena de león alborotada mientras me buscaba con los labios para darme algún beso tonto y húmedo. Entonces me miraba a los ojos un par de segundos y ronroneaba, como si fuera el lobo más feliz del mundo. Después de todo, tenía razones para estarlo: seguía comiendo sus ocho *tuppers* a la noche, el trabajo en el almacén le iba bien, visitaba a sus humanos y seguían adorándole como a un dios en el Luna Llena... Matt se había arreglado muy bien la vida. En cuanto a mí, digamos que también estaba bastante feliz; vivía en una cabaña de puta madre que no tenía que pagar, el trabajo de operario de peaje era aburrido pero fácil, seguía ganando dinero con la venta de ropa usada y, además, me hinchaba a follar con un pedazo de lobo vikingo. Matt era una puta máquina sexual, incluso con todos aquellos humanos y sus noches en el Club, seguía toqueteándome y dejándose tocar todo el rato, jugando y follándome como un animal a la menor ocasión.

Un ritmo que solo se resintió durante una horrible ola de calor de agosto, cuando al genio del Alfa se le ocurrió hacer el traspaso de todo el material hacia el nuevo almacén que Matt dirigiría. El lobo se despertaba más temprano y volvía más tarde, cada día más cansado y maloliente por lo mucho que sudaba. Entraba por la puerta, dejaba las llaves en el taburete verde y venía a paso lento hacia la terraza para sentarse a mi lado con un gemido, rodearme con el brazo y besarme a forma de saludo.

—¿Te has tomado las vitaminas? —le pregunté.

—Sabes a mierda —murmuró, frotando la nariz contra mi cuello antes de aspirar su propio olor en mí—. ¿Me das un Baño de Sultán, Zack...? —me terminó preguntando.

Un «Baño de Sultán» era como había llamado a cuando le desnudaba, iba a por un caldero de agua fresca y una esponja y le «bañaba». Evidentemente, también le tocaba bastante, le besaba mucho, le hacía una mamada y le acababa montando. Se lo había hecho una noche que había llegado cansado y cachondo, pero no había tenido muchas ganas de moverse, y desde entonces me lo pedía de vez en cuando porque le volvía bastante loco. Diría que casi tanto como a mí.

—Mañana le he pedido a Fred que viniera a buscarme, así puedes llevarte el *Hyundai* al supermercado —susurró en mi oído, interrumpiendo el continuo ronroneo que le había acompañado desde el último orgasmo hasta casi el final de la inflamación.

—Mmh... —murmuré, recostado sobre su cuerpo fresco de agua, tan grande y agradable que era el acompañamiento perfecto para mi nube de relajación y placer post-follada.

—Sé que te horroriza ir solo, sin mí para guiarte y decirte todo lo que tienes que hacer... —continuó él mientras me acariciaba la espalda de arriba abajo —, pero tienes que ser valiente, Zack. Solo pregúntate: ¿qué haría el maravilloso Matt, ese pedazo de Macho que me tiene loco? Ah, sí, meter la mano en el bolsillo trasero de mi vaquero para tocarme el culo y después pararse para comerme la boca en la sección de congelados... Ah... pero ya que está allí, metería muchos helados de esos que tanto le gustan en el carrito e iría a por un par de cajas de cerveza... Es verdad...

Levanté la cabeza casi al final de aquella estúpida pantomima, solo para mirar sus ojos marrones en la penumbra y su sonrisa fina de cabrón.

—Tranquilo, Matt. Te traeré el puto helado salado y la cerveza...

El lobo gruñó con placer y se acercó para darme un beso.

—Gracias, bebé.

«Bebé (*baby* o *babe*)», era la nueva gilipollez que le había dado por llamarme ahora. Todo había empezado una tarde en la que le había tenido que hacer el desayuno en casa porque no nos daba tiempo a tomarlo fuera, se había levantado de la pequeña barra de madera que era la mesa y se había acercado para darme una caricia en el mentón, un beso rápido en los labios, y despedirse con un simple:

—Nos vemos a la mañana, bebé.

Yo me había quedado mirándole con el ceño fruncido, preguntándole si le había dado un puto derrame cerebral y estaba confuso y desorientado; pero Matt solo se había reído con una de sus profundas carcajadas y se había ido por la puerta. La segunda vez había sido después de un polvo brutal en la cama, cuando, con los morros empapados en saliva y restos de semen, me había dado un beso antes de suspirar, llevarse las manos detrás de la cabeza y mirar el techo de madera de la cabaña.

—Joder, bebé... llevaba todo el día con unas ganas de follarte que daba puto miedo —se rio— Gal no paraba de decirme: «vete a ver a Zack y relájate un poco». Pero había mucho trabajo organizando el traspaso y no pude irme antes.

Inmerso en mi nube de calma, felicidad y peste a Matt, no se me ocurrió hacer nada más que murmurar algo incomprensible y asentir con la cara hundida en su cuello. La tercera vez, me lo dijo en el trabajo, cuando apareció con el Hyundai y paró frente a la ventanilla a la espera de que me levantara del asiento y me inclinara para darnos un buen morreo húmedo. De esos más o menos cortos porque estaba de camino a algún sitio y no podía pararse demasiado.

—¿En serio, Matt? ¿No tienes suficiente de eso en la Guarida? —nos interrumpió una voz a su lado. Yo no me había dado cuenta, pero el lobo estaba acompañado de otro rubio y, para mi sorpresa, unos bonitos ojos azules.

—No le hagas caso, bebé —me dijo Matt, separando tan solo un poco los labios de los míos—. Jimmy es un envidioso pedazo de mierda...

—Jimmy ya tiene suficiente con la puta peste que sueltas, no necesita verlo también...

Matt sonrió mucho, me dio otro beso con lengua y se despidió con un guiño de esos que podrían incendiar el bosque si no tenía cuidado. La cuarta vez fue en el restaurante de la zona turística donde ahora íbamos a comprar la comida; al principio no nos habían querido por allí, pero después de hablar con el encargado y llegar a un acuerdo de casi cuatro cifras, no había tenido problema en hacernos una entrega especial con una sonrisa en su cara de cerdo.

—¿Te importaría pedirme un *tupper* más? —me susurró Matt al oído—. Me estoy quedando con un poco de hambre últimamente.

—¿Cómo que «con hambre»? —le pregunté, girando el rostro con una mirada cortante—. ¿Desde cuándo?

—Desde hace poco —respondió, acariciándome el abdomen por debajo de la camiseta y abrazándome un poco más fuerte, como si quisiera calmarme con eso—. No es culpa tuya, bebé —añadió.

—Claro que no es culpa mía —le aseguré, porque yo le daba los *tuppers* que él me pedía, ni más, ni menos. Si pasaba hambre era solo porque alguno de sus humanos le estaba dejando de dar de comer, o quizá porque no tenía tiempo para ir a verlos tanto como antes.

De todas formas, le pedí uno más, y con ese ya iban ocho que cada noche se llevaba en su bolsa de deporte en la que ponía «Ricitos de Oro». La quinta vez fue en el supermercado, cuando miraba una bolsa de café y, de pronto, me pegó más a él con su brazo en mis hombros, me dio un beso en el pelo y preguntó:

—¿Compramos mejor este café de Kenia, bebé? —le dio la vuelta para mirar el reverso.

Entonces ya era demasiado tarde para corregirle o darle importancia, así que simplemente lo dejé pasar y terminé por acostumbrarme a esa nueva broma suya.

—¿Te lo ha recomendado ese humano tuyo, Sullivan? —pregunté, mirando el precio—. Es la clase de gilipollez cara que compraría un abogado del centro.

Matt se rio y decidió meterlo en el carrito de todas formas, siguiendo adelante con su brazo alrededor de mi hombro y una sonrisa en los labios.

—Oye, bebé, ¿qué te parece si ponemos un jacuzzi en la terraza? —me preguntó a final de semana.

Matt se estaba terminando de poner una de sus camisas hawaianas en mitad del salón, que también era el vestidor porque guardábamos la ropa en las cajones

bajo las ventanas, que también eran asientos cubiertos de cojines. Para celebrar la apertura del nuevo almacén y el final del traspaso, la compañera del Alfa, una tal Kory o Kate o alguna gilipollez así, había hecho otra de sus cenitas. Matt me había pedido que le llevara hasta el centro y que después fuera a buscarle, porque iba a beber y no quería conducir borracho; por eso yo le esperaba con un pitillo en los labios y tumbado en el sofá de la terraza mientras tocaba acordes tontos en la guitarra.

—Si necesitas que alguien te masajee los cojones, puedo hacerlo yo, Matt. No necesitas gastarte mil dólares en un jacuzzi —respondí.

Su risa llegó desde el interior de la cabaña, al igual que la suave claridad de las luces metidas en botellas de cristal, otra de esas tonterías de decoración que le daban un toque a la casa. El lobo apareció por la abertura de las puertas corredizas de cristal y se detuvo frente a mí. Se había abotonado un poco la camisa porque era una cena formal, pero todavía se veía su amplio pecho por la abertura junto con su cadena plateada. Sin decir nada, apartó la guitarra, me quitó el cigarro de los dedos para darle un calada y tiró de mi muñeca para levantarme.

—Los he visto en una tienda que hay de camino al almacén y pensé que sería genial poner uno aquí —dijo cerca de mis labios mientras me metía una mano por debajo del bañador para acariciarme el culo.

—Ah... ¿y quieres traer a alguno de tus humanos para sorprenderles incluso más con un baño de burbujas? —le pregunté mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

Había sido una broma, pero el lobo frunció el ceño y me dedicó una mirada seria.

—Aquí no puede venir nadie, Zack. El jacuzzi es solo para nosotros.

—Ah... —asentí, no demasiado preocupado por su reacción seria.

Lo solucioné rápido con un par de besos con lengua y unos pocos mordiscos en su mejilla, como él hacía conmigo cuando me enfadaba. Matt era muy fácil de llevar si sabías cómo, era una de esas personas que no se enfadaban y que te daban la oportunidad de dar marcha atrás y corregirte después de una cagada.

—Bueno, si puede calentar el agua, se podría usar en invierno también —le dije.

—Oh... eso sería genial —sonrió, frotando su rostro contra el mío y ronroneando—. Entonces, ¿compramos uno?

Me encogí de hombros y le di un último beso en los labios antes de recuperar mi pitillo.

—Es tu dinero, Matt —murmuré.

Yo pagaba la comida y las compras, pero el lobo se hacía cargo del alquiler de la cabaña y todas esas cosas que decidía comprar, la mayoría caprichos tontos e innecesarios como aquel. Había dejado los diez mil dólares del «reparto de la Manada» en una caja metálica, sobre la estantería de la cocina, y yo sacaba mil trescientos cada principio de mes para hacer el ingreso del alquiler. Algo que él mismo me había pedido. Jamás tocaba ese dinero para otra cosa, pero parecía que Matt tampoco lo hacía. Simplemente, estaba allí.

Con un gruñido de felicidad, me llevó hacia el coche. Conducía yo, pero aún así puso su mano en mi muslo mientras cantaba todas las canciones, animándose bastante de camino al centro, donde aparqué en una calle repleta de todoterrenos.

Allí había una especie de hotel que, creía, era el famoso Refugio, pero no estaba del todo seguro.

—Aparca, quiero invitarte a una cerveza —me ofreció él con una sonrisa en los labios.

—No sé... —murmuré, mirando la calle. Había algunos lobos por allí que no conocía y no estaba seguro de hasta qué punto quería relacionarme con aquella panda de criminales, criminales jodidamente guapos y musculosos, pero criminales.

—Vamos, bebé —insistió, inclinándose para mordisquearme el lóbulo y besarme un poco el cuello—. Es temprano y no habrá mucha gente. Me encantaría que te tomaras una cerveza conmigo para celebrar lo del almacén.

Cogí aire y lo solté lentamente. Tenía la noche libre y tampoco es que fuera a hacer nada interesante, así que no me importó quedarme un poco más allí antes de volver a la cabaña. Aparqué el coche en el primer sitio que encontré y salí con un cigarro en los labios antes de recolocarme el bañador que Matt me había estado subiéndome con las continuas caricias. El lobo ya me estaba esperando en la acera para rodearme los hombros y, con una sonrisa y un guiño juguetón, robarme el pitillo para quedárselo él, obligándome a sacar otro para mí. Me guio hacia un edificio viejo de oficinas, con una entrada cubierta bajo la que nos detuvimos. Allí había otro grupo de lobos a los que, por suerte, reconocí.

—Ey, Cormar, Gal —les saludé junto un movimiento de cabeza.

—Hostia, Zack y Matt —respondió Cormac—. ¿No deberíais estar aún en la Guarida, o es que ya habéis asustado a todos los animales del bosque con vuestros gritos y vuestra peste y habéis venido a probar suerte en la ciudad?

—Venimos a probar suerte —afirmé—, pero ya habían salido todos espantado al ver tu mierda de perilla.

El lobo alzó la cabeza con orgullo y se pasó los dedos por la barba rizada y negra.

—A mis humanos les gusta bastante.

—¿Son tus humanos ciegos, Cormac?

—¿Lo eres tú, Zack? —me preguntó.

Matt se inclinó un poco para mirar al otro lobo por el borde superior de los ojos, entonces se señaló a sí mismo e hizo un divertido gesto de extrañeza, como diciendo: «Claro que no es ciego, está conmigo». Cormac resopló con una sonrisa antes de negar con la cabeza y llevarse el pitillo a los labios. Gal hizo un gesto rápido que alertó a los demás de la llegada de otro lobo. Matt giró el rostro y saludó con un asentimiento más profundo al enorme hombre pelirrojo que pasó directo hacia la puerta, dedicando una mirada a todos y, finalmente, a mí. Aquello se repitió más veces cuando aparecieron más lobos. Algunos se acercaban, saludaban al resto y después esperaban a que Matt les diera una especie de señal para mirarme a mí y presentarse o hablar tranquilamente. Eso me hubiera puesto de los jodidos nervios, sino fuera porque Matt no paraba de darme explicaciones a susurros discretos e íntimos.

—Es educado preguntarme primero si pueden hablar contigo, es algo de la Manada, espero que no te importe. Es como si me dijeran: «Ey, Matt, ¿este es el rubiazito que te estás follando? A lo que yo digo: «Sí, es este». «Pues que suerte

tiene de que un pedazo de Macho como tú le reviente ese precioso culo todas las noches». «Sí, lo sé, es un humano muy afortunado...»

— Me fascinan las películas que te montas tú solo, Matt...

Cuando los chicos se fueron a por una segunda ronda de cervezas y nos quedamos solos, me llevó con él a la pared, metió la mano en el bolsillo de mi cazadora y sacó la cajetilla de tabaco para repartir dos pitillos. Tras encenderlos con el *zippo*, soltó el humo y me rodeó con el brazo.

— ¿Estás bien, bebé? — susurró —. ¿Prefieres irte ya?

— Sí, estoy bien. ¿Por qué?

Se encogió de hombros, me acarició la nariz contra la suya, cerró los ojos un momento y suspiró junto con un leve ronroneo.

— No quiero que estés a disgusto, ya lo sabes. Si te pones nervioso, me lo dices...

— Lo que me pone nervioso es verte hablarme así de serio.

Matt abrió los ojos y una sonrisa se extendió por sus labios.

— Estoy serio porque te has pasado cuarenta minutos seguidos sin tocarme la polla, debe ser un nuevo récord personal...

Bajé la mano y le apreté la entrepierna abultada de una forma nada sutil.

— ¿Mejor? — le pregunté.

Matt sonrió mucho, mostrando sus preciosos dientes blancos de colmillos anchos.

Iba a decir algo, pero vio algo a mis espaldas y me hizo una leve señal.

— Ese es Carl, Tercer Beta de la Manada, y el que va con él es Pol, uno de mis chicos del almacén.

— ¿Es al que una humana casi le mete nata por la polla?

Matt se rio y asintió, llevándose el pitillo a los labios. No me había parado a pensar en los muchos lobos que conocía, no de vista, pero sí de las historias que Matt me contaba o de comentarios que hacía sobre ellos. Sabía quienes le caían bien y quienes no, aunque él se llevara educadamente con todos y bromeara con ellos. Carl, el Beta rubio de ojos de caramelo, no le caía demasiado bien. Matt siempre se quejaba de que no paraba de darle problemas porque era el encargado de organizar a los Machos y nunca le enviaba suficientes para el almacén; él creía que lo hacía a propósito porque le tenía envidia del éxito que tenía el lobo vikingo en el Luna Llena.

— ¡Vaya, así que este es el famoso Zack! — exclamo Carl, acercándose a nosotros para echarme un vistazo de arriba abajo — Eres una leyenda por aquí, Zack — me dijo —. Debes pasarte la mitad de la noche preparando *tuppers* y la otra mitad montándole la polla a Matt. Sino, no me explico cómo puede apestar así — y se rio.

Iba a responder, porque, aunque había sonado duro, había un tono de humor por debajo. No era la primera broma que me hacían sobre lo mucho que olía Matt ahora a «Macho muy feliz». Jimmy, Cormac, Ash, Finn o Don ya me habían hecho comentarios parecidos cuando pasaban por el peaje. Sin embargo, un gruñido grave y ronco se adelantó. Matt miraba a Carl con expresión muy seria, esa que daba miedo. El Beta arqueó las cejas y retrocedió un poco, alzando las manos como si pidiera disculpas.

— No lo sabía — murmuró.

— ¿Y tampoco lo hueles? — preguntó él con un tono seco que jamás le había oído.

Carl aspiró un poco y emitió un gruñido de entendimiento. Asintió y agachó un poco la cabeza, un gesto de sometimiento ante el error que parecía haber cometido.

—Perdona, Zack —se disculpó, miró a Matt un momento más y volvió a asentir antes de marcharse hacia el interior.

—Tranquilo, Matt —murmuró Pol, que había sido testigo silencioso de todo aquello—. Ha sido solo un error.

—Lo ha hecho a propósito —respondió, bastante convencido de sus palabras—. ¿Todos lo han olido menos él, Pol? Porque no es que sea nada sutil...

Pol gruñó por lo bajo, indeciso. Al parecer, fuera lo que fuera, era lo suficiente obvio para que todos se dieran cuenta. Yo no dije nada, me quedé allí con la espalda apoyada sobre el pecho de Matt, me tomé la otra cerveza que trajeron los chicos, me fumé otro pitillo y me fui cuando el lobo vikingo me susurró al oído:

—Va a empezar la fiesta. Estate atento al móvil, me pongo algo tonto cuando bebo y voy a necesitar una Mamambulancia.

Me reí. «Mamambulancia» era como llamábamos al sexo apresurado para bajar el calentón. Había empezado con las mamadas en el coche, por eso lo de «mamada-ambulancia», pero incluía todo tipo de sexo que practicábamos más a prisa y directo de lo normal.

—De acuerdo —me despedí con un beso húmedo y Matt añadió una caricia en mi mentón y un guiño del ojo; sin importarle que los demás lobos estuvieran delante.

Fui al Hyundai, puse algo de música de verdad, una que no tuviera veinte años, me saqué otro pitillo y conduje hacia casa sumergido en lo profundo de mis pensamientos. El tiempo pasaba y el lobo seguía con sus secretos y sus medias verdades, como siempre. Había escondido algo con aquella invitación para «una copa». Estaba seguro de ello, como estaba seguro de que llamaba a la cabaña «su Guarida» a mis espaldas, porque, aunque nunca lo hubiera hecho delante de mí, los demás lobo no paraban de hacerlo y a Matt no parecía importarle.

Matt había sido muy sutil, se lo había montado muy bien y había ido dando pequeños pasos, con cada nueva cosa que traía a mi casa, gota a gota, hasta llenar el vaso. Entonces, ¡zas! Ahora era su Guarida, todo apeataba a él y yo no me había dado cuenta. O quizá eso era lo que el lobo se creía, pero yo no era tan gilipollas para no haberme dado cuenta ya de que todo aquello no era normal. Y no me preocupaba tenerle cerca, porque esa había sido una decisión mía. No le daba ocho putos *tuppers* y le mimaba como a un jodido cerdo por nada. Lo hacía por mí. Porque follar con Matt era una pasada y me divertía muchísimo, además del dinero que estaba sacando por su ropa usada.

Así que el problema no era que Matt hubiera decidido tener una Guarida conmigo, el problema era que el lobo nunca hablaba con claridad de lo que quería o lo que buscaba. *Eso* era lo único que no me gustaba de él. Sus putos planes secretos y sus jodidas peticiones con motivos escondidos. Haberme llevado a «tomar una copa» solo había sido el detonante de una larga lista de cosas que percibía en él y que me preocupaban demasiado como para ignorarlas. Por eso, esa noche, cuando aparqué frente a la cabaña y apagué la música, me planteé

muy seriamente coger mis cosas y largarme de allí para siempre. Ya lo había hecho antes y podía hacerlo ahora.

Y de pronto, sonó una campana de mensaje y la pantalla del coche brilló con una notificación.

No sé si creéis en las señales divinas. Yo no creo en esas gilipolleces, pero lo digo porque, si lo hacéis, quizá creáis que ese momento fue una especie de retorcida intervención de Dios, Alá, Buda o yo que coño sé. El lobo siempre silenciaba las notificaciones cuando yo iba con él en el coche y nunca miraba el móvil más que para leerlas rápidamente y ver si había algo importante. Pero dio la casualidad de que aquella noche, al conducir yo, se había olvidado de hacerlo, y dio la casualidad de que se trataba de un mensaje de Sheila, una de las humanas de Matt, y dio la casualidad de que, al deslizar la pantalla hacia abajo para leerla, apareciera una foto de una preciosa mujer con piercing en la lengua y unas enormes tetas que el sujetador de encaje apenas era capaz de contener. Solo había una frase de texto: «¿Vienes a cenarlas esta noche para celebrar ese ascenso?».

Me quedé mirando las tetas un momento, después deslicé la pantalla para cerrar los mensajes y miré al frente. ¿Cómo me sentí? Aliviado. Tomé una profunda respiración y cerré los ojos, soltando el aire por entre los labios mientras me recostaba en el asiento. Por un momento había llegado a pensar que Matt había sido un cabrón egoísta y había decidido meterme de cabeza en algo que yo ni buscaba ni quería; y, aun por encima, engañándome y manipulándome para ello. Pero sabía que no podía ser, porque los omegas del foro siempre se quejaban de que sus lobos seguían viendo a sus demás humanos, y eso significaba que no habían alcanzado ese punto tan importante, ese que podría desarrollar una relación peligrosa y sin retorno.

Entonces me reí, de mí mismo y de lo gilipollas que había sido. La verdad es que sonaba un poco prepotente y soberbio asumir que Matt se hubiera enamorado de mí, pero, en parte, era lo que temía que hubiera pasado. Lo de los apodos cariñosos, las constantes muestras de cariño y la forma en la que a veces me miraba, habían conseguido confundirme por completo. Me había olvidado de que Matt era Matt, y del «*Oops!... I Did It Again*». Quizá a eso se refería, a que se ponía mimoso con sus humanos y al final les confundía cuando realmente nada había cambiado para él.

Salí del coche y fui hacia la cabaña, entrando en aquella atmósfera que apestaba a ese sudor cálido y tan agradable. Me fui a preparar un café con hielo en la máquina y me lo llevé junto con un cigarro a la terraza, dejándome caer en el sofá de jardín antes de cruzar los tobillos sobre la mesa baja. Con el vaso y el pitillo en una mano y el móvil en la otra, entré en esa sección del Foro sobre Vínculos que nunca me había molestado ni en mirar.

Evidentemente, Matt y yo teníamos un Vínculo desarrollado porque había una Guarida de por medio. Así que me salté las primeras etapas y fui directo a donde ponía Vínculo Mixto. Resultaba que todo lo que estaba pasando entre nosotros no era para nada extraño: alta impregnación, numerosas marcas, muestras de cariño, leve cercanía a la Manada y muchísimo sexo, pero visitando a otros humanos, lo que quería decir que la relación no era romántica, sino más bien muy cercana e íntima, aunque no estrictamente sentimental. Ese vínculo era el más

largo y difícil de superar, podía ir hacia delante, estancarse para siempre, o, simplemente, desaparecer con el tiempo. No era determinante y no tenía por qué significar nada, solo que al Macho le gustabas mucho y se sentía muy cómodo a tu lado. Había demasiados anexos y variantes de lo mismo, pero todo se reducía al hecho de que tenías un lobo follamigo que cuidaba de ti porque tú cuidabas de él. Fin.

Una llamada me sorprendió en mitad de mi pequeña pausa para prepararme un segundo café. Con una leve sonrisa, respondí:

– Buenas noches, aquí el servicio de Mamambulancias, ¿en qué puedo ayudarle? Una ruidosa risa se oyó al otro lado.

– Buenas noches, sí, me encantaría que me enviarán una mamambulancia urgente al centro de la ciudad – respondió Matt con la voz algo aletargada por el alcohol. Nunca bebía mucho, pero aquella era una ocasión especial y debía haberse tomado varias cervezas de más—. ¿Podrías enviar a ese pedazo de cabrón rubiazo con tatuajes? Me pone terriblemente cachondo... Ah, y advertirle de que va a ser muy sucio y que venga preparado para una buena peste a Macho.

– Lo siento, ese rubiazo está ocupado con otro servicio ahora mismo.

Se produjo un breve silencio y entonces oí un profundo gruñido de enfado.

– Vale, Zack. Eso no me ha hecho ni puta gracia.

Pero yo me reí, fui en busca de las llaves del coche sobre la barra de la cocina y le dije:

– Era broma, Matt. Por cierto –añadí, de forma muy casual y nada intencionada—. Te saltó una notificación en el coche, creo que era de Sheila.

– Oh... ¿Y qué decía?

– No lo sé, Matt, no la miré.

– A ver... –oí como el lobo se apartaba el móvil del rostro para revisar los mensajes, porque seguía hablando solo en voz baja y lejana hasta que, cuando ya estuve en el coche, me dijo—: Me ha enviado una foto de sus tetas y me ha felicitado por el «ascenso».

– Uh... –murmuré, fingiendo estar impresionado. Arranqué el motor, puse el manos libres y empecé a conducir mientras le preguntaba—. ¿Quieres dejar lo de la Mamambulancia y pedir un servicio de chofer?

– No, quiero la mamambulancia. Ya iré a ver a Sheila en otro momento.

– Bien, pues estoy de camino, en veinte minutos llego.

– Mmh... No sé si podré mantenerme despierto tanto tiempo. Oye, bebé, ¿por qué no me vas describiendo lo que quieres hacerme...?

– Buff... No tienes ni idea lo que voy a hacerte, Matt.

– ¿No...? ¿Y qué es...? –su voz se volvió más baja y golosa mientras su respiración se aceleraba y jadeaba un poco al teléfono—. Joder, ¿es un Baño Cerdo? ¿Un 2x1? No, un Picnic Sudoroso. Oh... ya sé, Un Rodeo Blanco... –concluyó antes de gruñir de pura excitación—. Todo un clásico...

Yo sonreía y conducía a ciento veinte por hora, escuchando como Matt se excitaba a si mismo solo con pensar en cual de nuestros muchos juegos iba a usar esa noche con él. Agh..., aunque me joda un poco reconocerlo, Matt me hacía muy feliz. Nuestros tonteos, nuestras bromas y aquella relación juguetona y divertida que compartíamos me gustaban demasiado. Y, aunque hubiera estado a punto

de huir, me preocupaba el día en que volviera a estar solo, el día en el que Matt encontrara a un humano mejor, quizá hasta a un compañero, y yo tuviera que pasar otra vez por la abstinencia y la soledad. Me aterraba pensar que el lobo estaba llenando rápidamente aquel pozo oscuro y profundo que era mi vida, y que, cuando se fuera, solo dejaría tras de sí un abismo más grande del que ya había.

Pero, por el momento, lo disfrutaría lo más posible. Sin tonterías y sin límites, porque angustiarse por el futuro solo amarga el presente, y el presente era demasiado dulce, demasiado fácil y demasiado divertido. Como Matt.

## OLOR A MACHO MUY FELIZ

Septiembre llegó con muchas malas noticias y una buena, lo que era un sutil cambio con respecto a mi vida, donde normalmente solo había malas noticias. La última semana de julio llegó el final de mi contrato de operario de peaje y no quisieron extenderlo más, quizá por las constantes quejas de los conductores sobre mis respuestas cortantes y mi mala actitud. No podía culparles, después de todo, no era la primera vez que se creaba una cola porque yo estaba con Matt follando o manoseándonos en alguna parte.

— ¡Llevo esperando cuarenta putos minutos! — me gritaban indignados. A lo que yo siempre respondía:

— Estaba cagando.

De todas formas, el lobo me ayudó a encontrar un empleo rápidamente. Bueno, en realidad me lo encontré yo mismo, pero él intercedió para que se hiciera realidad. Matt siempre me decía que sus Machos del almacén perdían mucho tiempo yendo a buscar comida y que eso ralentizaba los envíos. A lo que yo le sugerí dulcemente que contratara a un puñetero servicio de cáterin, que le llevaran allí la comida y que dejara de darme por el culo con el tema mientras disfrutaba de mi momento perfecto tras otro pedazo de polvo en el jacuzzi. Había creído que esa enorme bañera de exteriores era solo un capricho tonto del lobo y que me sería del todo indiferente, pero me equivoqué. Manosearnos allí mientras bebíamos cerveza y fumábamos se había convertido en uno de los grandes placeres de mi vida; uno entre muchos otros; como cuando estábamos en la terraza de la cafetería, sentados uno frente al otro en el mismo banco, en esa posición que nos permitía estar muy pegados y compartir un pitillo, besos y caricias mientras nos terminábamos el café.

— Ey, bebé, ¿a qué no sabes que Macho enorme, fuerte, con una melena increíble y al que te encanta comerle la polla, te ha conseguido un trabajo? — me preguntó en una ocasión de esas tras mirar un mensaje que le acababa de llegar al móvil.

— No sé..., ¿Pol? — pregunté a la altura de su cuello.

Matt bajó un poco el rostro para dedicarme una mirada seria. Con una fina sonrisa en los labios, me aparté lo suficiente para responder a sus ojos marrones. Moví uno de los brazos con el que le rodeaba el cuello y le re Coloqué tras la oreja un mechón rebelde que se le había escapado del moño improvisado que se había hecho aquella tarde tras salir de la ducha.

— Dime, león, ¿qué trabajo me has conseguido? — le pregunté.

Matt siguió mirándome un par de segundo más y, tras un grave gruñido para advertirme de que aquellas bromas seguían sin hacerle gracia, respondió:

— He hablado con Dorian sobre tu idea del cáterin para el almacén, le ha gustado bastante, pero no quiere que ningún extraño se acerque demasiado, así que le dije de que tú estabas desocupado y que podrías encargarte. La Manada te dará un buen sueldo y, además, podrás venir a verme.

— Así que te las has apañado para matar dos pájaros de un tiro: dar de comer a tus chicos y vaciarte las pelotas a la vez — concluí antes de asentir varias veces — . Eres un puto genio, león.

Matt sonrió, se relamió un poco los labios y me besó suavemente.

—Solo estaba pensando en ti, bebé... —susurró sin separarse demasiado—. Que dé la casualidad de que pueda follarte un poquito más a mitad de la noche, solo es una maravillosa coincidencia...

—Ya... —murmuré, pegando mi rostro al suyo antes de gruñir un poco por lo bajo, porque aquel puto lobo era mi mayor debilidad y no había nada que hiciera que no me pusiera cachondo. Tomé una respiración de aquella peste a sudor densa y cálida y suspiré de pura felicidad—. ¿Y cómo se supone que voy a llevar la comida? ¿En bicicleta?

Matt se rio y negó, rozando su frente contra la mía. Además de un trabajo nuevo, el lobo me consiguió una furgoneta de reparto para poder hacer el recorrido de casi una hora que tardaba en ir al centro y, una vez con todo, llevarlo de vuelta a *Valley Industrial* para dejarlo en el almacén. La primera vez, Matt me estaba esperando junto a un lobo viejo y de enorme barba de Santa Claus, al cual le dijo algo antes de abrir la verja para dejarme entrar. Todavía estaba bajando del furgón cuando Matt me cogió en brazos y me metió la lengua.

—Lo siento, bebé, pero no puedes entrar en el almacén —me dijo cuando estuvimos a solas, después echó un rápido vistazo alrededor y se inclinó para susurrarme al oído—: En teoría el furgón es de la Manada, pero nos aseguraremos de que huela bien a mí... —y me guiñó un ojo.

—¡Joder! ¡Aquí viene la comida, Matt! —exclamó al siguiente día el lobo viejo que, al parecer, iba a ser el encargado de abrirme la puerta y llevarse los *tuppers* al interior.

Matt se encogió de hombros con una expresión de morritos, como si fuera un pobre inocente que no se hubiera dado cuenta de que follarse en aquella parte trasera iba a dejar una enorme peste.

—Es Zack, Max, sabes que no puedo evitarlo...

A partir de entonces tuve que ser yo el que descargara las cajas y las dejara sobre el altillo de cemento mientras el lobo viejo, Max, esperaba de brazos cruzados y expresión seria, porque se negaba a acercarse a más de un metro del furgón.

—Al menos podías ayudarme a medio camino, ¿no crees, viejo? —le dije yo con una expresión seria y algo acalorado por tener que cargar el peso bajo la calurosa noche de septiembre.

—No. Si Matt ha ido de listo y ha reclamado la furgoneta, ahora es solo vuestro problema.

Puse los ojos en blanco y me mordí la lengua para no soltar algo que no debería decir. Había tomado la decisión de no hacer preguntas, no meterme donde no me llamaban y no preocuparme de nada más que de mi trabajo, la Guarida y Matt. Quien seguía pidiéndome cosas de esa forma tan indirecta y estúpida.

—Oye, bebé, sería genial si trajeras un par de cervezas frías con los *tuppers*, para los chicos —me dijo una noche, tumbado en la parte de atrás de la furgoneta—. Ah, y deberíamos comprar una colchoneta o algo, sería más cómodo que hacerlo sobre esta mierda de suelo —añadió, apartando una mano de mi espalda sudada para tocar la esterilla que cubría el suelo del furgón.

¿Y qué hizo el bebé? Empezar a comprar cervezas para los chicos del almacén y una esterilla acolchada para el enorme lobo que le follaba, como mínimo, tres o cuatro veces a la noche.

—Ey, bebé, mañana Katy ha organizado una cena en un local de la Manada — me dijo en la cama, con los ojos cerrados y las manos detrás de la cabeza mientras le acariciaba el pelo y disfrutábamos de la inflamación—. No es nada serio, solo para darle de comer al pobre de Sam, ya sabes...

—¿Daisy sigue sin cuidarle bien? —murmuré, no demasiado alto porque tenía la cara hundida en su cuello.

—Sí... Bueno, nadie dice nada y Sam no para de repetir que no hay ningún problema, pero por lo preocupado que andan Tim y Dorian, está claro que algo no va bien. Creo... —se detuvo, movió las manos para abrazarme un poco más fuerte de lo habitual y movió el rostro para susurrarme —: creo que Daisy lo está haciendo a propósito...

Tomé una bocanada de aire y levanté el rostro para poder mirarle a los ojos.

—Claro que lo está haciendo a propósito, león —le dije—. Y dudo que vaya a parar.

Matt frunció el ceño y puso una mueca de tristeza y preocupación.

—¿Por qué se iba a hacer eso? Sam es su Macho, ¿por qué querría hacerle sufrir?

—Ese es el problema, Matt, puede que Daisy no quiera un Macho.

Matt bajó la mirada, apretó las comisuras de sus labios y me llevó con él hacia un lado, con cuidado de no sacarla y no hacernos daño. Una vez sobre mí, acercó su rostro y rozó nuestras narices, creando esa especie de pequeño universo, íntimo y cálido. Yo le rodeaba el cuello y él me rodeaba la cabeza, derramando su frondosa melena de color caramelo que caía en cascadas como una cortina que nos separara del resto del mundo. Entonces me dio un beso suave con sus labios todavía algo pringosos y me miró en silencio. Matt solo se ponía así cuando tenía algo serio que decir o algo le preocupaba y quería hablarlo conmigo.

—A veces mis humanos dejaban de darme de comer, no me abrían la puerta o desaparecían sin más. A veces llegaba a sus casas y ya no olía a mí por ninguna parte —susurró—. Me sentía como un completo extraño, perdido y solo. Me confundía mucho porque ellos eran muy buenos conmigo y, de pronto, me escupían a la cara. No... no es nada agradable y no me puedo ni imaginar lo doloroso que sería que un compañero te hiciera algo así.

Era una putada que Daisy le hubiera hecho aquello a Sam, sin duda, porque yo ya había hablado con el lobo triste y delgado y sabía perfectamente que no era de los que tenían veinte humanos en lista y visitaba el Luna Llena cada semana para buscar más; o sea, que no era un lobo como Matt. Sino del tipo romántico y fiel cuyas intenciones se podían ver venir a kilómetros de distancia. Daisy no tenía ninguna excusa para decir que «había sido una sorpresa» o que «no sabía lo que hacía», cuando todas las señales estaban allí, frente a sus ojos, y las alarmas de peligro resonaban tan alto que tenían que haberla dejado sorda.

—Quizá me equivoque —murmuré sin embargo, porque la verdad era algo que Matt simplemente no comprendería—. Seguro que Katy va a hablar con ella y todo se soluciona. No te preocupes, león.

Matt me miró un momento más antes de bajar el rostro y acariciarme la mejilla con un ronroneo y un agradable picor debido al roce de nuestras barbas.

—Entonces, ¿vienes mañana conmigo a la cena? —me susurró al oído.

Murmuré una leve afirmación.

—Me ahorraré el dinero de dos *tuppers*...

Matt se rio, me mordisqueó la mejilla y sacó la polla de dentro, ya desinflamada, para rodearme con los brazos y dormirse como más le gustaba: muy pegado a mí. A la noche siguiente, tras el polvo de primera hora y la ducha, nos pusimos lo que ambos considerábamos ropa elegante, o sea, camisa y un bañador, para ir a la cena. Aquella no era la primera «cena de Sam» a la que iba, porque después de la fiesta de celebración por el nuevo almacén, Matt ya me había pedido un par de veces que le acompañara a más de esas gilipolleces. Estaba bastante seguro de que lo hacía para poder entretenerse, tocarme y tontear discretamente conmigo y así pasar el rato. Y yo nunca decía que no a comer gratis y manosearme con Matt. Es verdad que tenía que aguantar un poco de cháchara insulsa con algunos lobos o incluso sus compañeros, pero eso solo era un mal menor que había que soportar.

Y si estáis pensando que debería preocuparme de estar en cenas con compañeros, os equivocáis, porque aquellos no eran «eventos de la Manada»; a esas cosas yo no podía ir y Matt jamás me invitaba. Yo solo acudía a cenas tontas, reuniones estúpidas o, quizá, un poco antes o un poco después de que los verdaderos eventos empezaran o terminaran. Era completamente normal, ya que yo era el «humano de su Guarida» y tenía algunos privilegios como aquel. Además de poder follarme a Matt todo lo que quisiera, digo, porque aquel era el único privilegio que me importaba. Aún así, era divertido ir. Matt siempre ponía música a todo volumen y se animaba mucho cantando.

*You follow what you feel inside  
It's intuitive, you don't have to try  
It comes naturally, mm, it comes naturally  
And it takes my breath away  
What you do so naturally...*

—No voy a cantar nada de Selena Gomez — me negué en rotundo—. Además, no es de los 2000.

*You are the thunder and I am the lightning  
And I love the way you know who you are  
And to me it's exciting  
When you know it's meant to be  
Everything comes naturally  
When you're with me, baby...*

Continuó mientras me miraba. Yo ponía los ojos en blanco y seguía fumando por la ventana. A veces a Matt le gustaba vacilarme con ese tipo de canciones, como si se tratara de otra de nuestras bromas. Después del animado viaje, nos tomábamos unas cervezas con los chicos, bromeábamos un poco y entonces me iba antes de que la fiesta real empezara, a la espera de que Matt me llamara para pedir una mamambulancia urgente.

En aquella ocasión, sin embargo, me quedé, ya que no era «de la Manada» y solo estaban Pol, Roi, su compañera, Dorian, Katy y, por supuesto, Sam. Cuando entramos en la especie de pizzería de los sesenta, fruncí el ceño y eché un rápido vistazo para decir:

—Creía que Halloween era el mes que viene...

El lobo se rio, haciendo vibrar su pecho contra mi espalda, pero, con su mano metida por la abertura de mi camisa, me apretó un poco más y me susurró al oído:

—Pórtate bien, bebé, están el Alfa y Katy.

Puse los ojos en blanco, pero cuando nos acercamos a saludarlos, como la etiqueta lobuna requería, fui educado y breve. Ambos apestaban que daban asco, un olor fuerte, denso y agrio que me costaba un poco soportar, nada parecido al maravilloso y cálido sudor de Matt. Katy me parecía un poco tonta, o al menos, odiaba como forzaba ese buen humor constante como si fuera la mujercita perfecta; pero Dorian, el Alfa, no me caía mal. Tenía un humor tan retorcido como el de Matt y el mío y ya me había felicitado por mis buenas ideas en el almacén, así que además sabía apreciar lo bueno.

—La primera buena idea es gratis —le había dicho, guiñándole un ojo, una horrible costumbre que el puto Matt me había pegado; pero el lobo me dio un apretón y añadió rápidamente—: Gracias por haberme invitado...

—Mis Machos me han dicho que ahora les llevas cerveza, tabaco o cosas que te piden, Zack —me dijo aquella noche. Como no había nadie de mayor rango que Matt, fuimos los que nos sentamos a su lado, algo que no sucedía si estaban Tim, Ben o Carl allí—. Puedes incluir las facturas junto a las de las comidas y la Manada te las pagará.

—Eso estaba haciendo —le aseguré—. Te daré las facturas a final de mes. Pero, solo para que lo sepas —añadí—, *Nike* y *Adidas* son solo como se llaman los locales en los que paro a comprar tabaco, cerveza y café para los chicos... por si ves algunas facturas de esos sitios entre las demás.

Dorian elevó una comisura de los labios y se quedó en silencio mientras Katy y la compañera de Roi terminaban de repartir la comida. Como yo solo era «el humano de la Guarida», no tenía que hacer aquellas mierdas. Era maravilloso, ¿verdad? Todo el sexo y cero responsabilidades... Cuando los lobos dejaron de comer como putos cerdos y llegaron los postres, Matt y yo salimos a fumar afuera, dándonos un par de besos y roces indiscretos mientras tanto. En mitad de aquello nos interrumpió Dorian, que se quedó de brazos cruzados a la espera de que yo dejara de agarrar el enorme bulto carnoso de la entrepierna de Matt, y que él sacara la mano del interior de mi bañador. El lobo vikingo se aclaró entonces la garganta, se puso recto y me rodeó con los brazos antes de decir con tono serio:

—¿Ha ocurrido algo, Dorian?

—Sí, quería hablar con vosotros de algo —respondió el Alfa—. No quiero meterme en vuestra vida ni en vuestras cosas, pero tenéis que dejar de hacerlo en el furgón de repartos. Los Machos tienen razón en eso, ahí se pone la comida y vosotros... oléis muy fuerte. Es antihigiénico —nos miraba un poco a ambos, pero terminó por fijar la vista en Matt para decirle—. Puedes llevar a Zack a tu despacho, pero... con cuidado.

Matt asintió lentamente y el Alfa le respondió de la misma forma antes de darse la vuelta y volver por donde había venido. Entonces el lobo sonrió muchísimo y me dio la vuelta para besarme.

—¿Sabes lo que significa eso? —me preguntó.

—Sí, que se aproxima un Rodeo Blanco debajo de la mesa de tu despacho.

Matt se rio y terminó guiñándome un ojo al decir:

—Se aproximan muchas cosas, bebé...

Evidentemente, a la noche siguiente Matt no dudó en salir a ir a buscarme a la furgoneta y llevarme con él hacia el interior del almacén. No había mucho que decir, la verdad: era un sitio enorme, estaba lleno de cajas, estanterías, carretillas elevadoras y lobos. Matt me hizo un tour rápido, saludé a un par de Machos a los que conocía y ellos me saludaron de vuelta, hasta que, finalmente, el lobo vikingo me llevó por unas escaleras que ascendían a un pequeño pasillo. Allí estaba su despacho, con vistas al resto de la nave, un escritorio con ordenador y papeleo y un sofá.

—Así que aquí es donde finges trabajar... —murmuré.

Matt se rio, pero no tardó en pegarse a mi espalda y lamerme el cuello con un gruñido de excitación y placer.

—He aprendido del mejor... —me susurró al oído—. Entonces... ¿qué decías ayer de un Rodeo Blanco en el escritorio...?

En ese despacho pasaron muchas cosas. En el escritorio pasaron muchas cosas; encima y debajo de él. En el sofá de la pared pasaron muchas cosas. En el suelo de moqueta gris pasaron muchas cosas... Tantas que Matt tuvo que instalar persianas en los ventanales. Pero, para ser justos, el Celo de octubre estaba a la vuelta de la esquina. El lobo se empezó a poner cada vez más y más cachondo mientras las hormonas se revolucionaban dentro de él y le volvían másapestoso y hambriento de lo normal.

—Coge dinero de la caja para pagar las cosas del Celo, bebé —me dijo mientras desayunábamos en la Guarida. Aquella mañana tenía que ir antes al almacén, así que le había hecho yo los huevos revueltos, la panceta, las salchichas, los *pancakes* y el café con leche.

Le serví el enorme plato y fui a por un pitillo a la cajetilla. Ya no sabía si era la mía o la suya.

—¿Vas a pasarlo aquí, entonces? —pregunté, encendiéndome el cigarro.

El lobo levantó la vista del plato que había estado mirando casi con adoración.

—Sí, claro —murmuró.

Me encogí de hombros y eché el humo a un lado. Ya no me importaba fumar dentro porque las puertas de la terraza siempre estaban abiertas al tope.

—Y yo qué coño sabía, quizá te ibas con Selene, o Charls, o Viviane, o Sarah, o Paul, o...

—No —me interrumpió—, lo pasaré aquí, bebé.

—Muy bien, león —concluí, señalando el plato—. Cómelo antes de que se enfríe. A tres días del Celo no había comprado nada todavía porque había supuesto que Matt iría al Celo con alguno de sus otros humanos, pero quizá ninguno de los nuevos le convencía y prefería tomar la respuesta fácil: yo. No fue realmente un problema, solo un pequeño asunto inesperado que resolví rápidamente en uno de mis viajes en furgoneta. Me detuve a comprar todo lo necesario junto las cosas del almacén y lo llevé a la Guarida. Cuando Matt subió las escaleras y vio los seis bidones de agua y el cargamento de bebidas energéticas y barritas, se quedó con las cejas arqueadas y se volvió para mirarme.

—¿Te has preparado para el Celo o para una guerra nuclear? —me preguntó.

Me reí, haciéndole uno de nuestros gestos para confirmarle que esa broma me había gustado bastante. El lobo sonrió y se echó en la cama. No le gustaba estar de pie en el altillo porque el techo de la cabaña se lo impedía, así que siempre iba encogido y se apresuraba a tumbarse en el colchón. A mí me gustaba aquel espacio recogido e íntimo, pero temía que un día las tablas cedieran en uno de nuestros polvos salvajes y nos cayéramos al suelo.

—El otro Celo se alargó más de lo que esperaba y pasé bastante hambre —le expliqué, tumbándome a su lado antes de taparnos con la sábana fina de verano y alargar el brazo para activar el ventilador.

—No es mi culpa que contigo tenga Celos largos —murmuró, rodeándome con los brazos antes de pegar el rostro a mi pelo y ronronear—. Eso no lo puedo controlar...

Así que aquella primera semana de agosto fue algo precipitada. Los Machos con compañero dejaron de venir al almacén mientras que los Machos solteros no paraban de salir y ausentarse durante horas para ir a ver a sus humanos. Eso produjo un ambiente mucho más relajado que me permitió quedarme en el despacho de Matt durante más tiempo del habitual y, como ya os dije, hincharnos a follar por todas partes. El último día no nos movimos de la Guarida, donde Matt siempre me abrazaba tras otras de mis numerosas visitas al baño. «Gracias, bebé...», me decía siempre, acariciándome y ronroneando en mi pelo como si eso fuera a compensar el sufrimiento agónico de la lavativa profunda. Entonces, a media mañana y de forma tan repentina como la primera vez, Matt abrió los ojos tras una pequeña siesta en el sofá de la terraza, me miró fijamente y gruñó:

—Zack...

Entonces me agarró con fuerza y tiró de mi como un energúmeno dirección a la cabaña. Fue un poco gracioso; gracioso al pensarlo ahora, en su momento me enfadó bastante; cuando un Matt irracional y sobreexcitado, con la polla dura como una piedra y goteando líquido preseminal sin parar, se puso como un loco porque no era capaz de subir las escaleras de mano y seguir agarrándome del cuello y la muñeca a la vez. Tras varios intentos, le grité, le aparté de un puto codazo y subí primero, seguido apresuradamente por el lobo, quien se echó sobre mí nada más alcanzar la cama y me la metió de un golpe.

El segundo Celo fue muy parecido al primero, pero en un colchón más grande, con ventiladores que daban un poco de aire y una mayor consciencia entre el día y la noche. En el altillo había persianas para tapar la cristalera que había allí, pero desde el piso de abajo llegaba una soleada claridad cuando era de día y una mortecina luz pálida de luna cuando era de noche. ¿Eso me ayudó a conseguir contar los días? No, porque al final perdí igualmente el concepto del tiempo, solo medido por los bidones de agua que iban bajando a medida que Matt los bebía con desesperación mientras hacía todo lo posible por no separarme de él. Incluso en una ocasión el lobo trató de beber y follarme a la vez, manchándonos por completo de agua. Yo estaba de frente y me quedé mirándole como si nada, demasiado desfasado y aturdido ya como para reflexionar sobre ello. Lo que sí eche de menos fue tener el baño más cerca, porque tener que bajar y subir la escalera de mano se convirtió en una especie de infierno para mí. Ya me dolía todo el cuerpo de los constantes apretones, mordiscos y moratones que Matt me

hacía, como para aún por encima tener que esforzarme por escalar después de haberme pasado diez minutos cagando semen de lobo.

Aún así, todo llegó a su fin en algún momento de la tarde, cuando sentí un movimiento a mi lado y un jadeo que decía con voz ronca: «Oh... joder...». Con un gruñidito de queja, Matt se volvió hacia mí y me dio un beso en la mejilla antes de abrazarme.

— ¿Bebé? — me llamó con voz ronca. Cuando respondí con un murmullo bajo, me dijo —: ¿Qué tal estás? Huele a que he hecho un gran trabajo este Celo... — y le oí reírse un poco, aspirando mi pelo sucio antes de ronronear como un león de la sabana. Uno de esos que aparecían en los documentales que tanto le gustaban.

— Sí, este Celo te luciste — le dije.

Matt no entendió la ironía y me abrazó más fuerte para frotar el rostro contra mi sien. Ambos estábamos hechos un asco y apestábamos como nunca, pero él tenía la melena grasienta y algo apelmazada de tanto sudar y la barba más larga de lo habitual. Pero, antes de preocuparnos por la cuestionable higiene personal del lobo, lo primero fue solucionar el intenso rugido de tripas que nos interrumpió en la cama. Ya había contado con ello y, junto con mis cosas, también me había hecho con una buena cantidad de comida precocinada; ya que los repartidores no entregaban en cabañas perdidas en mitad del bosque, por muy caras y lujosas que fueran. Fui calentando paquete tras paquete, un poco de todo, para servirselo al lobo hambriento hasta que quedó tan lleno que le costó andar. Entonces le llevé hacia la terraza, activé el jacuzzi para que fuera caldeando un poco el agua y le di un pitillo, que aceptó con una enorme sonrisa en sus labios manchados de grasa y salsa.

— ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado? — preguntó cuando se lo encendí con el *zippo*.

— Otros cuatro días.

— Bien, ya contaba con ello. Le dije a Bob que se encargara todo en mi ausencia.

— Ven, vamos a lavarnos, tienes esa melena que da asco, león.

Tardamos hasta el anochecer en volver a ser personas, cuando Matt salió de una segunda ducha en el baño para ir a buscar la ropa en las cajoneras.

— ¿Y los envases de barritas y refrescos que hay tirados en el baño, bebé?

— Eso es porque aprovechaba para comer mientras echaba los litros de semen que me metías dentro. Es como mear corrida por el culo mientras tratas de recordar cuantas veces ha pasado ya.

— Vale... — murmuró, terminándose de poner la camisa mientras caminaba hacia mí. Me rodeó con los brazos antes de pegarse, ronronear un poco y decirme —: Hay cosas del Celo que creo que no quiero saber, bebé... Finjamos que es una mágica experiencia...

El Celo no tenía nada de mágico, eso os lo puedo asegurar. Está bien y es divertido, pero no era magia lo que Matt me metía por el culo sin parar. De todas formas, tras cuatro días y medio encerrado en la Guarida, agradecí poder salir un poco de allí; ya no era lo mismo que cuando estaba en mi mierda de *loft*, porque ahora tenía una pedazo de terraza preciosa con jacuzzi, pero, tomarme un café y un sándwich mientras iba en busca de la comida, me sentó realmente bien. Saludé a Max después de casi una semana sin vernos y le ayudé a cargar las cajas al interior, yendo con un *tupper* especial y las vitaminas para Sam al lugar donde se

escondía siempre. Daisy seguía sin dar de comer bien al lobo y la situación solo parecía empeorar por momentos. Nadie había dicho nada, pero Matt era demasiado observador y yo sabía perfectamente lo que estaba pasando. Había acabado convenciendo al lobo para que bebiera los «zumos» que le traía antes de decirle que iba a tirar el *tupper* de comida.

– ¿Por qué lo tiras y no lo pones en la mesa con el resto? – me preguntó.

– Porque este es mío y hago lo que me sale de la polla con él.

– Pues dáselo a Matt.

– Matt ya tiene sus nueve putos *tuppers* a la noche. Ya que estamos haciéndonos preguntitas, ¿por qué coño te escondes aquí, Sam?

El lobo gruñó y apartó la mirada.

– Solo estoy esperando a que los solteros terminen de comer para seguir trabajando, Zack... – murmuró.

– Ah... – asentí, como si le creyera.

Cuando volví, pasé por delante de la mesa repleta de los Machos solteros que comían como cerdos. El resto, los que tenían compañero, comían por su cuenta o esperaban en algún otro lado, tomando un café o charlando, algo que tenía sentido ya que ellos no necesitaban la comida del Refugio porque la traían de sus Guaridas. Puede que Sam no hubiera mentido del todo, pero estaba seguro de que se intentaba alejar del olor de la comida para no sufrir más de lo necesario. Con eso en mente, subí al despacho de Matt, donde el lobo ya estaba hasta las cejas de trabajo, respondiendo llamadas y recuperando el tiempo que había perdido durante el Celo. Me saludó con un guiño, al que añadió un rápido beso cuando me acerqué a él, pero siguió hablando con el cliente hasta que, diez minutos después, colgó con un gruñido de cansancio. Entonces se recostó en la silla, estiró los brazos y, con un suspiro, sacó su bolsa deportiva donde ponía «Ricitos de Oro», buscando su cuarto *tupper* de la noche para comer.

Siempre que iba allí le veía trabajar, hablar con los «clientes», organizar los envíos y romperse la cabeza cuando había algún problema. Matt era un lobo muy comprometido con sus responsabilidades y su trabajo. Tenía un puesto de importancia y a veces eso le pasaba factura. Cuando la frustración podía con él, a veces me acercaba para masajearle la cabeza como hacía los sábados con el aceite, lo que siempre le hacía ronronear como un gatito y relajarse. Otras, venía a verme él al sofá y se sentaba a mi lado para consultarme algo, toquetearme y besarme o, a veces, incluso todo a la vez.

Era increíble las muchas conversaciones que teníamos mientras follábamos: antes, durante o después. Algunas tontas, como aquella vez que le estaba masturbando mientras le besaba y resoplé.

– Joder, león, te juro que a veces sigo sorprendiéndome de lo mucho que te apesta la polla. Ya ha pasado una semana desde el Celo...

Matt se rio sin separar mucho sus labios de los míos y me volvió a besar, solo para no perder el tiempo de ese sexo más suave y distendido que estábamos teniendo.

– Es olor a Macho muy feliz, bebé... – me dijo junto con un gruñido ronco de placer.

– Ah, ¿eso es lo que significa la frase? Creía que era por los *tuppers*.

Matt se encogió un poco de hombros y siguió jugando con mi ano por debajo del bañador mientras le masturbaba.

—También. Al comer mejor y follar mucho, un Macho huele diferente: mucho más fuerte y denso... Si tú puedes percibirlo, imagínate nosotros —sonrió—. Todos saben que yo soy el Macho más feliz de la Manada...

—Ah... —sonreí—. Ya...

—Pero podemos hacer un experimento, ¿por qué no bajas y me traes un poco de...? Oh, joder... sí, justo así...

En otras ocasiones, sin embargo, teníamos conversaciones serias de temas que preocupaban al lobo.

—Se creen que soy demasiado joven para mandar en el almacén. A veces siento que no me respetan... —susurraba en mi oído, interrumpiéndose por los jadeos y el movimiento pausado y continuo de cadera con el que me estaba follando en la cama—. Se creen que solo me preocupo por ti y por vaciarme los cojones, pero trabajo el triple que ellos y siempre soluciono los problemas... deberían dejar de tratarme como a un puto crío estúpido.

Se detuvo para movernos hacia un lado, llevándome con él y dejarme a mí encima para que siguiera montándole lentamente. Entonces se frotó el rostro sudado, terminando por hundir los dedos en su melena y echarla para atrás antes de dejar los brazos muertos sobre su cabeza, mostrando sus enormes axilas peludas y apestosas.

—¿Qué más da cuanto follemos? —continuó con una expresión de leve ceño fruncido y comisuras de los labios apretadas—. Tú eres mi bebé y tengo todo el derecho del mundo a disfrutar todo lo que quiera. ¿Verdad? Eso no me convierte en un puto «lobato grande»...

Entreabrí los ojos y acaricié un poco enorme pecho de Matt, en vez de limitarme a apretar esos pectorales de acero como solía hacer o tirarle de la cadena plateada. Deslicé las manos hasta inclinarme sobre él y darle un beso en los labios húmedos y empapados.

—Deja de darle vueltas a gilipolleces sin sentido —jadeé, ahogando un gruñido cuando volví a levantar la cadera para hundirme lentamente en esa pedazo de polla que tantísimo me gustaba.

—Me jode que digan esas cosas. Están minando mi autoridad en el almacén...

—Solo están usando lo más obvio y estúpido que se les ocurre para justificar su puta envidia...

—¿Tú crees? —jadeó, tragando saliva antes de gruñir con placer cuando volví a ascender y descender suavemente y hasta el fondo—. Pero tendría hacer algo... no puedo permitir que se rían así de nosotros...

—Matt... —jadeé con un tono más serio, parando de moverme para dedicarle una mirada cortante. No me importaba un poco de cháchara, pero me estaba empezando a joder el polvo con toda aquella actitud derrotista y preocupada—. No puedes hinchar el pechito con orgullo y levantar bien la cabeza porque eres el Macho que más apesta a sexo de la Manada, y después quejarte de que bromeen al respecto.

—Los Machos viejos...

—Los Machos viejos son una panda de gilipollas que pueden venir aquí y comerme la polla. Se creen que saben más que nosotros sobre la vida porque «antes todo era difícil», pero, ¿sabes dónde estaban a nuestra edad? ¡Hinchándose a follarse con *hippies* en el puto *Flower Power*! ¡Así que deja de darle importancia a que esa panda de cabrones creen que podrían hacerlo mejor que tú, Matt! —terminé gritando mientras le apretaba un poco el dedo contra el torso—. Dorian te puso a ti al mando y punto. Que yo recuerde, no te ha llamado para quejarse de lo mucho que follas, te ha llamado para decirte que has mejorado los envíos y que estás haciendo un gran trabajo. Si a los demás les jode que seas bueno y además folles como un cabrón, ya saben dónde está la puta puerta...

Entonces se produjo un breve silencio. Ambos nos mirábamos como si el que apartara primero la vista fuera a perder la guerra; hasta que el lobo gruñó de una manera grave y densa, apretó los dientes y se abalanzó para follarme de una forma apasionada y bastante salvaje mientras me mordía y gruñía como un loco. Llegó cinco veces esa noche, así que supuse que lo que le había dicho, le había gustado bastante.

Aunque no era la primera vez que Matt me hablaba de algunas cosas que le molestaban, nunca había profundizado tanto como hasta entonces. Ya no eran solo comentarios farfullados por lo bajo junto con gruñidos airados, ni anécdotas que me contaba como si estuviera extrañado, buscando secretamente mi respuesta o mi opinión al respecto, ni bromas tontas sobre lo que le habían dicho o había oído; no, ahora eran pensamientos desarrollados, ideas claras que, sin duda, había estado mascando para sí mismo mucho tiempo. Se acercaba mucho a mí y me las susurraba en momentos en los que, creo, se sentía más seguro y tranquilo: como en la cama, en la terraza mientras tocaba algunos acorde de guitarra y fumaba, en el jacuzzi o mientras le masajeaba con el aceite del pelo.

Descubrí mucho de Matt por entonces, un Matt que hasta ahora no conocía, uno un poco más inseguro, más preocupado de decepcionar a la Manada, más aterrado por no ser lo suficiente bueno. Un Matt que escuchaba atentamente mis consejos y que no dudaba en preguntarme algo si lo necesitaba. Suena a un cambio radical, pero no lo fue en absoluto: seguíamos siendo como habíamos sido siempre, un par de cabrones que follaban como cerdos y se lo pasaban de puta madre, que se toqueteaban sin parar allí a donde fueran, que iban a las cenas o a los eventos tontos para beber un par de cervezas y reírse un rato; todo seguía igual, solo que, ahora, Matt parecía haber incluido algunas charlas más profundas en la soledad de la Guarida, mientras me abrazaba y me miraba a los ojos o ronroneaba frotando el rostro contra mi pelo. Solo eso.

—Tengo una gran noticia, bebé —me dijo una tarde cuando entré en el despacho. Murmuré con curiosidad y me acerqué a él para sentarme en su regazo y darle un beso.

—¿Ya consigues meterte más de la mitad de la polla en la boca? —le pregunté. Matt se rio y negó con la cabeza.

—No lo intento a solas, bebé, solo contigo —ronroneó, acariciándome la mejilla contra la suya mientras me metía la mano por la pernera del bañador.

A estas alturas ya ni os debería sorprender que una calurosa noche en la terraza, Matt me hubiera demostrado que se la podía chupar a sí mismo e incluso llegar a correrse dentro de su boca.

—Lo hacía mucho de Lobato... —me había confesado en voz baja después de, evidentemente, un pedazo de polvo bastante sucio alrededor de ese concepto; desde entonces titulado «Un Lobo Solitario» y que pasó a formar parte de nuestros muchos juegos —, pero no es algo que suele hacer un Macho adulto, así que será otra de nuestras pequeñas bromas, ¿vale, bebé?

«Nuestras pequeñas bromas» eran las cosas sobre las que Matt y yo bromeábamos, pero solo en privado y jamás delante de nadie de la Manada. Esas cosas que hacíamos o me contaba sobre sí mismo o los demás, esos pequeños secretos que nadie tenía por qué saber y que yo guardaba fielmente. Y es que Matt era una persona que respetaba muchísimo su intimidad. Lo sé, suena estúpido viniendo de alguien como él, que hablaba tan abiertamente sobre las cerdadas que le hacían, siendo tan explícito y sin ahorrarse ni el más mínimo detalle sórdido. A mí también me había llamado mucho la atención, pero, como ya dije, Matt tenía muchas capas. Lo que los demás veían era solo la punta del iceberg, porque debajo había un lobo al que le gustaba tener espacio y tranquilidad, no conmigo, pero sí con el resto. Creando una diferencia clara entre *Ellos* y *Nosotros*. Después de todo, no se había buscado una Guarida en mitad del bosque por nada.

—Quizá deberías intentarlo esta noche... —continué, empezando a lamerle el cuello, siguiendo esa vena gruesa y azulada que sobresalía un poco entre su piel cremosa y perlada de chupetones o mordiscos que yo no paraba de hacerle. No de forma intencionada, solo por pura excitación.

Matt gruñó y recostó la cabeza.

—Sí..., quizá podríamos superar nuestro récord del Traga, Traga... —murmuré con la voz grave y excitada, sin embargo, tomó una gran bocanada de aire y bajó la cabeza para mirarme —, pero primero la buena noticia —me dijo.

Separé el rostro de su cuello y le miré a los ojos, demostrándole que tenía mi atención, aunque su mano siguiera manoseándome la entrepierna bajo el bañador.

—Al final, el Alfa le compró a Katy un campamento, por esa idea de ir todos juntos a pasar una semana al bosque. La que dijo durante una de las Cenas de Sam. —Puse los ojos en blanco y resoplé, recordando aquella gilipollez—. Ya... ya lo sé —afirmó él, apretando las comisuras de los labios. Matt respetaba al Alfa y siempre sonreía mucho a Katy, pero eso no quería decir que ninguno de los dos le cayera demasiado bien.

Me separé un poco y puse una expresión muy seria. A un nivel personal, Dorian no me caía mal porque sabía que éramos muy parecidos, unos hijos de puta egoístas que utilizaba su poder e influencia a placer. Y eso era algo que no me importaba, excepto cuando me afectaba a mí o a Matt.

—Pues espero que ese regalito para su compañera no afecte al reparto de beneficios de la Manada, porque te has dejado la piel en el puto almacén y te mereces más dinero —declaré con tono cortante.

—Ya veremos, hará el reparto este viernes. Si no nos da lo que nos merecemos, iremos a hablar con él — me aseguró el lobo.

Asentí lentamente.

— ¿Esa era la buena noticia? — pregunté.

—No — murmuró el lobo, acercándose a mi rostro para darme un beso suave en los labios —. Quería decirte que podemos ir a pasar un par de días al campamento si quieres, así nos tomamos unas pequeñas vacaciones. Tú y yo, comiendo y follando todo el día en mitad del bosque.

—Pues lo que hacemos siempre...

Matt se rio un poco, echando un vaho cálido sobre mis labios.

—Sí, pero sin tener que venir a trabajar — murmuró, acariciando le mejilla contra la suya —. ¿Qué dices, bebé? ¿Nos compramos una tienda de campaña y vamos?

— ¿No se supone que esa es una mierda de la Manada? — le pregunté en voz baja.

—No estaremos con la Manada... — ronroneó antes de mordisquearme la oreja y tirar suavemente del pendiente de aro —. Acamparemos un poco más lejos que el resto y haremos nuestras cosas tranquilos...

—Mmh... ¿pero vamos a cazar la comida e ir en taparrabos?

—Vamos a cazar la comida en el supermercado antes de ir y sí, probablemente no llevemos mucha ropa...

—Ya... ¿Hay agua corriente, al menos?

— ¿Para que quieres agua corriente, bebé? Nos podemos limpiar el uno al otro a lametones, como solemos hacer...

Me reí un poco, pero terminé gimiendo cuando Matt empezó a masturbarme suavemente bajo el bañador mientras me comía la oreja.

—Mmmh... — ronroneó él —. Aquí huele a humano muy feliz, Zack...

Sí, sí que había un humano bastante feliz allí. Uno que fue a comprar una tienda de campaña para ir con su enorme y apestoso lobo vikingo a una mierda de campamento en las afueras. Solo llenamos una mochila para los dos, con algo de ropa para cambiarnos, y salimos en el Hyundai, camino al gran supermercado de una zona comercial. Llenamos el carrito de cerveza, un saco de carbón para hacer nuestra propia hoguera y algunas bolsas de dulce que calentar al fuego. Después pasamos por la carnicería y nos llevamos una cantidad absurda de carne que metimos en dos neveras portátiles. Con todo en el maletero junto a las cañas de pescar, la tienda de campaña y las toallas, estuvimos preparados para la hora y media de viaje por el bosque.

Matt había hecho una lista de música especial y cantaba cuando no estaba fumando por la ventanilla abierta, apartando la única mano que tenía en el volante porque la otra estaba constantemente en mi muslo. Cuando al fin llegamos al campamento, me dio un beso rápido, una caricia en el mentón y bajó con una enorme sonrisa para recoger las cosas del maletero. Cargados, ascendimos las escaleras hacia las cabañas principales. Ya había anochecido y todas las luces estaban encendidas mientras un montón de humanos y lobos iban de un lugar a otro, saliendo y entrando de lugares o charlando.

Había muchísima más gente de la Manada de la que había visto nunca, incluidos niños pequeños y adolescentes, pero sabía que si hubiera sido algo realmente importante, yo no hubiera podido estar allí, así que no me preocupé en absoluto.

Matt me hizo una señal para continuar el camino, sin llegar a sumergirnos en el centro de la actividad. Como me había dicho, buscamos un lugar apartado, dentro del campamento pero a una distancia prudencial del resto; allí dejamos las cosas, encendimos una hoguera improvisada y, a la luz anaranjada y titilante, nos pusimos a montar la tienda de campaña. Nos había costado un dinero, pero había merecido la pena. Tenía planta circular y el techo apuntado, con bastante espacio en el interior para extender finas colchonetas y mantas y cojines que habíamos traído de la Guarida.

—Ven, vamos a probar si cierra bien, bebé —me dijo Matt, de rodillas en el interior—. Mmh... no sé... le falta algo... —añadió cuando bajo la cremallera, poniendo una expresión de ceño fruncido y mirando alrededor—. Creo que no huele suficiente a Macho muy feliz aquí dentro... ¿Se te ocurre una forma de solucionarlo?

—Tranquilo, se solucionará al segundo de que te saques la polla, león.

Matt continuó con su ceño fruncido, se quitó la gorra que contenía malamente la frondosa melena y, todavía con aquella expresión y mirando alrededor, se bajó el bañador para empezar a masturbarse.

—Sí... huele bastante más —reconoció, aspirando su propia peste hasta hincharse el pecho abultado bajo su camiseta negra—, pero no tanto como podría oler...

Puse los ojos en blanco, pero con una estúpida sonrisa en el rostro. Jamás lo reconocería, pero me encantaban las muchas gilipolleces de Matt.

Me quité mi propia gorra de beisbol y la tiré a un lado antes de sacarme la camiseta.

—¿Has oído hablar del «Prohibido tocar»? —le pregunté mientras me sentaba para quitarme las zapatillas y, después, tumbarme para poder bajarme el bañador. La cabaña era amplia, pero el techo no permitía ponernos más que de rodillas.

—UFF... —resopló Matt, mirándome muy atentamente y sin dejar de masturbarse—. Un «Prohibido tocar» es muy peligroso en este momento...

—¿Tienes miedo, león? —pregunté.

Él gruñó y ladeó el rostro, derramando parte de su melena hacia un lado. Ni siquiera habíamos empezado y ya le estaba goteando líquido preseminal por la mano.

—Prohibido tocar, entonces... —murmuró en voz baja.

Asentí, conforme, y el lobo gateó hacia mí para ponerse encima, pero, evidentemente, sin llegar a rozarnos. El juego consistía en que Matt se mojara como un cerdo mientras la necesidad y la frustración le volvían loco, resoplando, agitando la cabeza y jadeando. Se podía escupir, manchar y hablar, pero nada más. Era uno de los juegos que más dejaban olor a Macho muy feliz, así que, para cuando terminamos, la tienda ya apestaba casi tanto como la Guarida.

Después de aquel gran comienzo, nuestra acampada solo fue a mejor y mejor. Yo no soy un hombre de campo, soy un hombre de ciudad. A mí me gusta la polución, las muchedumbres, poder cagar en un retrete y tener una tienda de café tras cada esquina. Pero, como todo con Matt, aquel tiempo en «lo salvaje» solo fue fácil y divertido. Como me había prometido, no nos acercamos demasiado a

la Manada, solo para ir a saludar a Dorian y Katy y tomarnos unas cervezas con los chicos al lado de la hoguera principal. El resto del tiempo estábamos a nuestro aire, pescando en el lago, haciendo un poco de exploración por los alrededores o descansando como un par de cerdos en la playa pedregosa. Comíamos mucho, follábamos más, fumábamos y bebíamos cerveza tras cerveza hasta estar achispados y tontos. A veces se acercaban algunos Machos, la mayoría de los que trabajaban en el almacén, para charlar, beber algo con nosotros o incluso para presentarme a sus compañeros.

Matt no se privaba en tocarme en todo momento, ronronear como un gatito o hundir su rostro en mi cuello mientras me abrazaba por la espalda, incluso cuando había otras personas delante. No era el único que lo hacía, así que supuse que, en un ambiente más relajado, no importaban aquellas muestras de cariño. Se controlaba cuando íbamos a espacios comunes, como siempre, pero si cruzaban por nuestro lado o se acercaban a molestarnos a nuestro rincón apartado de la playa, a nuestra cabaña o a la pequeña cala del lago donde nos bañábamos, Matt ni se molestaba en fingir que no me estaba metiendo mano y no paraba de besarme o mordisquearme sin pudor alguno. Por supuesto, nadie miraba y nadie hacía preguntas. Todos eran lobos y os puedo asegurar que Matt y yo no éramos los únicos folleteando por ahí.

Sin embargo, sí tuvimos un par de experiencias exhibicionistas. No por nuestra culpa, sino porque, al parecer, esos apuestos lobatos tenían serios problemas para respetar los límites. Se acercaban en los momentos menos oportunos, en mitad de un polvo o interrumpiendo alguno de nuestros juegos. Nos sorprendía y, solo por joder, se acercaban, soltaban comentarios soeces, preguntas sexuales y bromas. Matt no se escondía y, muchas veces, ni siquiera paraba de hacer lo que estuviera haciendo en ese momento. Era un Macho con uno de sus humanos y no tenía por qué avergonzarse de nada, solo les gruñía con fuerza y les miraba fijamente para advertirles de que, o se iban, o habría serias consecuencias.

—Están empezando a enfadarme seriamente —le dije una vez—. Me da la impresión de que nos molestan más a nosotros que al resto...

—Claro que nos molestan más, bebé —me aseguró él, dejando de ronronear en mi nuca mientras se limpiaba el sudor en mi pelo—. El olor a Macho muy feliz les excita demasiado. ¿No ves lo empalmados y mojados que están siempre con nosotros? Quieren vernos follando para después ir a pelársela como monos a sus cabañas —y se encogió de hombros como si nada.

—¿Y eso es normal? —tuve que preguntar.

—Sí... son Cosas de Lobatos.

Quizá fueran «Cosas de Lobatos», pero Matt terminó dándole una paliza a un par de ellos que se envalentonaron y se pasaron de la raya con sus gestos obscenos y sus preguntas. Nadie dijo nada y nadie se sorprendió de que el lobo les dejara sangrando por la nariz y tirados en el suelo.

—Ya saben lo hay —me dijo al verme de brazos cruzados y con las cejas arqueadas, haciéndole una pregunta silenciosa después de verle pegando sin piedad a una panda de adolescentes que, evidentemente, no tenían nada que hacer contra él—. Hay límites que un Macho no acepta. Una cosa es mirar y otra muy diferente es que te toquen a mi bebé...

Aun con todo y las interrupciones, fueron cinco días bastante buenos. Casi me dio pena desmontar la tienda y recogerlo todo, pero Matt me rodeó los hombros y me dijo al oído:

—No te preocupes, bebé, el año que viene volvemos...

Lo primero que pensé fue que, quizá para el año, Matt ya se hubiera ido a otra Guarida o encontrado compañero. Pero fue un pensamiento que descarté pronto, limitándome a disfrutar del momento y decir:

—Claro, león.

Katy tuvo suerte con el tiempo durante aquella semana de «vacaciones», porque a finales de octubre, empezó a llover a cántaros y llegaron las tormentas de nuevo. Ya no pudimos disfrutar de la terraza como antes, pero sí del jacuzzi. Era una estupidez, pero bañarse allí bajo la lluvia tenía su aquel. Aunque, con el frío, temí que la Guarida fuera a ser un lugar terrible donde pasar el invierno que se avecinaba; una solitaria cabaña en mitad del bosque húmedo...

—No te preocupes, tú león te mantendrá caliente... —me había dicho Matt, apretándose bien contra mí bajo el edredón antes de gruñir de placer.

Pero terminé comprando un deshumidificador y dos radiadores eléctricos para descubrir una semana después que habían aislado cojonudamente la cabaña y que, además, tenía calefacción central. Llegaba desde el suelo de madera y caldeaba el poco espacio en apenas minutos, tan eficaz que Matt no dudó en volver a moverse con solo una de sus camisetas cortas, dejando la entrepierna al aire para rascarse las pelotas a placer, aunque afuera cayera una lluvia torrencial.

—Joderrr... que gustazo... —ronroneó el lobo, quitándose el chubasquero mojado para dejarlo colgado en el ropero de la pared—. En *White Center* hay una niebla fría que te hiela hasta los cojones.

—Oh, ¿y qué tal el *cliente*? —le pregunté desde la terraza, fumando bajo el pequeño toldo.

Matt a veces se iba diciendo que iba a ver a «un cliente», me guiñaba un ojo y sonreía. A mí me había hecho gracia y ahora llamábamos a sus humanos así.

—Pues me está dando bastantes problemas —respondió él, acercándose por mi espalda para abrazarme, apretando la tela de su jersey que yo llevaba puesto, solo porque eran más gruesos, grandes y cálidos que cualquiera ropa mía. Gruñó un poco con su rostro pegado a mi cuello y, tras darme un rápido beso, me quitó el pitillo para darle una calada—. Dice que no le parece suficiente bueno lo que le doy.

Arqueé las cejas. Matt era el lobo más puto sexy y que mejor follaba en el mundo, así que ese humano debía tener los estándares muy, muy altos, o ser muy, muy gilipollas.

—Pues tú solo tienes lo mejor —murmuré, dejando caer la espalda contra su pecho mientras miraba la lluvia caer sobre el bosque a oscuras.

—Eso le digo —me aseguró él antes de darle otra calada al cigarro y devolvérmelo—. No va a encontrar nada mejor que lo mío. Mi almacén es el más surtido de la ciudad.

Me reí y asentí con la cabeza.

—Eso es verdad...

El almacén, el de verdad, no esa broma que usaba para referirse a su entrepierna, estaba yendo viento en popa. Dorian estaba bastante contento y, como era de esperar, le había dado una buena suma en el reparto de beneficios. Matt me dio el enorme fajo de billetes con el pecho muy hinchado y la cabeza muy alta, repleto de orgullo y felicidad por aquel reconocimiento a su trabajo. Lo celebramos con un buen polvo y después usamos un poco para remodelar el despacho, añadiendo un par de comodidades como un sofá mejor, luz regulable y un sillón de jefazo para el lobo. Llevé allí los calefactores y el deshumidificador, porque a mediados de mes ya hacía un frío de cojones en la nave.

—Qué bien cuidas de tu león... —ronroneó.

—No lo hago por ti, lo hago por mí —le aseguré—. Cuanta menos ropa lleves, menos tardo en quitártela.

Él se rio y me rodeó con los brazos, ronroneando como solía hacer mientras me apretaba solo un poco más fuerte.

—¿Has comprado ya los disfraces de Halloween?

—No, todavía no.

—Tenemos que ir de lo mismo o de algo relacionado... —murmuró, acompañándome hacia su escritorio para sentarse en la silla y tirar de mí para que me sentara sobre él.

—Vamos a aparecer al final de la fiesta para comernos los restos y ver una mierda de película. No creas que me voy a gastar mucho en un par de disfraces.

—No digo que tengas que gastar demasiado en los disfraces, solo digo que vayamos conjuntados —se encogió de hombros—. Será divertido.

—Como quieras... —murmuré, porque a mí me daba igual, sinceramente—. ¿Vamos a buscarlos el viernes antes de que entres en el Luna Llena?

Matt se rio y asintió.

—Claro, bebé.

Al final, el viernes nos pasamos por una tienda de disfraces del centro comercial, de paso que hicimos la compra de la semana. No había ningún disfraz lo suficiente grande para el lobo, no al menos ninguno decente.

—¿Qué te parece este, bebé? —me dijo, dándome la bolsa con un disfraz de pingüino.

Le di la vuelta y miré el precio, una vieja costumbre de pobre, porque hacía tiempo que el dinero ya no era un problema. Se suponía que el disfraz era intencionadamente grande y amplio, así que quizá pudiera valer. Cogí dos, uno de su talla y otro de la mía y nos fuimos al fin de la puta tienda antes de que a una madre le diera un ataque al corazón al vernos allí. Matt me dejó a la puerta de la Guarida, me dio un beso, una caricia en el mentón y me guiñó un ojo. Cuando me bajé, salió a toda velocidad hacia el Luna Llena.

—¿Qué tal con Tarantu-tetas? —le pregunté cuando volvió a la Guarida, ronroneando al sentir el calor acumulado y su intenso olor en el aire.

Matt soltó una carcajada tan alta que llenó la cabaña. Había sido una ocurrencia mía improvisada, porque aquella misma semana Sheila le había enviado una foto de su disfraz de araña con, por supuesto, un enorme escote. Le había preguntado al lobo si le vería en el Club y si «caería en sus redes». Matt me lo había enseñado con una enorme sonrisa, como hacía con todas las fotos que le enviaban sus

humanos, no importaba lo comprometedoras que fueran. A ese nivel habíamos llegado.

—Joder... esa ha sido muy buena —me felicitó, premiándome con un abrazo más fuerte y un beso largo en el cuello.

Aún así, no debían ser unas noches muy buenas últimamente en el Luna Llena, porque siempre venía con un hambre voraz y me follaba con bastantes ganas. Terminando muy sudado, muy jadeante y muy satisfecho.

—Esta noche se me hizo eterna... —murmuró, pasándose una mano por la melena para dejársela hacia un lado antes de recostar la cabeza.

—¿Demasiados *clientes*? —sonreí.

—Ni te lo imaginas, bebé. Siempre lleno un poco de más el almacén para estas fiestas, como Halloween, porque sé que habrá más clientes, pero al final se vuelven locos, piden mucho más de lo que me habían dicho, llaman sin avisar y no me dan más que problemas. Tuve que enfadarme un par de veces... No sé si se creen que mi puto almacén no tiene fondo —gruñó, pegando su rostro a mi cuello para abrazarme más fuerte.

Fruncí el ceño y entreabrí los ojos, miré el techo de la cabaña y le dije:

—Joder, te estás volviendo muy bueno en esto.

Matt ronroneó con placer y suspiró.

—Gracias, bebé...

Seguí acariciando la espalda del lobo, que no tardó ni un minuto quedarse dormido sobre mí durante la inflamación. Algunas veces, Matt estaba tan acertado con las metáforas sexuales que llegaba a confundirme un poco, sinceramente. Por un instante, incluso dudaba de que no me estuviera hablando de «clientes» de verdad y «el almacén».

Aquel mismo fin de semana, el domingo, nos probamos los disfraces. Matt se colocó la capucha con la cara y el pico de pingüino a forma de visera. Si había una mezcla perfecta entre lo mono y lo sexy, ese era el lobo en aquel momento.

—Se te nota mogollón la polla por debajo —le dije, señalando el bulto que sobresalía de la tela.

—Claro que sí, soy un pingüino con la polla enorme —afirmó sin pudor alguno, moviendo la cadera de un lado a otro para provocar que se moviera como un péndulo, uno que me hipnotizó al instante—. Además, así no tendrás que buscar mucho cuando quieras meterme mano.

Me reí y asentí.

—Como a mí me gusta...

Yo me puse el mío, al que añadí unas gafas de espejo y un pitillo en los labios, cuando el lobo me miró con el ceño fruncido, le explique:

—Soy el pingüino rebelde de la comuna. He ido al reformatorio del polo norte.

—Ah... —afirmó con una sonrisa antes de reírse un poco por lo bajo—, por supuesto...

Conduje yo esa noche, como siempre que había una cena. Matt puso su música y la fue cantando mientras me acariciaba el muslo, mirándome cuando llegaban partes que le gustaban para que las cantara con él.

*Got me looking so crazy, my baby*

*I'm not myself, lately I'm foolish,*

*I don't do this I've been playing myself, baby,*

*I don't care 'Cause your love's got the best of me  
And, baby, you're making a fool of me  
You got me sprung and I don't care who sees  
'Cause, baby, you got me, you got me so crazy, baby...*

—No puedo creer que *Crazy in Love* ya tenga casi veinte años... —murmuré, negando con la cabeza, porque Matt la ponía mucho últimamente y había buscado el año de salida, convencido de que esa canción no era de los dos mil.

Al aparcar frente al Refugio, se inclinó sobre mí y me dio un buen beso, uno húmedo y algo emocionado, al que añadió un leve mordisco de labio inferior. Miré como se bajaba del coche, abriendo las manos-aletas en alto cuando el grupo de Machos que había en la entrada empezó a gritar al verle. Estaba claro que un disfraz tan estúpido iba a ser todo un éxito.

—¡Pues esperad a ver a Zack! —les gritó en respuesta y con una enorme sonrisa en los labios.

El lobo ya me estaba esperando fuera, charlando con Cormac, Gal, Bob y Alf, todos me saludaron con una exclamación y yo les hice un corte de manga por debajo de las manoplas del disfraz. Matt me rodeó cuando me acerqué y se quedó a mi espalda, frotando sutilmente su entrepierna contra mí.

Charlamos un poco con ellos, pero después nos metimos dentro y fuimos al salón de la horrible fiesta. A Matt no le gustaban especialmente aquellas mierdas y, como a mí tampoco, podíamos ir juntos casi al final, cuando ya casi había terminado y quedaba poca gente. Matt me llevó a saludar a Dorian y Katy, que iban de piratas o alguna mierda así. Al parecer, también habían tenido la idea de ir conjuntados, como Finn y su compañera, a los que saludamos de camino al sofá. Matt me sentó entre sus piernas y saludamos a los que estaban allí, incluido Tim, el Beta pelirrojo al que no había tenido la ocasión de conocer demasiado, pero que parecía bastante agradable. Cuando apagaron las luces y empezó la película, Matt me buscó los labios para darme un beso húmedo mientras, sutilmente, me apretaba la entrepierna sobre el disfraz y ronroneaba.

—Chicos, por favor... —se quejó Bob—. ¿No podéis parar ni un puto segundo?

—¿Crees que olemos así porque nos damos la manita, Bob? —le preguntó Matt. El lobo moreno puso los ojos en blanco, negó con la cabeza y, con una expresión exasperada, miró hacia la pantalla de cine. Matt sonrió como el cabrón que era y me dio un último beso, deslizando su mano-aleta desde mi entrepierna a mi pecho para abrazarme. Tras la primera película, salimos a fumar un momento, pero el lobo solo volvió con un cigarro del coche y el *zippo*.

—¿Un Beso Ahumado, bebé? —me propuso.

Acepté sin dudar. El juego consistía en ir compartiendo un poco de humo entre besos y suaves lametones en los labios. Una de las muchísimas cosas que a Matt le gustaba compartir conmigo. Ninguno de los dos llevaba nada debajo del disfraz y se hizo bastante obvio por la tienda de campaña que sobresalieron de nuestras entrepierna, sobre todo de la de Matt, que manchó la tela fina con un círculo apestoso y viscoso. Sin embargo, no fuimos más lejos. Volvimos al interior, el lobo me puso encima para ocultar lo mojado que estaba y me abrazó para seguir mirando la segunda película de la noche. La excitación contenida la tuvimos que solucionar dos horas después en el Hyundai, donde Matt se quitó el

disfraz para conducir desnudo mientras le hacía una buena mamada y escuchábamos música tecno de los 2000 a todo volumen.

—Joder... —jadeó durante la inflamación. Habíamos llegado a duras penas a la cama para la última y cuarta corrida del lobo, un misionero bastante acelerado mientras él gruñía y me mordía con fuerza. Después se había dejado caer sobre mí y había ronroneado como un león mientras se limpiaba el sudor en mi rostro — . Te quiero muchísimo, bebé... —susurró.

—Y yo a ti, león —respondí en un murmullo bajo, metiendo los dedos en aquella melena espesa y salvaje para acariciarle la cabeza. Matt hundió su rostro en mi cuello y ronroneó con fuerza hasta dormirse en apenas un minuto.

Claro que nos queríamos, eso no era ningún misterio. El tiempo, el roce y la intensa relación que compartíamos habían derivado en un amor mutuo y profundo. Ambos lo sabíamos y no era extraño que eso pasara entre un lobo y el humano de su Guarida. Sé que puede resultar chocante para algunos, quizá para los más románticos o con más tendencia a enamorarse, pero os aseguro que puedes decirle a alguien que «le quieres mucho» sin que eso signifique realmente nada. Aunque acabarais de follar y tuvieras su enorme polla de lobo hinchada dentro del culo. Por eso no me preocupó en absoluto ni le di la más mínima importancia; después de todo, Matt seguía yendo al Luna Llena y tenía a todos esos *clientes* que le mandaban fotos picantes pidiéndole que fuera a verles.

—Mira, bebé —me decía cuando le llegaba un nuevo mensaje y lo revisaba para saber si era del almacén—. Sullivan me ha invitado a su casa del lago por navidad.

—Te juro que creía que esas alfombras de piel de oso frente a chimeneas enormes, solo salían en las películas.

Matt se rio y me atrajo hacia él para besarme el pelo.

—Se hizo un tatuaje —señaló, pasando las tres imágenes de corrido, cada una menos sutil que la anterior.

—¿Un corazón donde pone «Amor de Lobo»?

—No, es en el culo y pone: «De Matt», una palabra en cada nalga.

Giré el rostro al instante para mirar la imagen. Después me reí y miré al lobo.

—Te juro que creí que era verdad... —le aseguré.

Matt se rio, echando la cabeza atrás.

—Ojalá... —entonces suspiró, guardó el móvil y me apretó más contra él—. Quizá me haga yo un tatuaje, ¿qué dices, bebé?

—Es tu cuerpo, león. Haz lo que quieras con él —fue mi respuesta.

Cuando fui ese sábado al almacén, había un plástico transparente alrededor de su antebrazo y una gran sonrisa en su atractivo rostro.

—Dime que es un tatuaje ridículo y sin sentido que has encontrado en *Google* —le pedí.

Me fui quitando la cazadora empapada de camino al escritorio y me incliné para darle un beso con lengua antes de tirar un poco de su muñeca para verlo mejor.

—¿Una «N»? —pregunté.

—Es de frente, no de lado.

Fruncí el ceño y lo giré, poniendo el antebrazo recto en mi dirección.

–Una «Z»... –comprendí, quedándome un par de segundos en silencio antes de preguntar –: ¿Eres fan del Zorro y no lo sabía?

Matt se rio y negó con la cabeza.

–No, Zzzzzzzzack –respondió, remarcando la inicial de una forma innecesaria, creyendo que yo todavía no lo había entendido.

Asentí lentamente y le solté la muñeca. Como le había dicho, era su cuerpo y su decisión, aunque no pude evitar decir:

–Pues ya se lo explicarás a tu compañero...

El lobo volvió a reírse, mucho y muy alto, como si le hubiera hecho un montón de gracia aquello. Entonces me guiñó un ojo de esa forma que podría levantar a un muerto y murmuró:

–Te quiero mucho, bebé...

## DEMASIADO FÁCIL, DEMASIADO DIVERTIDO

Cuando llegó a la Guarida, aún tenía el film protector puesto y algo ensangrentado. Se acercó al salón; bueno, a lo que nosotros llamábamos «salón», que no era más que una colchoneta sobre el suelo y un par de cojines donde recostarse para ver la tele; y se inclinó para darme un beso.

—Oye, bebé, me molesta un poco, ¿es normal que sangre tanto?

—Joder... —murmuré, tirando de la muñeca para verlo mejor. Matt me miró con preocupación y soltó un leve gruñido de miedo y ansiedad—. Hay que amputar el brazo...

Tardó solo un momento en ladear la cabeza y dedicarme una expresión seria de párpados caídos. Con una sonrisa afilada en los labios, le llevé al baño y le expliqué que debería haberse quitado el film y habérselo lavado antes. Era un tatuaje grande, aunque solo fuera una elegante letra en negro, le cubría casi al mitad del amplio antebrazo. Le ayudé con las curas y le eché la crema protectora que, evidentemente, había olvidado en el coche como si aquello solo se tratara de una recomendación y no algo muy necesario. Matt gruñía un poco, quejándose por la sensación y aquel aroma extraño y intrusivo en su cuerpo de orgullosa peste a Macho muy feliz.

—¿Te habías creído que ibas a ir a la tienda de tatuajes, hacértelo, y salir de allí con la piel ya curada, león? —Matt alzó la cabeza con orgullo, pero no respondió. Sí, sí que lo había creído—. Pues tienes que echarte la crema varias veces al día, y espera a que empiece a picarte... ya verás que gracia.

El lobo no lo pasó demasiado bien, estuvo un poco gruñón durante unos días porque odiaba echarse la crema con toda su alma, pero siguió mis indicaciones al pie de la letra y el tatuaje se fue pelando con el paso del tiempo, dejando una marca imborrable en su piel.

—Culpa a Sullivan la próxima vez que lo veas —le había dicho una noche en la cama, evitando que el lobo se rascara el tatuaje a mis espaldas, como si no me fuera a dar cuenta—, fue él quien te dio la idea...

Soltó un gruñido bajo de queja y terminó por abrazarme bajo el edredón.

—Le daré un puñetazo si alguna vez le encuentro por ahí —me aseguró.

Fruncí un poco el ceño y ladeé el rostro.

—Espera... ¿le has dejado de ir a ver? —pregunté—. No me lo habías dicho.

—Hace bastante, bebé —murmuró cerca de mis labios, cortando sus palabras con golpes de aire, porque mi pregunta le había hecho gracia. Entonces me dio un beso y suspiró mientras cerraba los ojos—. Ah, y Dorian me ha dicho que quería verte —recordó de pronto—, que fueras a su despacho mañana, si podías.

Fruncí más el ceño, olvidando al instante el hecho de que Sullivan siguiera mandando fotos a Matt aunque hiciera tiempo que el lobo había dejado de ir a verle. Resultó que el nuevo y repentino tatuaje no fue la única sorpresa de noviembre. El Alfa me tenía preparada otra sorpresa cuando fui a hablar con él a

aquel despacho que, juro, olía tan mal que me estaban dando arcadas. Trataba de respirar lo menos posible mientras él me decía:

–Matt está haciendo un gran trabajo, pero sospecho que todas esas buenas ideas que tiene vienen de otra fuente, ¿me equivoco, Zack?

–Dorian, nos conocemos ya de sobra. Déjate de gilipolleces, dime lo que quieres y, más importante aún, qué me vas a dar a cambio...

Eso nos ahorró mucho tiempo a ambos. El Alfa fue directo y claro: le preocupaba Nick, el nuevo Macho de la Manada, y quería un consejo de alguien con experiencia en jóvenes problemáticos. Su idea era mandarle al puerto con Tim, a lo que yo me limité a encogerme de hombros. No conocía al Lobato, pero por lo que Dorian decía de él, parecía el típico crío subnormal que se creía el rey del mundo.

–Te va a dar problemas, a ti y a la Manada –le aseguré.

El Alfa puso cara de circunstancias y se recostó en su sillón antes de cruzarse de brazos. A la semana volvió a «llamarme» por otro tema que le preocupaba, uno más serio que el de Nick: Daisy.

–Creo que no has coincidido con ella en las fiestas de la Manada –murmuró, tratando de recordarlo–. Vosotros siempre llegáis muy tarde u os vais muy pronto y no os mezcláis mucho con el resto, cosa que, espero, no pase en Navidad, porque esa sí es una celebración importante... –por un momento sonó a acusación velada, pero continuó como si nada–: El caso es que...

Al parecer, Daisy había desaparecido de la noche a la mañana para irse a Nueva York a cuidar de su madre enferma. Una excusa de mierda, por supuesto, pero el Alfa quería «preguntar mi opinión», ya que yo hablaba bastante con Sam y le daba de comer a escondidas. Le dije la verdad, por supuesto, que la muy subnormal había huido y que no iba a volver. Dorian no quiso aceptarlo del todo sin antes darle una última oportunidad a Daisy, así que organizó un viaje a Nueva York para su compañera y, por supuesto, otro invitado.

–¡¿QUÉ?! –rugió Matt cuando se lo conté. Un grito grave que atravesó la cabaña como un trueno y compitió con el incesante ruido de la lluvia–. ¡Claro que no vas a ir! –me aseguró, apoyándose en las manos para incorporarse.

No me había imaginado que se lo fuera a tomar así, porque yo lo había dicho como algo anecdótico en mitad de nuestro polvo de la noche, cuando él me había preguntado mientras jadeaba y me lamía el cuello cubierto de marcas. Me quedé mirándole con una ceja arqueada y una expresión que hablaba por sí sola, pero el lobo no se echó atrás. Alzó la cabeza con orgullo y dijo:

–No vas a salir del Territorio y dejarme solo durante días... Me volvería loco.

–Relájate, Matt... –le dije con tono calmado pero firme–. Creo que te lo estás tomando muy a pecho.

–Eres mi bebé, ¡claro que me lo tomo a pecho! ¡Que Dorian envíe a su puta compañera si quiere y que deje de tocarle los cojones al resto!

Me mojé los labios, ya empapados en saliva y restos del líquido preseminal del lobo. Aquella reacción me parecía desproporcionada y no me había hecho demasiada gracia.

–Ya sabes que odio que me griten, Matt... –le recordé, dándole una última oportunidad antes de enfadarme; como él me la daba a mí siempre.

El lobo tensaba la mandíbula mientras apretaba los dientes con fuerza. Pero terminó apartando la mirada y tomando una buena bocanada de aire. Entonces se apartó el pelo del rostro un poco sudado y me dijo:

—Perdona, bebé. No quería gritarte, es solo que... me ha enfadado mucho.

Me quedé mirando como Matt se echaba a un lado de la cama, con expresión seria y la vista fija en el techo de tablas de madera. La cosa era muy grave si había decidido dejar de follar.

—¿Por qué crees que te lo ha pedido a ti? —me preguntó, ladeando el rostro para mirarme.

Me giré, apoyando el codo en la almohada antes de recostar la cabeza en la mano, usando la otra para acariciar el amplio pecho de Matt.

—No me has dejado terminar de explicártelo —murmuré—: Dorian me lo ha pedido porque no quiere que Katy vaya sola, sabe que yo puedo defenderme y, además, sabe que ella es demasiado bien pensada a veces y quería buscar otro punto de vista más... escéptico.

—Ah... —dijo el lobo, asintiendo lentamente y respirando con más calma—. Si es por eso, lo entiendo —se detuvo y puso una mueca de incomodidad—, pero no quiero que vayas... —insistió.

—No, no voy a ir —le aseguré—. No tengo por qué y no me sale de los cojones. Matt asintió de nuevo, se volvió hacia mí y me rodeó con su enorme brazo para atraerme hacia él.

—No puedes dejar a tu león solo —susurró, acariciándome la nariz contra la suya y produciendo un sonido gorgoteante de garganta—. ¿Quién le daría de comer, le cuidaría y le haría apestar a Macho muy feliz?

Solté un bufido y sonreí un poco. A Matt le preocupaba que me fuera porque, sin mí, ¿quién le iría a comprar los *tuppers* y le vaciaría las pelotas todos los días mientras él solo se tenía que preocupar del *almacén* y de sus muchos *clientes*?

—Claro —murmuré—. Pobrecito...

Matt gruñó y se echó lentamente sobre mí, dejando caer su peso para llevarme con él.

—Ahora tienes un enorme león que cuidar, bebé —ronroneó en mi oído, haciéndose sitio entre mis piernas—. Sin ti ya no sabría qué hacer...

Resoplé y puse los ojos en blanco, pero sonreí, porque me gustaban aquellas bromas tontas del lobo y porque ya me estaba rodeando con los brazos para volver a follar de esa forma lenta y suave de última hora antes de dormir.

Al final, fueron Katy y Stephen, el compañero de Ben, los que se embarcaron en un viaje que duró un fin de semana, solo para volver con la mala noticia de que Daisy no había querido hablar con ellos. Dorian me llamó, bastante molesto por haber perdido a su compañera durante dos días para nada, y me ofreció una «buena compensación» si conseguía aclarar el asunto.

—¿Y esa moto de la entrada, bebé? —exclamó Matt, dejando su bolsa de deporte con *tuppers* vacíos en el suelo antes de quitarse la cazadora—. ¿La has robado?

Me reí y le hice una señal para que se acercara a la terraza.

—Te va a encantar cuando te lo cuente...

El lobo me escuchó, arqueando las cejas cada vez más, hasta terminar con una mueca de felicidad agrídulce. Se alegraba por mí, pero lo de Daisy dejó un

amargo regusto en sus labios. Me abrazó muy fuerte y me llevó a la cama para ponerse encima de mí como si no quisiera que me escapara.

—Pobre Sam... —murmuró, acariciándome el rostro contra el suyo—. Yo me moriría si me dejaras...

—Eres un exagerado. En dos días ya hubieras encontrado a un humano que quisiera cuidarte —le aseguré.

Matt levantó entonces la cabeza y me miró con una expresión de ceño fruncido.

—No bromees ahora sobre eso, bebé —me pidió, dándome un beso suave antes de temblar un poco—. Buff, me ha dado un escalofrío y todo al pensarlo... —me abrazó y hundió el rostro en mi cuello mientras gruñía con un leve enfado o preocupación, dándome apretones más fuertes o rodeándome más en ciertos momentos.

Le acaricié la espalda y la nuca, no demasiado seguro de lo que estaba pasando allí. Matt se lo estaba tomando muy en serio para tratarse de perder a un «humano de Guarida». Nos queríamos mucho y todo eso, pero llegaría el día en el que el lobo se fuera; no entendía por qué le afectaba tanto lo de Daisy.

—Oye... sé que es un momento triste y es raro... —le oí decir—, pero... me sentiría muchísimo mejor si... —y frotó su polla dura contra mí—. De espaldas. Arqueé las cejas y asentí un par de veces. Eso ya era más normal en Matt, quien me dio la vuelta, se volvió a poner encima con todo el peso de su cuerpo, me agarró de la muñeca y el pelo y me follo mientras me mordía y gruñía por lo bajo. La buena noticia fue que a Matt se le pasó pronto la pena por Sam y dejó de comportarse un poco raro, como un perrito triste que a veces gruñía con pena y me abrazaba más fuerte de lo habitual; la mala fue que, ese cambio, fue debido a las razones equivocadas.

—¿Y ahora qué se supone que voy a hacer? —gruñó. Jadeaba con fuerza y tragaba saliva para humedecerse la garganta—. Si no hay caramelos, ¿qué quieren que haga? ¿Me los saco del culo? Estamos perdiendo clientes y me llaman a mí para quejarse... ah... joder... —cerró los ojos y agitó la cabeza, dejándola sobre el respaldo del nuevo sillón de la oficina—. Sabía que ese puto Lobato de mierda nos iba a dar problemas.

Me incliné y le lamé el cuello sudado como le gustaba, provocando que el lobo gruñera y se corriera por tercera vez. Me rodeó la espalda, pegó su frente a la mía y movió la cadera para continuar él mientras me miraba fijamente.

—Seguro que no tiene ni idea de lo mucho que nos ha jodido con su gran «idea» del puerto. SubAlfa... mis cojones. Nunca se va a ganar el respeto de los Machos. Dorian la ha cagado pero bien esta vez. Espero que... Oh, mierda, bebé, espera... ah... sí... —cerró los ojos y contrajo el estómago mientras se corría por cuarta vez después de verme hacerlo a mí, algo que siempre le excitaba muchísimo. Tomó una gran bocanada de aire y me atrajo hacia él, descansando un poco y recuperando el aliento a la vez que su polla se inflamaba como un globo dentro de mí—. Y lo peor es que quiere traerlo a trabajar aquí... ¿te lo puedes creer? Lo que me faltaba...

Suspiré y hundí los dedos en su melena para acariciarle y calmarle un poco, como llevaba haciendo aquella última semana del mes en la que, prácticamente, Matt había caído en el mismo bucle de quejas continuas. Yo me limitaba a escucharle,

porque el lobo solo necesitaba despotricar contra el subnormal de Nick y la genial idea de Dorian de hacerle SubAlfa.

—Hablaré con el Alfa —le prometí—. Traer a Nick aquí solo daría más problemas.

—Gracias, bebé —ronroneó él, acariciando el rostro sudado y manchado contra el mío—. Seguro que a ti te hace caso.

El teléfono volvió a sonar y Matt perdió el aliento con un jadeo de agonía. Quitó un brazo de mi espalda y respondió solo para tener otra discusión de más de diez minutos con un cliente, uno de los de verdad. Cuando se desinfló su polla y pude moverme, me subí los pantalones y me despedí de él con un beso en los labios. El lobo me acarició el mentón y refunfuñó por tener que dejarme ir. Ahora parecía necesitarme más que nunca, no solo para follar y quejarse, sino porque mi compañía le calmaba y le impedía frustrarse y caer en un vórtice de enfado. Estaba tan atareado que ni tenía tiempo para ver a sus humanos, así que imaginaos...

Así que subí a mi furgoneta de mierda y salí en dirección al centro. Un par de lobos me saludaron en la distancia, a la entrada del Refugio donde siempre se paraban a fumar. Les saludé de vuelta pero no me detuve en mi camino hacia el edificio de oficinas, donde, en el último piso, siempre estaba el Alfa trabajando. Hice lo que pude por alejar a Nick del almacén, sugiriéndole a Dorian que, ya que le gustaba hablar demasiado e ir amenazando a gente, le mandara con Jimmy y Roy a hacer «visitas». El Alfa dudó, creyendo que mandándole a un lugar con más Machos, aprendería a cooperar, pero le quité esa idea rápido de la cabeza. No porque fuera mala, sino por Matt.

—Tengo una gran noticia —le dije al lobo cuando llegó a la Guarida.

—Claro que sí, bebé. Ya sabes lo mucho que me gusta tu «gran noticia» —me guiñó un ojo.

Se me saltó la risa y negué con la cabeza, mirándole desde la abertura por la que fumaba, echando el humo hacia la terraza y tratando de evitar que entrara el menor frío posible. Matt dejó su bolsa deportiva en el suelo de la cocina y su cazadora polar sobre la barra de madera, acercándose a mí para darme un beso apasionado y rodearme con los brazos, como si no me hubiera visto en toda la semana.

—Me refiero a otra «gran noticia».

—Oh... ¿Ya has comprado un espejo para que podamos vernos follar? —preguntó—. Es un poco narcisista, pero creo que pega mucho con un par de cabrones egocéntricos como nosotros...

Metió sus manos por debajo de mi chándal y me apretó las nalgas mientras inclinaba la cabeza para que le acercara el pitillo a los labios. Le dio una calada y me quedé mirándole mientras echaba el humo hacia la abertura. Matt tenía un don para distraerme con sus gilipolleces, y lo peor era que yo caía como un completo imbécil cada vez. Quizá él fuera demasiado bueno, o quizá yo me dejara atontar con demasiada facilidad.

—Nick no ira al almacén —le expliqué—. Irá a hacer visitas con Jimmy.

—Eso es genial... —murmuró, pegando su frente a la suya antes de rozar nuestras narices—. Estoy un poco cansado, ¿te importa irnos ya a la cama?

Asentí, le di una última calada al pitillo y lo tiré muy lejos, hacia el bosque, antes de cerrar la puerta corredera.

— Aunque no me habías dicho que también le habían quitado su sillón en el Luna Llena —añadí.

— ¿Le han quitado su sillón en el Club? —preguntó, arqueando las cejas con sorpresa—. Vaya... eso sí que debió joderle.

— ¿No te habías dado cuenta? —me reí—. Pasas demasiado tiempo en ese callejón, Matt.

El lobo se detuvo a los pies de la escalera de mano y me miró con el ceño fruncido y una pequeña sonrisa, negando con la cabeza y agitando el moño casi deshecho en su nuca.

— Yo hace mucho tiempo que no voy al callejón —recalcó, arqueando una ceja.

Me reí de nuevo y asentí, caminando hacia él para darle un cachete en el culo y que subiera de una vez. Por supuesto, con la lluvia y el frío, el lobo habría preferido llevarse a los humanos al baño. Matt gruñó de forma juguetona debido al golpe, se inclinó sobre mí como si fuera a mordirme y después subió a prisa la escalera para desnudarse en la cama. Estaba muy cansado aquella noche y prefirió pegarse mucho contra mí y ronronear mientras le acariciaba la cabeza, durmiéndose en apenas minutos; sin embargo, se despertó a la siguiente tarde con bastantes energías. Besándome el hombro, lamiéndome y mordisqueándome mientras se hundía más y más bajo el edredón.

— Joder... Matt... —le dije, cuando reapareció con su despeinada melena y me miró con una amplia y húmeda sonrisa.

— Lo siento, tu Macho tenía ganas de un buen desayuno... —y abrió la boca para mostrar que se lo había tragado todo, entonces volvió a sonreír y se inclinó para continuar, guiando su polla empapada en semen hacia mi ano.

Me encantaban las mamadas que me hacía por las mañanas, con mucha saliva y lamiendo todo de arriba abajo, pero no me gustaba que me hiciera llegar tan pronto, porque yo solo podía «correrme una vez», y me gustaba hacerlo hacia el final y quedarme flotando en mi nube de felicidad.

— Oye, bebé, ¿no respondes a Katy? —me preguntó durante el desayuno, el de verdad, mientras nos sentábamos en nuestro banco, el uno frente al otro—. Sé que es una pesada con sus gilipolleces de la Manada, pero hay cosas en las que tenemos que participar —continuó antes de guardar el móvil, darle una calada al pitillo y beber un trago de su café con leche.

Aparté el rostro de su cuello, hundido entre su piel cálida y apestosa y la solapa de la cazadora polar. Miré sus ojos y cogí una bocanada de aire para decir:

— ¿Se supone que esos mensajes que envía hay que responderlos? Porque pensaba que se había equivocado y me había incluido en la lista de *spam* de mierdas de la Manada.

Matt se rio y asintió.

— A mí también me parece demasiado —me aseguró, poniendo los ojos en blanco para recordarme lo mucho que aborrecía todas aquellas tonterías que, evidentemente, ambos considerábamos totalmente innecesarias —, pero al menos ponle un «ok», o un pulgar hacia arriba, solo para que sepa que las lees.

— Es que no las leo —respondí, como si fuera evidente.

—Lo que quiero decir es que pongas algo para que crea que sí —insistió, dedicándome una mirada de párpados caídos y cabeza levemente ladeada—. Si hay que llevar algo o hacer algo, sabes que te lo diré.

Fruncí el ceño y chasqueé la lengua. No tenía claro hasta qué punto un Humano de Guarida tenía que hacer todo lo que yo hacía, porque Katy me estaba empezando a incluir en algunas mierdas que no me gustaban nada. Pero cuando Matt me acarició con la nariz y gruñó un poco, insistiendo una vez más, no me quedó otra que sacar la mano del interior de su camiseta para buscar el móvil en el bolsillo y echar un rápido vistazo a la numerosa lista de mensajes que enviaba aquella mujer.

—Cena..., comida..., foto de las crías..., anuncio de navidad..., más fotos estúpidas..., en serio, Katy se debería buscar un hobby que no fuera dar por culo a los demás.

Matt se rio a la altura de mi cuello y me apretó entre sus brazos, rozando su gorro de lana contra mi rostro.

—Te quiero mucho, bebé... —murmuró junto con un leve ronroneo.

Murmuré una afirmación, puse «O.K.» al final de la lista de mensajes y lo envié; volviendo a prestarle toda mi atención a lo realmente importante, el pedazo de lobo vikingo que follaba como nadie.

Noviembre y diciembre terminaron siendo unos meses menos aterradores y problemáticos de lo que parecían que iban a ser; al menos, para nosotros. Aunque la Manada perdiera clientes y hasta un poco del Territorio de las afueras, Matt y yo planeamos una forma de traer mercancías y mejorar la distribución, quitando carga y trabajo del almacén principal y utilizando otras naves como intermediarios. El sistema era sencillo, un poco más caro, pero muy eficaz, así que Dorian no tuvo problema en acceder cuando Matt se lo propuso. Para cuando llegó diciembre, el lobo tenía bajo sus órdenes a un grupo bastante amplio de Machos y dirigía varias de las «empresas de reparto» falsas. No voy a decir que fuera solo gracias a mí, porque Matt era un lobo inteligente y perspicaz; pero sí que le sentaban muy bien esos pequeños empujones hacia delante que le daba y consultar conmigo antes de tomar una decisión importante. Eso le hacía sentir mucho más seguro y le ayudó a no tener miedo ni problemas en acumular una considerable cantidad de poder e influencia en la Manada.

—Debería darme el ascenso de rango... me lo he ganado y está claro que me lo merezco... —jadeó en mi oído—. No puede seguir tratándome solo como un Primer Macho Común cuando tengo bajo mi control a casi la mitad de la Manada... Oh... espera... sí, bebé... —me apretó más contra él y gruñó en voz baja y densa mientras me mordía y se corría—. Ah... —separó la boca de mi cuello, dejando un rastro de saliva—. Cuarto Beta... Suena bien, ¿verdad?

Nos paramos un momento para cambiar de postura, quedando Matt debajo y yo encima. El lobo se pasó las manos por el rostro empapado y la boca húmeda y viscosa para terminar echándose la melena hacia atrás. Yo moví el cuello a un lado, acariciando la parte en la que me había mordido con más fuerza y tenía nuevas heridas; solo unas pocas más que añadir a la amplia colección.

—No sabía que podías ascender de rango —reconocí en apenas un murmullo bajo.

—Claro que sí —me dijo, echándome un vistazo por el cuerpo antes de volver a mis ojos—. Cuando un Macho gana poder e influencia, necesita un mayor rango. ¿No has notado que huelo más fuerte ahora?

—No lo sé, a mí siempre me hueles a Macho muy feliz... —le dije, apoyando las manos en su enorme pecho abultado y velludo para seguir moviendo la cadera—. Aunque sí que es verdad que apesta más a sudor que antes.

—Sí... —Matt sonrió mucho y se puso las manos detrás de la cabeza, terminando por cerrar los ojos y gruñir de placer. Era solo un polvo de media noche, uno de los muchos que echábamos por puro vicio—. Es olor a Beta... todos lo saben. Dorian debería dejarse de gilipolleces y darme el rango...

—Pues pídeselo —murmuré.

—Eso no se pide. Dorian debería saber que si no me da lo que me merezco, me enfadaré.

—Aha... —gemí un poco y, sin poder aguantar más, empecé a masturbarme para acabar.

Matt gruñó y se apresuró a apoyarse en los codos para incorporarse lo suficiente y mirarme a los ojos, abriendo la boca y sacando la lengua, esperando con ansias que le manchara antes de llegar una cuarta y última vez. Solo yo sabía realmente lo ambicioso que era Matt. No era un lobo que usara trucos sucios ni pisara a los demás, pero sí era muy consciente de lo mucho que trabajaba y lo mucho que estaba haciendo por la Manada; así que, como era normal, quería su recompensa. El dinero ya no era suficiente y ahora quería un nuevo rango de Beta. Como él había dicho, se lo merecía y solo era cuestión de tiempo que Dorian se lo diera. Era evidente que Matt olía más fuerte y, si yo podía notarlo, evidentemente los lobos también; quienes habían empezado a agachar un poco más la cabeza y a tratarle con más respeto. Sin embargo, llegó Navidad y todavía no le habían ascendido. Matt no estaba de buen humor y se quejaba mucho, durante el sexo y, de una forma sutil, delante de los demás Machos.

—Ten cuidado —le advertí de camino a la cena de Navidad, a la que, al parecer, Matt había decidido ir tarde y, aún por encima, conmigo, quizá para joder más al Alfa—. Te mereces ese rango, pero Dorian no está de buen humor y no creo que llevarme a mí a una de esas cosas de la Manada vaya a ayudarte demasiado.

El lobo frunció el ceño y me apretó el muslo con la mano que siempre ponía allí cuando conducía.

—Bebé, dejemos esas bromas nuestras durante un tiempo. No estoy de humor... Me quedé mirándole por el borde de los ojos, sin comprender muy bien a qué se refería, pero, antes de que pudiera preguntarle, añadió:

—Si nos pone en la mesa de los Machos Comunes, nos iremos enseguida después de los regalos... No vamos a quedarnos allí cuando no nos respetan como nos merecemos.

—Como quieras —murmuré, volviendo la vista al frente.

Yo no tenía por qué meterme en sus cosas de la Manada. No tenía interés en ello ni me preocupaba lo más mínimo lo que los demás lobos pudieran pensar de mí; por eso, cuando llegamos a la cena, me sudó la polla entrar en el Refugio, aunque eso pudiera enfadarles u ofenderles. Solo seguí a Matt, de cabeza muy alta y pecho hinchado, hacia los dos sitios libres a la cabeza de la mesa de los Machos

Comunes. El lobo se detuvo un momento, puso una mueca muy seria que todos pudieron ver, y se sentó. Eché un rápido vistazo alrededor, encontrándome con todo tipo de respuestas, entre ellas, la del propio Alfa, en su mesa especial con Nick y los demás Betas. No me preocupó mantener su mirada seria un par de segundos antes de dedicarle un breve saludo.

— Al menos podrías haber comprado las de tamaño Maxi, Zack — me dijo Jimmy, mostrándome una de las *Chips Ahoy!* que había comprado para la gran ocasión. Solo porque era una «tradición» y Matt me lo había pedido.

— Era las que había en la gasolinera de camino aquí — respondí.

El lobo se quedó en silencio y se metió la galleta entera en la boca de un solo bocado.

— Eres una mierda de persona — murmuró.

Me reí. Ese no era ningún misterio. Matt estaba molesto y seguía con expresión muy seria, así que fue conmigo con quien interactuaron los demás lobos, sacando un poco de conversación durante el postre. Tras intercambiar un par de regalos bastante tontos, Matt se levantó de la mesa y me hizo una señal para que le acompañara. Fuimos ante el Alfa, que ya nos estaba esperando para decir un simple:

— Ahora no es el momento, Matt...

El lobo se limitó a asentir sin más y salir de allí con la cabeza bien alta y a buen ritmo. Una vez en el Hyundai, golpeó el salpicadero con rabia y gruñó muy alto.

— ¿Lo has oído? — me preguntó mientras yo arrancaba el motor y salía de allí —. Dorian tiene a un puto niño SubAlfa que no da más que problemas, pero no es el momento para darme el rango que me merezco...

Seguí conduciendo sin decir nada, escuchando las quejas de Matt, todas justificadas y con una buena base en la que apoyarse. El lobo fumaba cigarro tras cigarro por la ventanilla abierta y negaba con la cabeza, como si no se lo pudiera creer. Dorian le llamó poco después, interrumpiendo nuestro polvo en la cama. Matt me recostó sobre el colchón y alcanzó el móvil en el bolsillo de sus pantalones, sin si quiera sacármela y sin molestarse lo más mínimo en no fingir que tenía el aliento entrecortado y jadeante.

— Estoy con Zack en la cama, Dorian — le dijo —. No es un buen momento...

Se me saltó la risa y el lobo respondió con un guiño de cabrón que me puso a cien.

— Ya... — murmuró a la voz grave que se oía de lejos. Matt no se privó en inclinarse y besarme en los labios húmedos y en el cuello—. Sí, claro, lo entiendo... Esperaré... Bien. Adiós — y colgó antes de tirar el móvil a un lado—. Ahora las cosas son complicadas en la Manada, los Machos no están contentos y no es un buen momento para ascender en rango. Cuando las cosas se calmen y la policía nos deje en paz, me hará Cuarto Beta — me resumió a la vez que continuaba moviendo suavemente la cadera.

— Mmh... — murmuré, cerrando los ojos mientras apretaba a Matt contra mí —. Dorian está jugando a algo peligroso...

Ser el Alfa significa saber mantener a tu Manada contenta, porque, sino, las cosas se pueden torcer... Dorian me llamó personalmente para ofrecerme un «aumento

especial» en mi sueldo, ese que ahora me ingresaba directamente en la cuenta corriente bajo el título de Luna S.A.

—Sé que Matt está enfadado, Zack, pero creo que entenderás, que, ahora mismo, es mejor mantener la Manada unida y dejar los cambios para más tarde.

—Ya, oye, Dorian —respondí—. No tengo nada personal contra ti. Hemos tenido nuestros roces, pero creo que hemos conseguido entendernos bien. Así que te daré un último consejo gratis: quítate a Nick de en medio y dale a Matt lo que se merece.

Dicho aquello, bloqueé el número del Alfa y, por supuesto, el de Katy. No puedo decir que no sintiera cierto placer al hacerlo. Cuando Matt volvió de ver a un *cliente*, se lo conté, solo para que lo supiera.

—Has hecho bien —respondió con una afirmación lenta y seria—. Los chicos del almacén también creen que me merezco el ascenso. El Alfa tiene que darse cuenta.

—Él ya lo sabe —le aseguré—, pero está tomando unas decisiones equivocadas... Bueno, ¿y qué tal Sheila? —pregunté, tirando el cigarro al otro lado de la terraza nevada—. ¿Al final ese disfraz de Mamá Noel tenía parte de abajo o no?

—No lo sé, no me envió más fotos —respondió, empezando a quitarse el jersey grueso y a desabrocharse los vaqueros.

—Ah, ¿era otro *cliente*? —pregunté, no sin cierta sorpresa, porque aquella misma mañana la joven había enviado la foto y había dado por hecho que había ido a verla a ella.

Matt frunció el ceño con una media sonrisa.

—Te juro que a veces no sé de qué hablas, bebé.

—De tus *clientes* —murmuré, añadiendo un guiño especial.

—Ah... —dijo él, guiñándome de vuelta—. Claro... —terminó de quitarse las botas y dejó el pantalón vaquero arrugado en el suelo—. Oye, ¿te has dado un golpe en la cabeza? Dime, ¿qué ves aquí? —y se agarró la polla, todavía flácida, antes de abanearla un poco.

—¿Mi pasatiempo favorito? —pregunté de brazos cruzados.

Matt aspiró aire entre los dientes con una mueca de preocupación.

—Vuelve a intentarlo...

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír.

—La mejor polla del mundo —murmuré.

—Oh, qué susto, por un momento había pensado que habías perdido la cabeza... Solo para asegurarnos te haré un examen muy, muy minucioso. Abre la boca y di: Ah...

Seguía pareciéndome sorprendente que Matt fuera a ver a sus humanos y aún tuviera energías para correrse hasta tres o cuatro veces; pero eso había pasado desde siempre, así que el lobo no bromeaba cuando decía que *su almacén* era el más grande, mejor surtido y con el mayor número de *repartos*. Guiño, guiño.

Cuando llegó enero, las nieves empezaron a remitir y volvieron las lluvias y, con ellas, el principio de una nueva estación y muchos cambios. No en mi vida, porque prácticamente seguí haciendo lo que hacía siempre: trabajar poco, cobrar mucho, ayudar a Matt y, además, hincharme a follar. Para la Manada, sin embargo, las cosas se complicaron como un oleaje cada vez más intenso que

removía las aguas de un pozo profundo. Aquella primera semana del año, la policía, en un último golpe a la desesperada, había hecho una redada en el Refugio. La noticia había llagado al almacén como un rayo, dejando un ruido atronador a su paso.

—Matt, es una trampa —le advertí con tono muy serio—. Quieren provocaros y arrinconaros. No puedes dejar volver a los Machos.

—Es el Refugio, Zack —dijo él, apretando el pasamanos del altillo de las escaleras, mirando con ojos abiertos y dientes apretados a los lobos reunidos—. Las crías están allí...

—Escucha —insistí, acercándome y girando su rostro para que me mirara a los ojos—. No puedes dejar que pierdan la cabeza. La policía no puede hacerle daño a las Crías ni a los Ancianos, pero sí a vosotros. ¿Lo entiendes?

Matt tardó un par de segundos y terminó asintiendo. Me dio un beso húmedo y me dijo:

—Vamos...

Para cuando llegamos al centro, la situación era ya apenas sostenible. Dorian era casi incapaz de contener a sus Machos, demasiado frustrados e insultados por aquel inesperado golpe, y, cuando hicieron salir a las Crías y a los Lobatos de allí, la policía jugó sucio y consiguió cabrearles al provocar que los niños lloraran y chillaran mientras casi los empujaban al exterior. Agarré a Matt y le miré. Él lo entendió rápido; nervioso, jadeante y furioso, impidió que sus chicos que unieran a la lucha. Tim, el Beta pelirrojo, hizo lo mismo con otro grupo, pero Carl no tuvo tanta suerte. Al final, se llevaron presos a más de veinte Machos; un duro golpe para la Manada.

Como os podéis imaginar, aquel solo fue el comienzo del desastre. Dorian se vio sometido a mucha presión; todo había sido provocado a raíz de Nick y su gran idea de joder a un cliente canadiense que les había puesto en un aprieto con la policía. Y no era que el joven no siguiera dándole problemas, cada vez más frustrado y enfadado, pasándose de la raya con Jimmy y Roy durante las «visitas» y desestabilizando a una Manada indefensa porque, además de un hijo de puta, Nick era también su SubAlfa y solo Dorian podía pararle los pies. Un Dorian que solo podía ver cómo su Manada se dividía y fracturaba por momentos.

Con Carl encerrado y a la espera de un juicio junto a los demás Machos, Ben y Tim, los otros dos Betas, eran los únicos que trataban de apoyar al Alfa, pero Ben no tenía apenas influencia y el pelirrojo no tenía mucho que hacer tras haber perdido todo su poder en el puerto. Por otro lado, Matt seguía reafirmando su autoridad en el almacén, convirtiéndose en uno de los pocos lugares estables y seguros de la Manada en aquel momento. Ambos nos aseguramos de eso, trabajando codo con codo para evitar que hicieran otra redada allí o que metieran las narices donde no les llamaban. ¿Cómo lo conseguimos? Bueno, porque yo soy un cabrón muy astuto y Matt me escuchaba como si fuera el jodido nuevo Mesías que trajera la palabra de Dios.

Bromas aparte, hicimos un gran trabajo evitando un problema mayor del que la Manada ya tenía, y a Dorian no le quedó otra que ascender en rango a Matt, que lo celebró con un increíble polvo en la Guarida, repleto de gruñidos y gemidos de puro éxtasis hasta correrse unas buenas cinco veces. Aún así, fue una decisión

algo tardía y un poco a la desesperada, empañada por el quebradizo estado de la Manada.

—Matt, la situación es muy complicada —le dijo el Beta pelirrojo, sentado en la silla frente al escritorio mientras Matt le miraba cruzado de brazos—. Estáis dividiendo a la Manada con todo esto del almacén.

—Nosotros no estamos dividiendo a nadie, Tim —le aseguró—. Los Machos vienen aquí porque se sienten más seguros.

—No te hagas el tonto, Matt, sé que estás ignorando a Dorian a propósito. ¿Qué te crees que vas a conseguir con todo esto? ¿Qué vas a ser el Alfa de tu propio Territorio?

El lobo no dijo nada en un par de segundos, enfrentándose a la mirada del Beta pelirrojo. Al entrar no le había saludado con respeto aunque tuviera un rango superior, ni siquiera se había levantado de su asiento. Matt olía cada vez más fuerte y ser Cuarto Beta quizá no fuera suficiente ya...

—No es nuestra culpa si Dorian no sabe mantener el control. Zack y yo hacemos lo que tenemos que hacer, proteger el almacén y a los Machos que trabajan en él. ¿Por qué no te vas al puerto e intentas solucionar algo allí en vez de venir a sermonearnos, Tim...?

El Beta pelirrojo gruñó con los dientes apretados, en señal de advertencia, pero terminó por levantarse, echarme una rápida mirada en el sofá y salir a paso rápido hacia la puerta para dar un portazo indignado. Matt alzó la cabeza con orgullo y gruñó también de forma airada. Entonces me moví y fui hacia él, apoyando la cadera en el escritorio antes de que el lobo me la rodeara con los brazos, pegando su rostro a mi abdomen para frotarlo como si quisiera limpiarse algo de los morros.

—De Macho Común a Alfa... suena a una historia emocionante —murmuré.

Matt levantó un poco la cabeza para mirarme por el borde superior de los ojos.

—Dorian ha perdido mucho poder, bebé —respondió en voz baja—. Tú mismo lo dijiste: los Machos están viniendo aquí porque necesitan un líder fuerte... y yo puedo ser ese líder.

Pasé las manos por su pelo suave y salvaje, peinándolo hacia un lado mientras le decía:

—Matt, sé que es un poco tarde para decir esto, pero yo no tengo por qué meterme en tus asuntos con la Manada. Si quieres dividir el Territorio y crear tu propia Manada, hazlo, pero deberías pensarlo dos veces antes de que sea demasiado tarde.

—Es ahora o nunca. Tenemos el almacén y a una buena cantidad de Machos. Podríamos defender el nuevo Territorio y hacernos fuertes con el control de las mercancías... —gruñó un poco y volvió a acariciar su rostro contra mi pecho—. ¿No te encantaría que yo fuera el Alfa, bebé...?

Cogí el rostro de Matt entre las manos y le obligué a mirarme.

—Solo digo que no te precipites. Dorian sigue teniendo el control del centro, las principales rutas comerciales y el distrito financiero. Tú tienes un almacén importante y el control de la distribución, pero estarías rodeado por todos lados y una Manada podría aprovecharse de tu inexperiencia y la frágil situación para atacarte. Dividir las fuerzas también significa dividir el poder de la Manada, los

demás no lo pasarán por alto y querrán sacar partido, como tú has sacado partido de la debilidad de Dorian.

Matt se quedó en silencio un par de segundos antes de recostarse en el sillón.

—¿Dices que deberíamos agachar la cabeza y ceder todo lo que hemos conseguido aquí?, pero, ¿y si Dorian vuelve a cagarla y nos atacan igualmente? Entonces lo perderemos todo y la oportunidad se habrá ido para siempre.

Como me pasaba a veces, dudé en si continuar adelante o dejarlo allí; después de todo, yo solo era el follamigo de Matt. Quería mucho al lobo y me preocupaba por él, pero, al final del camino, el futuro de la Manada no era algo que debiera preocuparme lo más mínimo.

—Espera un poco, todavía tienes tiempo para decidir —concluí, agachándome para darle uno de nuestros besos húmedos—. Vete a ver a un par de tus *clientes*, despeja la cabeza, vacía el *almacén* y vuelve a mirarlo desde otro ángulo.

Matt frunció el ceño y miró un momento hacia un lado de forma pensativa.

—Ya tengo a los clientes asegurados y sería una tontería vaciar el almacén —respondió.

—No, que vacíes el *almacén* —y guiñé un ojo.

Matt se quedó en silencio hasta que terminó negando con la cabeza y sonriendo.

—Lo siento, bebé, no entiendo esa broma.

Cogí aire y puse los ojos en blanco.

—Joder, Matt, que le des un poco de tiempo, te voy a follar a tus humanos, te relajes y vuelvas con otra perspectiva.

El lobo puso una mueca que no me esperaba, entre la profunda extrañeza y, quizá, el asco.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué dices, bebé? ¿Qué humanos?

Ladeé el rostro, ya bastante seguro de que me estaba vacilando.

—Sheila, Patrik, Sarah, Jhon, Viviane, Cesar, Catherine, Pamela... esa larga lista de humanos que te follas, Matt. Tus *clientes* —y volví a guiñar el ojo.

El lobo se quedó mirándome fijamente, todavía con aquella expresión que deformaba su atractivo rostro.

—Zack, tú eres el único al que quiero follarme —me dijo con tono serio—. Eres *mi bebé* —y entonces me guiñó un ojo—. Mi compañero...

Me quedé muy quieto y sentí un latido más fuerte en el pecho que retumbó en mis oídos.

—No... —murmuré—. Yo soy el Humano de tu Guarida...

Matt se rio al principio, pero cuando comprendió que aquella no era una de «nuestras bromas», fue perdiendo el aire y su expresión se volvió una máscara preocupada.

—Zack... no creerás que sigo viendo a esos humanos, ¿verdad? Yo... —retrocedió un poco y empezó a respirar un poco más rápido—. Zack, yo soy tu Macho. Tú eres el único con el que estoy desde que abrió el almacén... Te presenté a la Manada y estamos juntos desde entonces. Lo... lo sabes, ¿verdad? No pude responder, solo quedarme mirando a un Matt cada vez más nervioso y angustiado.

—Zack —insistió, poniéndose en pie casi de un salto para agarrarme de la cadera y mirarme muy de cerca—. Dime que sabías que todas esas bromas que hacíamos sobre que sigo soltero, eran solo eso, bromas...

Tardé un par de segundos en responder:

—No, Matt... No lo sabía.

El lobo y yo compartimos una intensa mirada. En sus ojos marrones había miedo y confusión, en los míos, un profundo vacío. Matt empezó entonces a gemir por lo bajo de una forma lastimera que no le pegaba nada.

—Zack... Yo te quiero —dijo en un tono bajo mientras inclinaba la cabeza para mirarme más fijamente—. Muchísimo... Ya... ya no hay vuelta atrás.

—No me dijiste nada. Tú nunca me dices nada —respondí, incapaz de cambiar aquel tono frío y algo indiferente.

Lo que sentía entonces es complicado de describir. Estaba aturdido, por supuesto, pero también enfadado, me sentía traicionado, engañado y utilizado; aunque, una parte de mí ya «lo sabía». Era hasta cruel recordar ese momento en el que me había dicho a mí mismo: «Todas las señales están ahí, pero no quieren verlas». Yo no había querido verlas, y ahora era demasiado tarde.

—Creía que lo entendías —respondió, apretándome más fuerte la cadera—. Era muy obvio...

—No —dije con un tono duro y profundo—. Tú seguías recibiendo fotos de tus humanos y ambos seguíamos bromeando sobre ello. Cuando te preguntaba sobre ellos, tú te reías y asentías...

—¡Porque eran bromas! —exclamó.

Negué con la cabeza y cerré los ojos. Tomé una buena respiración y aparté las manos del lobo para poder irme al sofá, sacarme un cigarro y encenderlo. Inclinado hacia delante, con el dedo índice y pulgar masajeándome los lacrimales mientras fumaba calada tras calada, reflexioné sobre todo aquello. Matt se había dejado caer de un golpe seco sobre su sillón, demasiado abrumado y en shock por la gran revelación que ambos habíamos tenido en aquel instante. Al fin había llegado el momento en el que todas aquellas «bromas privadas» y la completa ausencia conversaciones serias y sinceras, nos habían pasado factura.

Cada uno se había hecho su propia idea de lo que estaba pasando realmente entre nosotros, sin tener en cuenta al otro y dando por hecho muchas cosas que, al parecer, no eran ciertas.

—¿Qué creíste que significaba que me hubiera tatuado la inicial de tu nombre?

—le oí preguntar a lo lejos, apenas un murmullo en el profundo silencio que se había formado.

—¿Qué creíste que significaba que te preguntara si eso le haría gracia a «tu futuro compañero»? —respondí sin mirarle.

—Creía que bromeabas...

—Ya... ¿Y desde cuándo se supone que soy tu compañero sin yo saberlo, Matt?

—Desde que fuimos al campamento con toda la Manada.

—Me dijiste que no íbamos a estar con la Manada —le recordé—. Te pregunté, y tú me dijiste que no...

—Porque no lo estuvimos —me dijo en aquel tono bajo y grave—. Tuvimos nuestro pequeño sitio lejos... A nosotros nos gusta tener nuestro propio espacio.

—No, no, no... —me negué, apartando la mano para mirarle por el borde superior de los ojos—. Sabías lo que significaba «estar con la Manada», Matt. *Lo sabías* y me mentiste...

—No te mentí, di por hecho que tú...

—¡Diste mucho por hecho! —le interrumpí—. ¡Yo creía que esto no era serio!

Matt apretó los dientes y se empezó a enfadar.

—Claro que era serio, Zack. Hace mucho que es algo serio. ¡Teníamos una Guarida, te daba todo el dinero que ganaba, te llevaba a las cenas de la Manada!

—empezó a enumerar mientras levantaba dedo tras dedo, hasta que sacó la bolsa de deporte de debajo de la mesa y la tiró a un punto intermedio entre nosotros, produciendo un golpe seco—. ¡Solo comía lo que tú me dabas! ¡Solo follaba contigo! ¡Te decía que te quería! ¡¿Qué cojones te creías que significaba eso, Zack?!

—No te atrevas a echarme la culpa de esto, Matt —le advertí—. Tú nunca has sido claro con lo que querías, pero no dejaste de hablar de tus otros humanos, de enseñarme sus fotos y bromear sobre ello. Cuando hacía alguna pregunta seria, la esquivabas, me guiñabas un ojo y sonreías. No te hagas el sorprendido ahora. Yo, y probablemente cualquier otro, hubiera pensado que todo esto era tan solo algo temporal.

—Pues no lo es, Zack —concluyó él, todavía con los dientes apretados y una expresión enfadada—. Tú eres mi compañero. Te amo, y... si me dejaras ahora... me romperías el corazón para siempre. Eso lo sabes, ¿verdad?

Asentí un par de veces, pero no cambió la mueca seria de mi rostro, la misma con la que me levanté del sofá y fui a buscar mi cazadora.

—Voy a casa —murmuré por lo bajo y sin mirarle.

Matt dijo algo, pero no lo escuché, cerrando la puerta de su despacho a mis espaldas. De camino a la salida, otros lobos interactuaron conmigo, o, al menos, lo intentaron antes de darse cuenta de que yo no estaba de muy buen humor. Simplemente subí al coche y conduje a la Guarida, quedándome con los focos encendidos y en silencio mientras miraba la cabaña en mitad de la oscuridad del bosque.

Todo lo que me pasaba por la cabeza en aquel momento era un torbellino de pensamientos y emociones encontradas. Me sentía estúpido por haberme mentido a mí mismo y haber continuado adelante sin querer ver la verdad de lo que estaba ocurriendo entre Matt y yo. Me sentía traicionado y enfadado con el lobo por no haber sido claro y haberme advertido de todo lo que estaba haciendo y lo que significaba cada pequeño paso que daba hacia mí. Me sentía aturdido y confuso por el hecho de que, entre todos los humanos de su vida, yo hubiera sido el que él hubiera elegido para ser su compañero.

Tuve el impulso de salir del coche, recoger todas mis cosas y largarme de allí para no volver jamás. Apreté el volante un par de veces, reuniendo energías para hacerlo, pero siempre me detenía la misma pequeña voz baja que me decía: «¿Es eso lo que quieres de verdad, Zack?». Porque, por muy enfadado que estuviera, la idea de dejar a Matt me asustaba bastante. Había sido muy feliz con él. Quizá demasiado feliz. Los buenos momentos habían sido muy buenos y no podía recordar algo malo aparte de aquella noche, nada que me diera más razones para irme.

Entonces recordé esos momentos en los que me descubría a mí mismo temiendo el día en que Matt se aburriera de mí y se fuera. Esos momentos en los que me preguntaba cómo iba a ser mi vida sin el lobo vikingo a mi lado. Cómo me iba a sentir un poco más solo y un poco más vacío que antes de conocerle. Eso me ayudó mucho a decidirme cuando arranqué de nuevo el coche y me fui.

---

Abrí la puerta y miré el interior, iluminado por las luces colgantes que siempre le daban un ambiente cálido y acogedor a la cabaña. Matt estaba sentado en uno de los taburetes de la barra que separaba la cocina del balcón, con las manos sobre el rostro mientras un cigarro se consumía entre sus dedos. Al oír la puerta, alzó la cabeza y me miró. Sus ojos estaban hinchados y enrojecidos, sus mejillas húmedas y su melena completamente revuelta después de habérsela frotado innumerables veces.

—Z...Zack —tartamudeó, como si le costara creerlo. Bajó del taburete y se puso de pie, respirando con fuerza mientras su pecho se hinchaba y descendía una y otra vez—. No sabía si volverías...

—Ya —murmuré, cerrando la puerta a mis espaldas antes de quitarme la cazadora polar—. Solo fui a hacer una cosa.

Matt dio un par de pesados pasos que retumbaron sobre el cálido suelo de madera, pero esperó a que fuera yo el que se acercara. Con sus ojos todavía tristes e hinchados, miró mi brazo y frunció levemente el ceño. Me agarró suavemente de la muñeca y lo miró mejor antes de que una fina sonrisa se extendiera por sus labios.

—¿W? —me preguntó—. ¿Eres fan de Willy Wonka y no lo sabía?

Con la misma mano que me sujetaba, le hice un corte de manga, lo que solo produjo en él una profunda risa. En mi antebrazo había ahora un plástico impermeable y una «M» recién tatuada por encima de unas descoloridas olas al estilo japonés. Matt me abrazó con fuerza y pegó su rostro al mío.

—Te quiero muchísimo, bebé —me dijo.

—Y yo a ti —respondí con el mentón apoyado en su hombro y la mirada perdida en el fondo de la cabaña mientras le acariciaba la ancha espalda—, pero más vale que no me vuelvas a esconder nada más, porque entonces sí que me voy a enfadar de verdad...

Matt asintió y me miró a los ojos, dándome un suave beso en los labios que terminó convirtiéndose en un apasionado polvo de reconciliación. Tumbados en la cama, disfrutando de un agradable silencio y aquella arrolladora sensación de paz y calma que siempre me invadía tras el sexo, le dije:

—No creo que sea buena idea dividir a la Manada.

Ahora que realmente era el «compañero» de Matt, aquel tema sí me incumbía. Conocía a mi lobo y sabía que era un hombre ambicioso con grandes ideas sobre lo mucho que podría conseguir; pero a veces había que pararle los pies y darle una dosis de realidad. Una nueva Manada no iba a sobrevivir demasiado en la ciudad, por mucho que tuviera el control de la droga y el transporte; al final, seguíamos necesitando el puerto o, al menos, el acceso por carretera para mover la mercancía. Dorian podría ahogarnos en nuestro propio territorio y dejar que

las Manadas enemigas hicieran el trabajo sucio. Eso fue lo que le dice a Matt, viendo como sus sueños de grandeza se desvanecían poco a poco de sus bonitos ojos marrones.

—No es el momento... —comprendió.

—No, no lo es —murmuré, acariciándole la melena con cariño.

—Pero no vamos a dejar que Dorian nos pise —me aseguró—. Lo que hemos conseguido aquí es algo muy grande.

—Por supuesto.

Matt llamó al Alfa aquella misma madrugada. Usó un tono formal y educado, pero dejando claro que sabía que su almacén era de los pocos espacios seguros que quedaban en el Territorio. Tim regresó la noche siguiente, agradecido de que «hubiéramos entrado en razón».

—Todo queda en la Manada —nos dijo, primero mirando a Matt y después a mí sentado en el sofá de la pared.

Me gustaría decir que todo quedó allí. Que tras ese pequeño delirio de grandeza y las fricciones internas, todo se solucionó y pudimos seguir adelante; pero eso no fue lo que pasó. Lo que pasó fue que a finales de mes raptaron a Katy, la compañera del Alfa, cuando salió en busca de no sé qué gilipollez para una de sus estúpidas fiestas. De la noche a la mañana, simplemente desapareció. Dorian perdió la cabeza por completo y, sin nadie que le detuviera, salió a buscar venganza por sí mismo al Territorio de los Medianoche.

Su cuerpo apareció frente al Refugio a la mañana siguiente, pálido, ensangrentado y sin vida. Ese fue el único aviso que nos dieron los Medianoche antes de atacarnos. Sin Alfa y con la profunda inestabilidad que atravesaba la Manada en ese momento, creyeron que seríamos presa fácil. Y, en parte, tuvieron razón. Muchos murieron luchando desesperadamente por conservar sus Guaridas y su Territorio. La Guerra... fue algo terrorífico que no quiero ni recordar ni describir. Cada atardecer me despertaba preguntándome si sería la última vez que abrazaría a Matt; y cada mañana me iba a dormir agradecido de que el lobo hubiera vuelto solo con un par de nuevas heridas o un hueso roto.

Al menos, conseguimos conservar el Puerto y los almacenes, haciéndonos fuertes en el interior, allí donde pudimos, aunque perdimos mucho, muchísimo, por el camino. Solo cuando los Medianoche se dieron cuenta de que no podrían tomar nada más y que a esas alturas les estaba saliendo más caro a ellos que a nosotros, al fin nos dejaron en paz. Para cuando eso ocurrió, ya habíamos perdido más de la mitad de la Manada y casi el ochenta por ciento del Territorio. Tim, el que por votación de los Machos se había convertido en el Alfa, reunió a los que quedábamos e hizo una especie de celebración/funeral colectivo en el triste Motel de carretera que ahora era el Refugio.

Matt se sentó a su lado, como nuevo SubAlfa, seguido de Pol, Jimmy y Gal, los Betas. Tim dio un breve discurso, todos aplaudimos y brindamos por el fin de la Guerra. Al final, nos tomamos una copa mirando el muro descolorido repleto de las fotos de aquellos que habían muerto.

—Jamás creí que Dorian nos hiciera algo así —nos confesó el Alfa en voz baja, un poco borracho y perdido en la penumbra de la tristeza—. Podríamos haber

podido salvar a Katy, el Territorio y a toda la Manada con un poco de tiempo... solo un poco...

—Lo que podría haber pasado ya no importa, Tim —le dije—. Esto es lo que hay ahora.

—Aún tenemos el puerto y los almacenes —le recordó Matt, apoyando la única mano que le quedaba sobre el hombro del Alfa mientras me rodeaba los hombros con el muñón. Lo había perdido en una explosión, pero había conseguido sobrevivir y eso era todo lo que yo había querido—. Nos haremos fuertes y tendremos una vida tranquila.

Tim asintió lentamente y se frotó los ojos algo enrojecidos y húmedos. Tras una última copa, conduje el todoterreno de Matt de vuelta a la cabaña. Que hubiera estado tan lejos y apartada, nos había permitido conservar la Guarida, al contrario que otros que habían tenido que dejar sus viviendas para mudarse al nuevo Territorio. Matt se quitó la cazadora y la dejó el perchero antes de abrazarme por la espalda y ronronear en mi pelo revuelto.

—Se acabó, bebé —me dijo—. Ahora podremos ser felices.

Me giré para mirarle a los ojos y murmurar:

—Ya era hora...

El lobo ronroneó y me acarició el rostro con el suyo.

—Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti.